



DOS ORILLAS
REVISTA INTERCULTURAL

DOS ORILLAS - Revista Intercultural

2023 - Volumen 42 - 43

Sumario

5 Saluda: Don José Ignacio Landaluze Calleja. Alcalde –Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Algeciras.

7 Poesía: Paloma Fernández Gomá, Allal Ezzaim, Rosario Pérez Villanueva, Carmen Sánchez Melgar, Salma Moutaouakkil, Juan Gómez Macías, Rodolfo Vázquez, Eusebio Oria, José Juan Yborra, José Salguero, Manuel Jesús Garnica Corbacho, Mar Marchante, Rachid Boussad, Tito Muñoz, Nieves Buscató, Ahmed Mgara, Julia Jiménez Caraballo, César Alfonso Viñas, Juan Emilio Ríos Vera, Malika El Bouzidi., Almoraima Ruiz, José Ángel Cadelo, Juan José Téllez.

33 Relatos: Ángel Gómez Rivero, Josefina Núñez Montoya, Juan Antonio Palacios, Juana María Andrades Navarro, Aziz Amahjour, Alberto Mertah, Yassine Mech – hidan, Moufid Atimou, Emy Luna, León Cohen, Miguel Vega, Nuria Ruiz, Pepe Villalba.

61 Artículos y ensayos: Fatima Larouz, Ángel Sáez, Ahmed El Gamoun, Shaimaa Khalf Jasim, Mohammed Ouahib, Pedro García Cueto, Pedro Luis Ibáñez Lérica.

85 Apuntes: Pedro García Cueto, Mohamed Abrighach.

93 Crítica literaria: Mohamed Abrighach, Antonio García Velasco, George Reyes, Alberto Torés, Agustín Pantojo, Paloma Fernández Gomá, Pedro García Cueto.

Coordinación de Juan Emilio Ríos Vera y Paloma Fernández Gomá



DOS ORILLAS - Revista Intercultural
Algeciras

Dirección

Paloma Fernández Gomá

ISSN: 2605-2253

Responsable de la edición: Paloma Fernández Gomá.

Equipo de Redacción

Fernando de Ágreda

José Sarria Cuevas (jefe)

Aziz Amahjour

José Antonio Santano

Juana Castro

Rosa Díaz

Ahmed El Gamoun

Manuel Gahete

Encarna León

Abdellatif Limami

Ahmed Mohamed Mgara

Francisco Morales Lomas

Balbina Prior

Remedios Sánchez

Aziz Tazi

Juan José Téllez

Maribel Méndez

Portada: Fotografía de Erasmo Fenoy

Ilustraciones: archivo de Paloma Fernández Gomá

Diseño y Maquetación:

Imagenta Editorial

www.imagenta.es

Tarifa

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Dos Orillas: declaración de literatura y vida en el Estrecho

José Ignacio Landaluce Calleja
Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Algeciras

Desde la orilla literaria que acerca el corazón a sus intenciones, surca los mares digitales de la comunicación esta revista “DOS ORILLAS”, que bajo el timón y la tutela de la escritora PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ, se torna en navío de la cultura, portadora en arte y parte del talento y la creatividad de ambas orillas del Estrecho de Gibraltar, desplegada en la geografía tan singular de esta porción de Andalucía, que desde Algeciras a Marruecos, firma una declaración de literatura y vida en El Estrecho, que todos suscribimos.

Y esta bienvenida, este prólogo no es sino una declaración de mis intenciones como Alcalde de Algeciras, a quien represento y que firmemente apuesta por este hermoso proyecto, y también en mi humana condición de lector, que me conduce indefectiblemente a participar de este convite literario y emocional que se nos acerca, y para quien deseo la longevidad literaria y la difusión que sin duda merece, el cotidiano trabajo y el generoso esfuerzo intelectual, que con la ilusión siempre presente, muestra al mundo esta algecireña que nació en Madrid, Paloma de la palabra, jugando al verso libre de vivir y compartir, idiomas y lecturas, bajo las formas digitales que hoy -los tiempos siguen cambiando- mueven al mundo y a sus fronteras físicas y humanas.

DOS ORILLAS, no es sino una maravillosa invitación para volver a subirse al tren de las Humanidades, y recorrer el porvenir más cercano, desde la esperanza y la fe en el ser humano y sus creaciones, reinventado la comunicación y la palabra a cada paso, a cada página... y en cada lectura a la que oficial y personalmente les insto a que ocupen, con su tiempo y sus sentidos, a la tolerancia y la expresión abiertos.

POESÍA



Archivo de Paloma Fernández Gomá

MIRADA PERDIDA

La mirada perdida en la hondura
del Estrecho, es un grito sin voz,
la contraseña para un viaje sin vuelta
donde han quedado las conchas vacías
de un desierto estéril, que busca la hogaza
y la fuerza del viento
para volar más allá de cualquier frontera;
buscando las alas marchitas de las mariposas,
depositadas en el sueño,
y despertar en la dicha de los días sin tiempo
junto a la sombra de los montes,
cuando la alhucema abre sus pétalos
y los surcos dictan los pasos hacia el mar.
Detrás de la celosía pende el farol de las escarchas
el que alumbra la espera y duerme
hasta el alba, cuando la luz ha invadido el resquicio
de los umbrales y ya se huele el azahar de los campos.
La medina encierra la cal y el agua,
cobijando el olor de los hornos o la quietud de puertas y jazmines.
Un canto a la deriva se va perdiendo entres las calles,
cuando el sol trenza un arabesco
de sombras bajo los pámpanos de la parra,
que en soledad observa los charcos
donde solían beber las palomas.

Paloma Fernández Gomá. Inédito.

Dedicado a la foto de portada, obra de Erasmo Fenoy.

PALABRITAS A LA PALABRA

Al morabito de la palabra de dos buhardillas en el techo
Cual heridas envasando luz en el alma
Azul al amanecer argentada a mediodía
Dorada al atardecer etérea a medianoche
Rezumando notas de laúd notas de órgano y sonidos del silencio
Solicitos adeptos acuden a coronarla
En su día festivo cada veintitrés de noviembre
Se recogen y rezan entonando recitales de antaño y hogaño
Dándole vida y aliento en solemne y sabia exaltación
Catándole la fragancia y el sabor por el olfato el oído el paladar
De voz en voz de cuenca en cuenca de alma en alma
Engarzada en discreto pliego la traen como ave enjaulada
Ávida de susurros de melodías sedienta
con irreprimible ansia de aletear de templo en templo
De sembrar sibilino polen de paz y amor
En incorpóreos pastos sin cerco ni frontera
Propensa al canto al guiño y fiel a su honor
A contestar profetizar y sacralizar
Asidua y puntual a punzadas de corazones
A pausas existenciales de almas inquietas
Confidente de la belleza los sanos gustos y la nobleza
Adicta a cambiar de pliego en pliego genuinamente de sentido
Porque le distrae andar por caminos que se bifurcan
E inesperadamente cambian de rumbo
Del horizontal al vertical del intrínseco al extrínseco
Del solitario al ceremonial del discreto al confesional
« Yo soy el camino » nos enseña la palabra en su día mundial.

Allal Ezzaim . Fez, 24- 11- 22

DECEPCIÓN

Yo quería esperarte.
Más allá del incendio y de la lluvia,
yo quería esperarte.
Y esperé con un hilo
de esperanza
(como se espera cuando ya se ha perdido),
en el gélido desierto
de mis noches a solas,
en el ruido incesante
de los días con prisa.
Te esperé con la vana rebeldía
de negarme a darme por vencida,
a pesar de la lógica aplastante
de las hojas arrancadas en la agenda,
de los gritos que esconden
los silencios.
Y en la ventana entreabierta
de cada madrugada,
en la rabia contenida
de quien teme el engaño,
en la pena callada
por lo nunca vivido,
las maletas no hechas,
el recuerdo borroso
de las cosas a medias...
Más allá del calor y del frío,
del orgullo vencido
y de la pena infinita...
Yo dejé de esperarte.

Rosario Pérez Villanueva

MALETAS

Las maletas dicen mucho
de quienes tiran de ellas.
Las hay que llevan trajes impregnados de besos,
caricias en las costuras y en los nudos de corbata.
Otras llevan vestidos con las huellas de los dedos
pegadas en el talle, ropa interior
que conserva el aroma a fluidos corporales.
Otras guardan pañales,
toallitas y olor a leche agria.
De vez en cuando pasa alguna.
que huele a naftalina y a pomada
Otras van cargadas de letras impresas,
bolígrafos y libretas para contarle al mundo
los secretos que se esconden
tras la piel de los versos.

Carmen Sánchez Melgar “la Pausa necesaria”

CLANDESTINO PERDIDO

¿Por qué has cruzado el mar sin papeles?
¿Por qué has dejado a tu familia y a tus amigos?
¿Por qué has preferido el destino de las fronteras?
¿Por qué has elegido empeorar la imagen de tu país?
Eres una persona sin conciencia
Porque ahora vives sin residencia
En un país lleno de racismo e injusticia
¿Por qué has dejado tu país?
¿Por qué has olvidado tu raíz?
¿Por qué has cambiado la paz
por la pérdida y la embriaguez?
Poseías, antes, muchos valores:
libertad, amistad y honradez
Solidaridad, bondad y timidez
tienes que pedir perdón de tu país
Procura solucionar tu situación
Entre gente y administración
Participa positivamente en la construcción
Jamás contribuirás en la destrucción.

Mejora la imagen equivocada,
que tienen, allí, de la gente mojada
Explícales de manera no complicada
Que somos gente formada y bien cultivada
que perteneces a una sociedad de dialogo
que no acepta la humillación y el odio
que invita a la convivencia y al respeto
donde reina la tolerancia, la unión y el apoyo
Diles en voz alta:
¡Basta de racismo y discriminación!
¡Basta de odio y marginación!
¡Basta de conquistas y más difusión!
De nuestra sociedad empezó la civilización
Idioma, cultura, ciencia y comunicación
Estamos vivos para la amistad y la cooperación
Somos hermanas, hermanas y nación
Por toda la vida estaremos juntos
Ninguna fuerza puede separarnos
¡Cambiad vuestra consideración!
No tiene lógica ni razón.

Salma MOUTAOUAKKIL

LÁGRIMA DE HOMBRES

Su lágrima cae lentamente
Al estar lejos de su querida amada
En la eterna oscuridad de la noche
Al recordar su cariñosa madre fallecida
Cuando espera apasionadamente
A su aliada y cercana hija alejada.

Su lágrima cae lentamente
como un bálsamo que acaricia el alma
en la eterna oscuridad de la noche
como palabra de dolor salada
cae por engaño, injusticia o frustración,
como un calmante natural
derramado sobre la herida
cae por derrota, por angustia o por opresión
como los elefantes lloran
al perder un miembro de su manada.

Su lágrima brilla
en la eterna oscuridad de la noche
como la llama de la vela,
y cae por su mejilla mojada.

Su lágrima cae como la lluvia del cielo
en su interior, descontrolada
Este es el verdadero hombre
Llora sin estar visto
Sin decir nada.

Salma MOUTAOUAKKIL

MOUSIKÉ

*Estar solo
y sin dioses, es la muerte*

HÖLDERLIN

Así la música

como un paisaje esplendoroso que ocupa el aire de la casa
con sus taraceas inefables, cuya arquitectura, acaso, pudiera
tender los puentes que precisamos entre el pensar y el sentir.

(¿De qué veneros de lo hondo este escalofrío huesos arriba,
esta sierpe de mercurio que hiera en el centro del corazón?)

Así la música

tallando sin tregua el silencio en mil volutas imposibles,
logre procurarnos consuelo y arroje el dolor a la umbría
donde medran desde siempre las zarzas de la tristeza.

(¿Alguien recuerda qué musa ungió a la joven guitarrista
cuyos dedos de ceniza aún nos dejan oír lo profundo?)

Así la música

nos ayude a desprendernos del grosero cuerpo de la cantidad
y al fin ligeros adentrarnos en regiones claras y sin límites
donde fundirnos en la contemplación de la cualidad desnuda.

Así la música.

Juan Gómez Macías. Inédito

EL EMPERADOR MARCO AURELIO MEDITA
ANTE UN OLIVO DE HISPANIA

Vacío templo del cantor de mayo,
agria vid en vitral de mi tesoro,
¡qué baldío entregarme a lo que adoro
si el fruto es vana lucha sin desmayo!

Hispánico poeta diome un tallo
tan dócil que su verde fue sonoro.
Sembrado en mis lemurias sobre el coro
apresta a las sibilas calma y rayo.

Escogida Octavia por Cibeles
daré a la negra piedra cuanto escribo.
Liberto de Ilemud sueña mi busto.

Imperio, dura paz, postreros fieles
ocupan las raíces de este olivo,
más sagrados si adoran sueño justo.

Rodolfo Vázquez

ME LLAMAN LOCO

Me llaman loco:
por escribir lo que me duele
en lugar de gritarlo,
porque leo poesía a la luz de una vela,
porque predico con el ejemplo
cuando me hacen daño.

Me llaman loco:
por ver lo bueno de la gente,
por no ver lo malo,
por ver belleza en lo inerte,
por ver dibujos animados,
por no ver fútbol,
por salir al campo a soltar desengaños.
Me llaman loco por sonreír a los falsos,
—bueno, por eso me llaman tonto—
y por seguir hablando al señor del espejo;
porque me disfrazo de poeta, pero a nadie engaño.
¿Qué hay de malo en la locura, si en ella la paz hallo
y a nadie hago daño?

Eusebio Oria

PEDES IN TERRA AD SIDERA VISUS

A Blanca Orozco

Un cóncavo reloj de silencios
acabó en tañidos de luto,
sendas detenidas, labios sin aire,
miradas de sal y almas derretidas.
Rosas mudas quisieron hablarte
sin evangelios, sin metaversos.
Escamas y cloroformo no acabaron
con tus ojos penetrantes,
con el valor de quien se sabe fuerte,
libre y trascendente en la grisura
inhóspita de un fin
principio de lo eterno.

Creadora de caminos, letras,
huellas, colores e infinitos,
de la tierra y las estrellas,
de ajenos versos de amor y desespero.

Veo el constante fruto de tus manos,
de tu mente, de tu alma engrandecida.

Siento los trazos de blanco viento,
el alto vuelo de tus planos,
el vigor y la luz de tus torrentes
desbordar el marco de los lienzos
y dar vida al aire imaginado.

José Juan Yborra

ZARPAS, ÁRBOL DE MI HUERTA
Y PIEL DE CEREZO

Tengo de frente a los perros,
y la mansa muchedumbre huye.
El hostigue de las zarpas,
y el puntillazo en la nuca.

Árbol de mi huerta,
dueño de sus raíces.
Por la cúspide de sus púas,
brota la vida.

Carne delicada y tierna,
de piel de cerezo y pólvora,
quisiera empuñarte ahora,
para ajusticiar sin descanso.
Y cuando silueta alguna,
quede en las trincheras,
entonaré la victoria,
con las cuerdas de mis poemas,
dejando las puertas abiertas,
del Campo de Gibraltar y del Universo,
para que huyan las ratas.

José Salguero Duarte

POEMA DE LA NADA

*¿Y más allá?
Más allá, ¿no recuerdas?, solo la nada.*
María Zambrano

Ya hace tiempo, pero nada,
todo sigue igual;
las sábanas en las que te perdiste,
la cama aún sin hacer,
la ropa desordenada y tirada en el suelo.
Tú me mientes, yo te escucho,
pero nada,
nada queda de entonces.

El tiempo sigue rebelde,
el frío invade el breve espacio
de nuestros cuerpos
con la energía que falta en tus palabras.
Las cenizas de tus cigarros permanecen
intactos en mi cenicero de cristal,
mi libro sigue paralizado
frente a los poemas que una noche escribimos.
Mi pulso, tus piernas,
mi piel, tus caricias, escondidas...
más allá de lo posible,
detrás de los recuerdos, en la nada.

Manuel Jesús Garnica Corbacho

TIEMPO DE NIEBLA

Que la cicatriz sea la herida
del golpe de quien huyó cobarde
y que solo deje su huella canalla.
Que sirva de refugio y de rescate
para que no ardan de miedo las entrañas.

A veces leo mis poemas
y se me clavan en el alma
palabras como metralla.

Se nublan las rimas,
se equivocan las páginas,
se me atraviesan los versos,
se me derrumban las lágrimas.
Y pesan los ojos con el plomo de la madrugada...
Hubo un tiempo que era de barro y fueron mis manos tu casa,
y en cada esquina llovía la mentira de otra niebla.

Se me va borrando tu tacto
y pierdo el eco de tu voz.
Y muerdo el silencio nacido para matar los despojos
y bendigo tu ausencia de opio para paliar el desamor.

Te escribo porque todavía pierdo el equilibrio.

Mar Marchante

DENEGACIÓN

Mi solicitud no nació
para morir en el sello impasible.
Alguna mano la castigó de no fiable.

Alguna maldición la obligó a ser
DENEGADA.

A mi solicitud la mató una forma
de entender las cosas a tuertas.

Mi solicitud solo pensó ser
letras en flor,
frutas en sazón,
queriendo poetizar,
vivir y convivir
con la sonrisa del Buen Jesús.

Mi solicitud es blanca, inocente
y con alma de paz,
pero murió
en las garras de un rapaz.

Mi solicitud nació y murió
entre una España que invita
y otra España que deniega.
*Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

Mi solicitud se fue,
pero se quedará su eco indeleble
en la costa de Europa,
entre Plumas y Orillas.

Rachid Boussad

ENTRE DOS MARES

Aquí hablamos del viento,
de la pesca,
lo hacemos siempre a gritos
mintiendo, exagerando.
Pagamos las cervezas de los otros
que de inmediato
invitan a otra ronda.

Aquí huele a jazmines por la noche,
intercambiamos pájaros
en la mesa del bar,
compramos un cupón
todos los días
y añoramos
las peleas de gallos.

Llamamos alhucema
a la flor de lavanda,
comemos azufaiñas, alcauciles,
el Winston que fumamos
siempre es de contrabando
y es normal
tatuarse hasta las cejas.

Nos gusta Camarón
y adoramos a Paco
-vivir entre dos aguas-
impone esos querereres-.
Somos gente normal,
portuarios, camellos,
precarios pensionistas,
ceñidísimas chonis,
gitanos de alta alcurnia.

Aquí echamos las cuentas
con tiza y siempre cuadra
la suma
sobre el sufrido mostrador
de los tabancos.

Cenamos, a menudo,
los restos del puchero,
nunca falta el hachís
gracias a Dios.
Después nos persignamos,
rezamos a la Virgen de la Palma
y soñamos
con la mujer de otro.

Tito Muñoz

QUIERO MIRAR...

Quiero mirar las nubes
y sentirme una con ellas.
Andar caminos
sin tormentas ni estorbos.
Ver el mundo desde arriba
y que un manto de estrellas
arrope mi soledad;
que una suave música
tocada por el viento
y un coro de ángeles
con voces de cristal
arrullen mi espíritu.
Quiero sentirme soplo de viento
y que mis moléculas,
hinchidas de energía,
Recorran caminos imposibles,
caminos desconocidos,
Mundos extraños y remotos.
Quiero sentirme una con el Universo
y formar parte del TODO.

Nieves Buscató

INMENSIDAD

¿Qué hago yo en tanta inmensidad? Divagando y hablando con los esqueletos de las estrellas de la mar, ya fenecidas; voy cruzando las arenas de los recuerdos y de los olvidos sin apenas parpadear.

Si tú estás lejos, me sobra tanta inmensidad.

Tal vez estés llenando huecos al otro lado del alma de esta mar infinita.

Llora el llanto de esta arena confusa mientras te voy atravesando junto con mi soledad. Las olas se acercan a la orilla en busca de los guiños de tu mágica mirada.

Se que pecamos tu y yo, pero me consta que, pecar contigo no fue pecar, sino bendición para ciertas entrañas, aguinaldo del destino para la oscuridad de la penumbra que fue testigo de esa bendición pecaminosa.

Como soplo de vida atravesaste mi ilusa inspiración sin dejarme respuesta alguna a mi sangrada interrogante. No sé si algún santiamén me quisiste o si a odiar el incienso que nos envolvió llegaste.

No sé si lo nuestro fue locura o una aventura, pero me consta que contigo nació un poco más, tras mi ausencia; que tus brazos le dieron calor a cierto lugar aislado de un cuerpo sin patria, a las cuerdas de un corazón sin puerto de donde soltar amarras.

En el fondo de la mar, amarradas al ancla oxidada, enredaste las páginas de mi sentir, y te fuiste, sin compasión.

Las gaviotas vuelven a sobrevolar los restos de tu sombra que, antaño, iba corriendo junto a la mía en sacra fusión.

Vuelan y sobrevuelan el infinito cielo oliendo los restos dispersos de tu perfume más estelar.

Buscan tu parpadeo mientras los reflejos de tu iris en las bailables olas de la mar cercana se adentran y alejan sin compasión.

Sobre una concha vi grabado tu nombre... ¿Quién lo habrá grabado, en tanta inmensidad?

Ahmed Mgara.

CUERPO Y TIERRA

Es tu cuerpo
mi tierra prometida
a la que tardé casi
cuarenta años en llegar.
-Hubo tanto desierto
y tanta soledad en el camino-
Son tus besos mi alimento,
tus caricias el maná
diario, ofrenda de los dioses
inmortales.
Está mi casa
en tu espalda, siempre abierta,
y entre tus pechos
me quedo a dormir
camino de países interiores,
donde la luna es profunda
y abisal la noche
bajo el agua.
Es tu cuerpo mi hogar,
mi bandera y mi república.

Juan Emilio Ríos Vera

LAS TINIEBLAS DEL AMOR

En el oscuro silencio,
las nubes grises
no se acuerdan de mi,
están entre llantos y lamentos,
en las olas oscuras de la noche
donde duerme el tiempo furtivo.
Cada vez que quiero
escuchar una canción,
tocando mi violín
entre sus acordes voces de tinieblas
y rugido de las olas del mar revuelto,
Las gaviotas migraron
al cielo sin estrellas;
mis ojos con lágrimas de cristal.
Bajo la mirada de la noche
se quedo solitaria mi soledad,
entre los ojos de la muerte
el vaivén de mis sueños
está en el crepúsculo perdido.
Sueño en liberarme, volver a respirar.
Con la melodía de mi tristeza
canto la última canción
de las tinieblas del amor al mar.

Malika El Bouzidi. Conil 17 /07 / 22

LA LUNA ERA DE AGUA

La luna era de agua sobre la faz del río.
Nuestras manos, libélulas, rozando los perfiles castos
de la muchacha eterna de carne blanca y pétrea
que guarda aquellos sitios . La voz de terciopelo
de una flauta ocupó el lugar de los pájaros dormidos
y atravesó la noche y se detuvo sobre el abanico
quieto de la plaza de los bancos vestidos de azulejos antiguos.
En el centro, la fuente solitaria, su canto detenido
a aquella hora, su rumor dormitando, vuelto silencio
líquido. Los rostros encendidos de las rosas, dispuestas
para el sueño, ajenas, en sus cosas, derramando su aroma,
empujando al deseo. Los árboles gigantes y muy viejos
miraban desde arriba con expresión pacífica.
Anduvimos los caminos secretos que guarda el parque,
sumido en una calma trascendente, relajados los brazos
bajo la luz serena de la única que lo conoce todo.
Muy pronto, un diálogo de luces incipientes quebraría
la templanza del cielo y volverían murmullos a las ramas
y al sopor amarillo del albero. Se alzarían los andamios
del día .Y una ternura súbita nos removió por dentro.

Julia Jiménez

QUE NO

¡Qué inmediata la sed!

¡Qué torpe el verbo alado!

Chocando en las aristas de mi casa.

Vagando como sueño

tras mi sombra.

Que no.

¡Que yo no voy a abrir las ventanas!

Que no entrarán las moscas,
el ruido,

ni la lástima.

Almoraima Ruiz.

22-II-2021

TINIEBLAS

Solo en la oscuridad
la diminuta llama resplandece.

Llegando a La Galguera,
entrada ya la tarde, hacíamos silencio
para escuchar la lluvia cayendo en los helechos
mientras tú y los demás
fumabais en la pipa de mi padre.

La oscuridad fue eso simplemente:
mirar a la bahía juntos mientras las nubes
enormes de levante nos sumían
en un mundo irreal y saturado
de zumbidos de grúas y cargueros.
Allí éramos felices, lo recuerdo,
porque se hacía de noche
y el mundo se borraba.

Vivir a oscuras era, tantas veces,
la única manera que teníamos
de ver algo de luz.

José Ángel Cadelo
2022

JUNTO AL MALECÓN DEL ANTIGUO EMBARCADERO

Cuando el río crecía más allá del acueducto
y anegaba las vegas junto a las vías del tren,
la ciudad aún olía a la sangre de los toros,
a los largos escombros de un tiempo demolido,
entre grúas que zarpaban hacia cielos nublados
y lentos paquebotes que orillaban al muelle:
he ahí su antiguo lastre de marinos y sargazos,
que buscaban norays en los ojos marchitos
y brumas de alcohol o fuego de San Telmo
por los bares sucios de la acera de la marina.

Había ruido entonces entre los cafetines,
un largo murmullo de automóviles viejos,
compañías de artistas al Casino Cinema
con baúles de coplas en lento blanco y negro.
Soldados de regulares fumaban la grifa
que humeaba el miedo sobre sus tatuajes.
Ay de los viejos sultanes de chilaba sucia
que arribaron desde el Rif hasta la Isla Verde:
debimos preguntarles si el olvido nos salva
de la extraña memoria que traen las pesadillas.
Llovía eternamente sobre nuestro pasado.

El dinero hablaba a menudo en inglés
sobre el vestíbulo azul de los grandes hoteles.
El mundo estaba en orden y dios era de aquellos
que guardaban las fiestas y eran obedientes.
Días de estraperlo bajo las luces del alba
cuando las cuadrillas de los pescadores
Ignoraban si el mar les sería favorable
o una trampa escrita en la palma de sus manos.
Las mujeres de la noche entrecerraban sus labios
bajo la lenta persiana de la supervivencia.

El aire olía a fruta madura, a salazón y abastos,
en la plaza baja donde ardían las pавanas
cuando escampaba el sol y la grave tormenta
no era otra guerra cruzando por sus calles
sino ocres relámpagos sobre la sierra de la luna.
Mi sombra seguiría colgada en los espejos
del Café Bohórquez si no hubiera caído
bajo la extraña piqueta de los suicidios.
Como el de este lugar que pareciera odiarse
y de tarde en tarde se borra de los mapas.

El mar, que es el morir, ya no le salva
de su eterno naufragio sin remedio.
Siempre su ambición le pudo a la ternura,
como el levante domina los veranos
si las hogueras no logran quemar su maleficio.
Ojalá que los suburbios lleguen a vengarse
de esa clase media adormecida
que no suele transitar por sus recuerdos,
ni conserva la huella de los besos
que los amantes lanzaban a los barcos.

Te diré donde estaba la esperanza muerta.
Junto al malecón del antiguo embarcadero.

Juan José Téllez

RELATOS



Archivo de Paloma Fernández Gomá

LA ESPOSA MUDA

Ángel Gómez Rivero

¿Por qué me desplazé hasta aquella zona agreste del litoral del mar del Norte? Es una pregunta que me he hecho con insistencia durante estos últimos tres años de mi vida, y aún no he encontrado respuesta. Tal vez fuera cosa del destino, como solía decir mi santa madre. Sopesé, viéndome allí, que era un lugar en el que jamás había estado antes. ¿Qué buscaba en aquel entorno? ¿Tal vez soledad? ¿Inspiración para mi próxima novela, acaso? Quizá ambas cosas; o que mis pies fueron movidos por el azar, sin más. Lo cierto era que andaba recuperándome, por aquellas fechas, del fracaso sentimental con la mujer que, durante todo un lustro, pensé que sería mi amor definitivo. Un amor que resultaría tan yermo como una de esas rocas que sobresalían del mar y que se ofrecían a mi vista como hachas de piedra. Porque quizá unos hijos habrían dado color y calor a una relación que acabó por diluirse como un azucarillo en un vaso de absenta; aunque eso no conseguiría saberlo jamás. Ni los hijos vinieron, ni ella pudo evitar abandonarme.

—Tú siempre sumergido en tus estúpidas historias —llegó a decirme, días antes de hacer las maletas y de marchar para siempre de mi vida—. Solo escribes cuentos siniestros sin sentido, en los que te escudas para no hacer frente a los problemas del mundo real.

No respondí y, con mi silencio, nuestra relación se esfumó como las moscas al llegar las lluvias del invierno. Como nunca desposamos, no hubo trámites legales y la historia de ambos se dividió en dos cauces, al igual que el río Rin antes de desembocar en el mar del Norte; río que tantas veces había recorrido de joven en una pequeña embarcación que terminé vendiendo ni me acuerdo cuándo. Dos caminos sujetos a su propio y distinto destino. Destino, sí. He de reconocer que esa palabra siempre me obsesionó sobremanera. ¿Qué sorpresas tenía deparadas para mí? ¿Habría un futuro esperanzador? ¿Tal vez circunstancias oscuras y desagradables me esperaban al volver la próxima esquina de mi vida?

Me llamo Van Randen, Joep Van Randen, y a pesar de haber publicado media docena de novelas de misterio, que no se vendieron mal, podría decir que soy un perfecto desconocido a ojos del mundo. No obstante, los negocios que abrí en su día y que aborté tras conseguir los beneficios necesarios —para Jantine, mi referida ex, le parecía una locura cerrar negocios que prosperaban— me proporcionaban y proporcionan la economía básica para sobrevivir. Y dentro de dicha supervivencia, sentí que tenía que ponerme en marcha a la busca de no sé qué. Así, me vi desplazado hacia esa zona litoral, salvaje como pocas, dejando que mis pasos me llevaran donde quisieran, como si se ajustaran a una cita con ese destino que tanto me intrigó y me intriga. Acababa de cumplir cuarenta años, y ni siquiera me planteaba si mi vida estaba resultando o no satisfactoria. Solo me preocupaba de sobrevivir, de seguir caminando en espera de resultados, y sin calibrar metas a corto o medio plazo. ¿Para qué? Al fin y al cabo, me sentía vacío, como una nuez sin el fruto dentro. ¿Para qué sentir, si el sentimiento te produce dolor? Alguien dijo en cierta ocasión que lo que no consigas a los cuarenta años ya no lo conseguirás jamás. Supongo que quien lo dijo era un hombre realizado y con fortuna en la vida, orgulloso de sí mismo, por lo demás.

Sentado estaba en un risco que accedía directamente al mar, lanzando pequeñas piedras al agua, desprendidas de la roca madre, cuando mi vista se desplazó hacia el firmamento tormentoso, hacia el paisaje de un cielo plagado de nubarrones oscuros que amenazaban agua y relámpagos. Bajo ese marco imponente, el mar se estaba picando de manera extrema, haciendo salpicar las aguas que traían las olas hasta llegar a mojar mis pies, bien protegidos por gruesas botas de cuero. Horas antes, había dejado mi vehículo a unos dos kilómetros de donde estaba ahora, ya que anduve un buen rato caminando por entre las irregularidades de un terreno casi intransitable. No podía precisar cuántas eses tuve que recorrer para salvar tantos arbustos y árboles retorcidos, así como promontorios rocosos idóneos para una torcedura de tobillo.

Un nuevo acceso de humedad hacia mi cuerpo. Esta vez no provenía del mar, sino del cielo, por lo que supe que iba a quedar calado hasta la médula si no encontraba pronto un refugio en el que cobijarme. Y fruto de la necesidad imperiosa se dejó ver, a mi izquierda y a una distancia prudencial, lo que parecían ser unas ruinas. Me fijé mejor y supe que se trataba de un viejo faro derruido de la mitad hacia arriba — un faro sin luz—. Adosado al mismo, lucía una construcción de una planta, funcional. Entendí que, en un pasado algo lejano, serviría de vivienda al encargado del faro. Como se apreciaba que se mantenía en pie aún, supe que podría ser el refugio que necesitaba hasta que la tormenta amainara. Así que, de un salto, me puse en pie y, con prudente diligencia, troté por entre las rocas que se fundían en el terreno sólido, bordeando los riscos. La bóveda pareció oscurecerse y la cortina de agua se intensificó. El hecho de que la luz menguara hizo que, al aproximarme a la construcción, siguiendo los quiebros del terreno, pisara mal y fuera a caer hacia una pequeña cala. Lo único en que pensé, mientras sentía cómo me precipitaba, era que mi vida tocaba a su fin, y solo pude lanzar un grito agudo que se frenó al impactar con el suelo.

No sé cuánto tiempo anduve desmayado. Cuando desperté, estaba echado en un viejo sofá de cuero de tres plazas y con una manta encima. Frente a mí vi una chimenea cargada de troncos que no paraban de crepitar por las mordidas del fuego. Debido a ello, la temperatura era muy confortable. Sentía un fuerte dolor en la frente. Al ir a tocármela, comprobé que alguien me había colocado una venda. Así que era evidente que había salvado la vida. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Quién me había socorrido? Mi vista llevó a cabo una panorámica por el salón en el que me hallaba. Parecía el hogar de un pescador, pero había algo más. En las paredes proliferaban los detalles ornamentales referidos a la mar: remos, timones, pinturas de paisajes marinos, el famoso marco con nudos marineros, cartas náuticas... En la amplia repisa de la tosca chimenea lucía un sextante de bronce, y en el tiro se veían las fauces desnudas de un tiburón. Se notaba que todas las piezas habían sido colocadas con mimo, ya que el conjunto tenía toda la apariencia de ser un museo. Por más que miraba, más objetos marinos encontraba. El propietario de aquella vivienda superviviente de tiempos mejores más que un pescador debía ser todo un enamorado del mar. Jantine habría comentado, con burla, que se trataría de todo un friqui, en el mejor de los casos; o, en el peor, de un chiflado sin remedio ni cura.

Fue un carraspeo lo que hizo que desviara la vista hacia la puerta de aquella estancia de considerables dimensiones. Apoyado en el marco, bajo el dintel, había un tipo robusto con una pipa de madera en los labios, encendida y humeante, con un jersey grueso y vestido todo de negro, incluidas las botas de goma. Su rostro se veía muy curtido, con cejas espesas, ojos que me parecían negrísimo desde la distancia, con numerosas arrugas, y lucía una espesa barba algo canosa. Todo un lobo de mar. La sonrisa que compuso para mí resultó, en verdad, algo falsa. Tal vez se trataba de un tipo solitario poco acostumbrado a la amabilidad que otorga la convivencia. Su voz aguardentosa me sacó del rápido y obligado escrutinio del escritor que siempre llevo dentro:

—Por fin *ha vuelto*, señor Van Randen. —La sonrisa se esfumó—. Afortunadamente, el golpe en la cabeza no ha sido grave. Vi cómo caía en la cala chica. Es usted un hombre afortunado, ya que es la única en la que no hay rocas, sino arena, pues no lo habría contado. Dé gracias a los Cielos de que soy hombre fuerte y de que usted es delgado; de lo contrario, me habría costado mucho traerlo hasta aquí.

—¿Cuánto tiempo llevo desmayado?

—Un par de horas.

—Gracias por socorrerme —susurré con voz algo torpe—. ¿Y cómo es que...?

—¿Cómo sé su nombre? —respondió con rapidez—. Discúlpeme... Tuve que mirar su documentación. Y también tomé su móvil, pero creo que se rompió con la caída.

Eché mano a mis bolsillos y noté que la cartera y el móvil seguían en su lugar. Cuando lo intenté activar, comprobé que, ciertamente, se había roto. El cristal se veía como una tela de araña muy espesa.

—Creo que se desprendió un trozo de suelo y por eso me precipité.

—Ahora que ha despertado —intervino, como si no hubiera oído mi pretexto, mientras se dirigía hacia mí—, creo que es conveniente que se levante y no vuelva a dormir. Sería peligroso, pues nunca se sabe con

los golpes en el cráneo. —Sonrió de nuevo con la mueca extraña—. Por cierto, me llamo Jenkin, y puede considerar que ahora está en su propia casa.

—Gracias —musité, una vez él había llegado hasta el sofá— ¿Tiene teléfono?

—Ni teléfono ni móvil —aclaró—. Lo siento, amigo, vivo aislado del mundo desde hace años, y he podido sobrevivir sin los adelantos de su mundo civilizado. Eso sí, en un pequeño cobertizo dispongo de un pequeño todoterreno, que uso cuando tengo que ir por provisiones, pues no solo de la pesca vive el pescador.

Intenté ponerme de pie, pero sufrí un fuerte mareo y me detuve, con las manos en la cabeza.

—Eh, con calma. Poco a poco; aún no está en condiciones.

Me ofreció sus fuertes brazos para poder incorporarme y nos dirigimos hacia una sala contigua, donde había una mesa preparada para la cena. Solo había otro comensal: una mujer sentada cómodamente en una silla: una dama rubia, de melena lustrosa y ensortijada, ojos inmensos y azules como las aguas del mar, y unos labios bien dibujados y jugosos como fruta madura. Vestía un grueso jersey de lana gris. Supuse que era la esposa de Jenkin. Tras saludarla, sin recibir respuesta, me acomodé. Mi anfitrión y yo charlamos durante un rato y comprobamos que teníamos muchas cosas en común, la principal nuestro amor al mar. Aunque tenía una apariencia física en verdad tosca, su verbo fluido y de voz ronca se complacía con ciertas notas poéticas al hablar. La lírica que da el mar, pensé.

—Se llama Lore —me dijo él, mientras miraba a la dama.

—¿Lorena o Loreto? —comenté yo en automático. Había olvidado que conocí en cierta ocasión a una chica vasca que se llamaba así. Ella me dijo, entonces, que su nombre significaba *Flor*. Pero ahora estábamos muy lejos de España.

—Simplemente Lore —aclaró—. Loreto es de nombre italiano; Lorena es de origen francés. —Siguió mirándola durante unos segundos, antes de añadir lacónicamente—: Es muda.

Entonces me fijé en su silla: era de ruedas. La manta que ella tenía en el regazo y que le llegaba hasta el suelo había ocultado el detalle. También había entendido así el hecho de que no se dirigiera a mí; pero su escandalosa belleza no ocultaba que era la imagen viva de la tristeza, y ello me hizo pensar sobremanera. Una dama así de bella y con problemas tan graves fue algo que me apesadumbró. Muda y parálitica: muy triste. Mis reflexiones se esfumaron cuando Jenkin trajo hasta la mesa una soper. Vi que se trataba de un caldo de pescado que, al probarlo, valoré como muy rico. También colocó una bandeja con trozos de lubina cocinada al horno, pan y una jarra de agua. A pesar de tener apetito, esperé a que la dama hiciera intención de tomar los cubiertos, pero no lo hizo.

—Ella ya ha cenado —informó mi anfitrión al deducir mis intenciones—. En verdad cena muy pronto, así que recuperemos nuestras fuerzas. Usted más que nadie, amigo mío.

Las charlas intrascendentes continuaron, hasta que le comuniqué que era escritor. Con expresión de haber sido sorprendido gratamente, señaló hacia un rincón, en el que había una amplia estantería de madera, cuyas baldas se veían vencidas por el peso de los muchos tomos allí concentrados. La mayoría eran ediciones antiguas, a juzgar por el estado de los lomos.

—Siempre entendí que bajo el físico sufrido de un marinero siempre se oculta el alma de un poeta.

Él sonrió de manera más franca, más auténtica. Noté que nacía una química especial entre ambos.

—Entre esos viejos libros, puede encontrar títulos tan importantes y valiosos para mí como: *La tempestad*, de Shakespeare, *Moby Dick*, de Melville, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Verne, *El viejo y el mar*, de Hemingway, y muchos más —expresó con suma calma, como si eligiera la bibliografía adecuada, tal vez con ánimos de impresionarme; todo sin dejar de beber la sopa—. Aunque mi favorito siempre será *La Odisea*, de Homero, un texto muy, muy especial... Me temo que soy un pelín clásico, señor Van Randen.

Observé que en una esquina había un árbol de Navidad convenientemente adornado. Me acordé entonces que esa noche era la del 24 de diciembre. El árbol era el único elemento decorativo navideño de ese hogar alejado de todo y de todos. Y era algo muy especial, pues no lucía las clásicas bolas de colores, sino que había muchas figuras doradas colgando de él. Según apreciaron mis ojos, se trataba de efigies relacionadas con mitos del mar: diversas versiones de *kraken* y leviatán, entre otras monstruosidades abisales desconocidas para mí; también había sirenas de todo tipo. En verdad muy curioso y en la línea de mi anfitrión. A él no hacía falta hacerle la clásica pregunta de si prefería carne o pescado, y perdonen el mal chiste; pero sin duda es una concesión, un recurso catártico ante el horror que estoy a punto de narrar.

La cena discurrió con total serenidad. Jenkin se esforzaba por mostrarse amable mientras yo oía todas sus historias relacionadas con el mar, y Lore solo me observaba con esos ojos suyos inmensos, brillantes e, inclusive, enigmáticos, con cierto regusto de congoja en lo más profundo; tanto, que me resultó muy incómodo y frustré cualquier intento de comunicarme con ella, de hacerle algún comentario agradable. Hasta que llegó la hora de retirarnos para dormir. Mi anfitrión sopesó que había superado cualquier tipo de riesgo cerebral y me condujo hasta un dormitorio alejado del salón, mediante un largo pasillo. Se trataba de una habitación bastante aséptica y despoblada de mobiliario. Solo había una cama y una mesita de noche. Jenkin encendió un radiador para paliar la humedad y el frío reinantes. Una vez a solas, decidí que dormir era la mejor forma de sentirme mejor, para, a la mañana siguiente, marchar de aquel faro y llegar hasta mi vehículo, con la intención de continuar con mis pasos indecisos en esta vida.

Cuando estuve a solas, ni siquiera me desvestí —las ropas se habían secado con la temperatura que llegó al salón, merced a la chimenea—, solo me quité las botas, me tumbé en la cama, me cubrí con la manta y me dejé llevar. En pocos minutos quedé dormido. Recuerdo que en mis sueños se mezclaron todos los sentimientos vividos durante ese día. Como preludio forzado, vi el rostro severo de mi exesposa gritándome. Un rostro que se agigantaba y se convertía en un monstruo con ojos enormes, en blanco, y dientes puntiagudos. Asustado, hui por una vereda que se iba perdiendo en un bosque frondoso. Un bosque que daba acceso a unos acantilados más pronunciados y peligrosos aún que aquellos próximos al faro. Vi que surgía Poseidón de las aguas, el dios del mar, gigantesco, con sus barbas espesas y el tridente, en la diestra, dispuesto a ser lanzado contra mí, mientras yo lo miraba estupefacto desde lo alto de unas rocas. Acto seguido, unas sirenas, que emergían del fondo marino, saltaron alrededor de Poseidón, agitando un mar que, hasta ese momento, estaba más plano que la superficie de un espejo. Sentí unas necesidades imperiosas de lanzarme a las aguas; me acordé de la famosa atracción del abismo. ¡Y fue lo que hice! Me arrojé de cabeza, con limpieza, a pesar de la altura del risco; aunque, nada más entrar en el agua, vi unas fauces descomunales que venían hacia mí para morder mis entrañas. Grité y, a pesar de estar sumergido, mi grito sonó como el rugido de un león; un grito que fue el que me despertó, bañado en sudor, y con el corazón latiendo desbocado.

En realidad, lo que me despertó fue el considerable bramido de un trueno, porque la tormenta era ahora fenomenal. Un técnico de sonido de cine habría dicho: «encadenado de sonido». Temblando aún por la experiencia onírica, me fui hasta la ventana del dormitorio y miré al exterior. A pesar de la oscuridad, y de que la luna llena se veía turbia merced a la espesa cortina de la lluvia, pude distinguir un mar embravecido batir contra los riscos costeros, en tanto en el cielo se dibujaban arabescos de luz brillante, ensortijados. Ante mí tenía un firmamento preñado de rayos que lo rompían en mil pedazos. Mis oídos, atentos en grado sumo, captaban sonidos del exterior; pero hubo algo que también registraron... y venía de dentro. Fue una suerte de lamento, casi un alarido, que quedó mitigado por el fragor de la tormenta. ¿Tal vez un grito de la dama? Comencé a sospechar sobre mi anfitrión. ¿Sería Lore su esposa? ¿Era su hermana? ¿O, tal vez, estaba allí recluida debido a una maquinación criminal? La tristeza que capté en su mirada, durante la cena, me hacía ahora recelar de que ella residiera en el faro en contra de su voluntad. Pero ¿por qué? Una dama de belleza extraordinaria, pero muda y parálitica, confinada a una silla de ruedas, esclava de un obseso... Mis pensamientos lo veían todo demasiado cruel, en el caso de ser así.

Con prudencia, me coloqué las botas, salí del dormitorio ayudado por la iluminación de un mechero que llevaba en el pantalón, echando de menos el móvil y su modo linterna. Me sentía como si fuera un ladrón... o algo peor. Mi sombra se dibujaba vacilante por las paredes, con regusto espectral, en tanto

notaba que provenía cierta luz del salón, al que me estaba acercando más y más. Cuando por fin llegué al final del pasillo, a la altura de la puerta de la pieza, mi mente no acabó de encajar el espectáculo que se ofrecía a mis ojos. Un trueno subrayó más el efecto estremeciéndome hasta la médula. Incluso me planteé, durante un par de segundos, que pudiera ser que anduviera dormido todavía. Pero yo estaba despierto, bien alerta. Mis ojos se abrieron al máximo, siendo superados por mi boca desencajada. Me agarré a la madera del marco para no caer al suelo. Y aviso que nunca me he considerado débil o cobarde.

Lo primero que capté fue la sangre; la sangre abundante que manchaba el mantel de la mesa y el suelo; la sangre que brotaba de la garganta de Jenkin, que se convulsionaba en el suelo en los últimos estertores, mientras el rojo vital se le escapaba de la garganta, abierta de manera irregular. Junto a él, tirada en el suelo, estaba Lore; la silla de ruedas estaba tumbada a su lado. Ella lo tenía agarrado por la cabeza, y acababa de separar la boca del cuello del agredido. Me acordé de la reciente pesadilla —sin lugar a dudas, premonitoria—, del rostro monstruoso de mi mujer, porque así se mostraba ahora Lore: con los ojos desencajados, en blanco, como los de un pescado hervido, y con unas fauces preñadas de colmillos puntiagudos, todos manchados de un rojo escandaloso. Pero hubo algo más que me dejó clavado al suelo, sin reacción posible. Ahora interpretaba las palabras de Jenkin en su justa medida:

«... Aunque mi favorito siempre será *La Odisea*...»

Y entendí el porqué de ese árbol navideño repleto de figuras relacionadas con el mar. Porque, recreándome en el cuadro que tenía ante mí, con el rojo predominante, junto al cuerpo ya cadáver de mi anfitrión se hallaba una mujer muy especial. ¡La manta del regazo que llegaba hasta el suelo, observada durante la cena, no solo ocultaba la silla de ruedas! Ante mí estaba una hembra sin piernas, ya que en su lugar lucía una espectacular cola plateada.

¡Lore no era humana! ¡Lore era una sirena! El propio Jenkin, en un rasgo de sociopatía, me lo susurró durante la cena:

«Simplemente Lore...»

Las luces de mi cerebro comenzaban a funcionar con normalidad, a pesar de la caída y del trauma de encontrarme de golpe con aquel cuadro dantesco. Ante mí, desatada y virulenta tras acabar con la vida de su raptor —ahora ya no había ninguna duda—, ¡tenía a la legendaria Loreley! ¡La sirena del Rin!

—¡Dios! —exclamé, sin poder dejar de mirar.

Entonces, ocurrió algo que todavía me cuesta recordar, tal vez por el grado de irrealidad. Ella se desprendió del jersey y quedó desnuda por completo, con sus senos desafiantes. El azul había vuelto a sus ojos y ella me miraba con ternura, como si me suplicara. A mis oídos llegó una suerte de música profunda, muy armónica, y comencé a ver todo nublado. Era como si ella tarareara una vieja canción. Y ahí se produjo un paréntesis en mi siniestra experiencia, ya que, cuando volví a recobrar el dominio de mí mismo, al entender que era yo quien movía los pasos, me vi en el mar, a pocos metros de la orilla, con el agua impactando contra mi cuerpo. Llevaba en brazos a Loreley, que no dejaba de observarme con sus grandes ojos embriagadores. Sentí una sensación incómoda y rara, como si deseara con locura a aquella hembra y me horrorizara a la vez dicha atracción. Fue cuando ella sonrió por primera vez, para mí, y la deposité en las aguas agitadas, hasta que se escurrió, desapareciendo de mi vista y de mi vida.

A mí me encontraron en una cala, al día siguiente, según dijeron, con el cuerpo desmadejado. Me recogieron unos excursionistas y me ingresaron en un hospital con un fuerte traumatismo craneoencefálico. Estuve en estado de coma durante más de diez días. Una vez recuperado, mi psicólogo, al oír mi declaración de los hechos, sostuvo que mi mente había borrado las últimas vivencias reales, y que habían sido substituidas, sin duda, por un sueño lúcido; más bien una pesadilla motivada por quedar desmayado tras caer en la cala. Para recomponer las piezas sueltas en mi cerebro, en cuanto me dieron el alta médica, me desplazé a la zona del faro y comprobé que había sido barrida por completo. En el lugar en el que estaba ubicado había un socavón y arbustos chamuscados alrededor. ¿Tal vez un rayo acabó con la edificación esa noche infernal? ¿Acaso la tormenta se la llevó consigo hasta lo más profundo del mar?

Nunca creí en las palabras del psicólogo ni de los médicos que me trataron. Convencido de que había vivido una experiencia real, por extraña que fuera, decidí buscar a Loreley. Así, a lo largo de varios meses, anduve navegando por el Rin con una pequeña embarcación que compré de segunda mano. Mi corazón me decía que ella había vuelto a su reino, y que solo allí la encontraría... pero fue en vano. Pasaron los días, las semanas, los meses... y la obsesión fue tan grande que solo escribí relatos de sirenas de manera compulsiva. Hasta que un buen amigo me instó a que dejara de hacerlo. Explicó que no era nada sano y que tenía que poner punto y final a mi loca historia. Tras un amago de aceptación, terminé haciéndole caso y me dediqué a la pintura.

Confieso que, durante este último año, he pintado más de veinte óleos y, según los comentarios de técnicos expertos en la materia, son de gran factura y poseen un impacto innegable. Eso sí, todos los que se recrean en mis lienzos me hacen la misma pregunta:

—¿Por qué solo pintas sirenas?

Y no sé qué responder.

Brut nature

Josefina Núñez Montoya

El vínculo más fuerte es la imposibilidad de entendernos

El mar le serena. Por eso Ramón pasea callado por la playa al lado de su chica. Está a punto de pisar algo en la orilla. Salta. Es un clavel tronchado que va y viene. La ola lo escupe hacia fuera y luego lo arrastra hacia dentro como si el tallo estuviera atado a su capricho. Le recuerda la noche anterior. Ella se da cuenta de que no la está escuchando. Le repite: *¿Nos vamos a tu casa y preparamos la cena? Es la hora. Pronto llegarán los amigos.* Parece que él dice que sí porque se deja llevar por su mano. Siente su calor aunque andan descompensados. Ella busca divertirse con los amigos. Tal vez emborracharse. Él permanece en el reflejo de la luna dorada.

Había sido su primera intervención como voluntario. Estudiantes de enfermería, su compañero lo llamó de madrugada. Todo sucedió muy rápido, tan rápido que toma conciencia de él mismo cuando el coordinador le ordenó que no se alejara de la orilla, que el nivel del agua no debía de sobrepasarle la altura de los muslos. *No más adentro, ¿de acuerdo?* Debes ser prudente. La condición de este servicio supone salvar vidas de los que están próximos a la orilla aunque se alerten gritos lejanos. ¡Aquí, Javier!, llama Ramón indicándole con la mano que ilumine la parte de la derecha. Es potente la lámpara que alza Javier. Buscó en ese lugar una voz infantil pero sólo vio un cuerpo flotando como un delfín muerto. Se acercó a él. Pesa. Le da la vuelta. Es un hombre con barbas. Le realizó la respiración boca a boca como le habían indicado en los cursos de formación. Sabía a sal. Distinguió entre el oleaje un chapoteo. Y otra vez, la voz infantil. Por un momento tuvo la intención de ir en esa dirección. Pero el agua le cubriría todo el cuerpo y tendría que dejar al hombre con barbas. Notó que las salpicaduras del agua le agujijoneaban la cara.

...

Entre los dos acondicionan la mesa baja del salón. Ponen los frutos secos, unas empanadas de atún, unos tomatitos con queso fresco y patatas fritas. Encienden las luces indirectas. La atmósfera se vuelve cálida. Los padres de Ramón se han ido al cine pero la madre les ha dejado un mantel bordado y varias copas brillantes. Hicieron falta para la cerveza y luego para el cava que habían traído sus amigos. Pero Ramón no tenía apetito y estaba callado. Es algo que le sucede a menudo. Sonreír sin ganas, hablar de lo ocurrido. Sonreír a pesar de su estado confuso o de las circunstancias pasadas. Sonreír como una obligación añadida para mantener una amistad, como si forzarse a sonreír le borrara el sabor a sal del hombre con barbas, de la voz invisible, o de las sacudidas del oleaje. *No sirvo para esto*, se dice, mientras le incomoda el rabo de su perro que le da en la pierna. Sabe que espera una caricia y Ramón se la da. Al final: el brindis. La espuma del cava –un detalle de la pareja-. Parece que se va a desbordar de la copa pero no, llegado al borde, se rebaja un tercio. Todos levantan la copa y al hacerlo miran a Ramón. Lo miran sonriendo, con brillo en los ojos. Celebraban que esté vivo y que haya salido bien el rescate. ¡Por la vida!, dice ella. Él piensa, *¿Qué significa este brindis? ¿Por los migrantes rescatados con vida? ¿Por la hazaña voluntaria de los que arriesgan sus vidas?* Sin embargo, la experiencia pasada ha desbaratado su puzle y las piezas están suspendidas en el aire, desorganizadas. Restablecerse de la experiencia impone su tiempo y silencio. No comprende cómo los migrantes creen que Alá impedirá que la barca vuelque con este temporal y, apartando al perro de su lado con un pie, se rebela también contra otro migrante que, desde París, Almería o Barcelona, le ha contado que lo consiguió como si el final fuera eso, llegar a una ciudad. *¿Y después qué? Esa pregunta es importante.* Ramón vuelve en sí con los agudos del cristal. Sonríen. Lo miran. Esperan a que les cuente lo sucedido. Las burbujas se explotan debajo de su nariz y le producen cosquilleo. Molestan.

Si el reflejo de la luna dorada tiene que ver con los sucesos favorables en alta mar, la linterna de Javier indica la ayuda de los voluntarios. Un esfuerzo último para los migrantes que salen solos. A otros hay que darles la mano y muchos se desploman cuando ponen los pies en la arena. Pero el hombre con barbas ha vomitado por fin. Su compañera Gloria lo desliza por el agua y consigue sacarlo del agua. Pesa tanto... Entre dos voluntarios lo abrigan y lo colocan en una camilla. No obstante, Ramón se vuelve, avanza hacia dentro guiado por el impulso de socorrer aquella voz infantil, ausente. ¡Dios! Agita la cabeza. La lámpara sigue iluminando. Pero él sigue el rastro de la luna dorada. Era por allí. Pero la superficie es tan oscura como el petróleo. Tan absorbente como una ventosa. El agua le llega por la cintura. Le llama la atención un chapoteo leve como las últimas burbujas de su copa. Un cuerpo tropieza en su cadera. ¡*Aquí!*, grita. Otro voluntario se acerca. Es una mujer menuda que respira. Entre los dos la ponen en pie. Cada uno a un lado, enlazando cada brazo de ella por encima de los hombros de ellos hasta llegar a la orilla.

...

Ramón carraspea. Da un paso atrás y mirando la copa les dice a todos: Vi como las lanchas rastreaban la costa y la limpieza del oleaje fue confirmada por los servicios de seguridad. El fotoperiodista hacía su trabajo, de rodillas, acercándose al detalle con el zoom de la cámara, o colocándose en lo alto de una roca para hacer las fotografías. El médico ordenó al conductor que pusiera en marcha la ambulancia y el jefe de la guardia civil la furgoneta. Me cambié detrás de una tienda de campaña. Me supuso un esfuerzo agotador quitarme y ponerme la ropa. Estaba temblando y no me había dado cuenta, hasta ese momento, que los huesos se congelan. Acepté del coordinador un vaso de té caliente. De lejos vi a Gloria. Estaba hecha una piltrafa como yo. Todavía no se había quitado la ropa mojada. Ofrecía algo que llevarse a la boca al grupo de naufragos sentados sobre unas esterillas. Aunque pesaba mi cuerpo, seguí andando en busca de una figura infantil envuelta en una manta dorada. Amaneció en el momento que la distinguí. Me paré un instante acongojado por la sorpresa. No pude contener una onomatopeya de alegría y aceleré los pasos hacia ella. *¿Estás aquí? Qué bien. ¡Cuánto me alegro! Anda, y ésta es tu mamá,* dije al comprobar que le cogía la mano a la mujer menuda que habíamos ayudado a salir. Mi respiración estaba agitada y la niña lo percibió. Gruñó. Sus ademanes decían que la dejara, que me fuera. En cambio, la madre me tendió la mano. Yo desee abrazarla y besarla, transmitirle el agradecimiento que emanaba de mi cuerpo entero. Pero la niña se ocultaba dentro de la manta térmica y forzó a su madre con el llanto a que la acurrucara entre sus brazos y la hiciera dormir.

...

Por aquello volvimos a brindar.

UNA CORTA HISTORIA

Juan Antonio Palacios Escobar

Hay historias que terminan nada más comenzar, sin argumento, sin personajes, sin tramas ni intrigas, sin nada que contarnos. No tienen magia donde no existe un relato, solo un paso, una intención, la de querer construir algo.

A veces imaginamos la realidad a través de otras cosas, y recitamos letanías a las que confiamos poderes sobrenaturales y parece que aumentamos las ilusiones de control en fenómenos sobre los que no tenemos, en realidad, influencia alguna

Y eso sin unos antecedentes, el de lo vivido y sentido por quien comienza a pulsar las letras del teclado del ordenador, sin saber muy bien ni hacia donde ni porqué. Eso sí, hay un misterio en este juego literario, cómo empezar y terminar al mismo tiempo.

Nuestra historia, era tan efímera que apenas un soplo y se quedó sin palabras, el escritor abstraído de todo lo que estaba viviendo, con la mente en blanco y sin verbo que pronunciar, en una crisis creativa que le hacía negar las evidencias de que el único pequeño problema es que no tenía nada que decir.

Había comenzado aquella historia que ya había finalizado, sin nada que expresar, sin la pretensión de dejar una huella imborrable, buscando en una especie de angustia vital vocablos con contenido, ideas que transmitir, secretos que revelar.

En ocasiones recurrimos a la superstición y el ocultismo, que aunque hoy en día están muy desprestigiados, mantienen viva la tradición de las palabras mágicas, los embrujos, conjuros, sortilegios y encantamientos, que además de fantasear sobre la realidad nos introduce en el metaverso como universo paralelo, que está más allá que el nuestro.

Intentado hilar alguna palabra y construir una frase con la que empezar, pensamos en la cantidad de cosas interesantes que podíamos hacer en ese momento, en las alegrías que es posible que nos perdamos o los temores que nos asaltan sobre las traiciones que pueden maquinar nuestros enemigos a nuestras espaldas.

Pero por mucho que nos empeñemos y pongamos en marcha nuestra creatividad no hay equivalencias entre lo real y lo digital, lo sensorial y lo social, los vínculos y las conexiones, nuestros cuerpos y los avatares. Sin embargo no dejamos de jugar al escapismo, a intentar aumentar nuestras capacidades, a pretender controlar todas las situaciones y a simular la vida real sin poner nuestro cuerpo en riesgo.

Al principio y al final, en la búsqueda de la verdad, queremos que ganen los buenos, que triunfen los auténticos, que de forma tranquila y paciente no nos dejemos manejar, que la suerte esté con nosotros aunque tengamos que trabajárnosla cada minuto con nuestro esfuerzo y compromiso.

Aquel, era un gran momento para escribir lo que siempre había soñado, y fabricar una historia que despertará el interés de la gente desde nuestra honradez y coherencia., y que siempre que salgamos a decir lo que pensamos, no lo hagamos con medias tintas, sino de forma clara y contundente.

El amor y los placeres les dan sentido a nuestras vidas, nos alimentan la armonía, que nos hacen felices porque las cosas nos salen tal y como las habíamos previsto, y vemos cubiertos nuestros objetivos y desvelos en realidades tangibles.

Entre lo natural y lo artificial, hemos de saber encontrar el momento de poder llevar a cabo, aquello que nunca imaginamos que podíamos llegar a conseguir, y lograremos describir la mejor versión de lo que nos puede ocurrir.

Poner el foco sobre un espacio y un tiempo, es a veces la mejor manera de empezar, de mostrar nuestra ambición, nuestra persistencia y destreza con el juego de significados y significantes, de plantear el interés y la extrañeza que provoca lo nuevo.

En literatura somos capaces de hacer fácil lo difícil y posible lo imposible, de armonizar diferencias o profundizar en las disonancias, de no fomentar los bulos ni construir relatos engañosos, de sembrar afectos y generar desconfianzas.

Si somos capaces de mantener nuestras inquietudes y amor por la vida, relacionarnos y aprender de los demás, imaginaremos todo tipo de aventuras y seremos artífices de escribir nuevas historias cada día y haremos viajes a lugares lejanos sin movernos de nuestra habitación o no pararemos de andar en busca de nuestro destino.

No debemos caer en la tentación de permanecer pasivos que no es lo mismo que decidir no hacer nada, ya que en el primer caso no pasaremos por la realidad ni ésta por nosotros, mientras sin hacer nada no pararemos de tener ideas y reflexionar, de vivir la imagen de la quietud.

Las turbulencias y las tensiones no son el mejor de los escenarios para disfrutar, pero a veces son necesarias para hacernos reaccionar, para tomar decisiones y fabricar una historia con nuevos personajes, argumentos sorprendentes y finales inesperados.

A veces nos planteamos que hace tiempo que deseamos hacer algo que nunca hemos llevado a cabo, y hemos de superar tormentas y obstáculos inesperados, y aprender a no fiarnos de las apariencias o pensar que todo va a ser fácil por el mero hecho de desearlo.

Es posible que nos inquietemos por lo que presuponemos que puede ocurrir y pensemos en positivo, que los sacrificios que hacemos tendrán su recompensa, ni seamos impacientes porque si el destino está en deuda con nosotros más temprano que tarde nos veremos compensados.

Convertir un engaño en un desengaño no nos ayuda a idear relatos con momentos favorables, tiempos felices y placenteros, con presencias que son ausencias y huidas que son frialdades, entre controles descontrolados, lo visible y lo invisible, los lujos y las pobreza, los discursos firmes y los papeles mojados, las miserias de las venganzas y la nobleza de los perdones.

No me había dado cuenta, aun me encontraba en la línea de salida y ya había pisado la meta, la historia que les hubiese querido contar ya había terminado antes de empezar. Tan corta y fugaz, que no había existido, para poder enseñar al mundo el ser humano que cada uno de nosotros llevamos dentro. Tendremos que esperar para empezar de nuevo con “Erase una vez...”

EL NIÑO QUE ENCOGIÓ

Juana M^a Andrades Navarro

Felipe no podía creérselo, pero al salir de la bañera se dio cuenta de que no llegaba al espejo del baño. Se empinó y pudo verse el flequillo, fue entonces cuando se dio cuenta de que había encogido. No podía parar de mirarse brazos y manos, piernas y pies. ¿Cómo era posible? Y en seguida cayó en la cuenta de que llevaba varios meses duchándose cuatro veces al día. Todo empezó con un comentario de su madre.

—¡Qué mal huele este cuarto! ¡Lávate, por Dios!

Felipe, aquel día, agachó la cabeza y se dirigió al baño. Cada día escuchaba lo mismo y decidió bañarse cuatro veces porque no quería ser el marginado de la familia. Tenía trece años y parecía que desde que había entrado en la adolescencia era un apestado. No era raro oír esa misma cantinela varias veces a lo largo de la misma jornada.

Abrió el grifo mientras se desnudaba y pensó en lo bien que estaría en la calle jugando un partido de fútbol con sus amigos, pero a causa del dichoso confinamiento por el coronavirus, no podía ver a nadie que no fueran los miembros de su familia. Sin parar de resoplar se metió en la bañera y comenzó a enjabonarse. Un golpe en la puerta lo sobresaltó. Era su madre diciendo que se lavara bien las axilas. Frotó su cuerpo con fuerza, casi con rabia, porque él no olía esos vahos pestilentes de los que hablaba ella. Se sentía estafado. Ahora no era un niño pequeño, pero tampoco era un hombre. Su cuerpo se revelaba cubriéndolo de pelos, odiaba esos matojos que le salían en las axilas, en las piernas y en el bigote. Sus hormonas disparatadas le hacían sudar.

—¡Tardas mucho! ¡Lávate bien, detrás de las orejas también!

Como un autómatas se frotó y restregó, y mientras lo hacía perdió la noción del tiempo. Su madre no parecía cansarse y continuaba profiriendo gritos desde el pasillo.

Ahora, al ver que había perdido un buen puñado de centímetros que se debían haber disuelto en el agua junto al gel de baño, se preguntaba qué había sucedido. Salió con la toalla envolviéndole la cintura y se encontró a su madre que pasaba la aspiradora en el pasillo. La mujer paró la máquina y se acercó a él que la observaba callado y deseoso de compartir la tragedia que acababa de acontecerle.

—Hijo mío —le dijo apretándolo contra su pecho y observando que ya no le llegaba a la altura del cuello como unos días antes—. Estoy muy orgullosa de ti. Sabía que este día llegaría, por lo que vamos a elevar el número de duchas a seis por día. Yo quiero conservar a mi Felipe, no quiero a ese otro que apesta como una mofeta, tiene bigote y pronto medirá un metro noventa.

Felipe se fue a su cuarto sin saber qué pensar. Mientras, su madre siguió aspirando la casa. Abrió el armario y se dio cuenta de que toda la ropa le quedaría enorme. Se sentó en la cama y se fijó en que sobre la colcha a rayas había un par de prendas dobladas. Sobre ellas había una nota. «No te preocupes, mamá lo tiene todo controlado».

Leyó la etiqueta del pantalón que indicaba que era para niños de ocho a diez años y entonces se acordó de aquella película titulada «El hombre menguante» y se preguntó si él también menguaría hasta quedarse de un tamaño diminuto, o por el contrario, se quedaría para siempre con aquella estatura.

Sotto voce

o las andanzas de Perengano y compañía

A Goytisoló. ¡A él solo!

*Yo quería salir de ese círculo
deprimente donde Fulano
presenta a Mengano, Mengano
a Zutano y Zutano
a Perengano...*

El País (29 de enero de 1980)

Aziz Amahjour

En un remoto mercado del país del ocaso, allá por los días de Dios de la penúltima década del siglo XX, ocurrió que Fulano presentó a Mengano un amigo suyo que hacía años que no veía y con quien se acababa de encontrar de puro azar. Mengano, a quién le pareció leer algo en los ojos del amigo (algo raro, cierto secreto impronunciable), corrió a contárselo a Zutano, que resultó ya había oídos hablar de la tragi-historia del amigo de Fulano. Y sin esperar ni un minuto éste, Zutano, corrió a informar del caso a Perengano, un “conocido” pez gordo, gran experto en localizar paraderos imposibles de los más remotos de los sospechosos; hombre de pocas palabras y por lo tanto enigmático, que no hacía mucho les había comunicado a sus colegas que recibió un mensaje acompañado de fotos, pero muy escueto, de tres palabras nada más y nada menos (cuyas iniciales leídas al revés hacían a la par de contraseña), que decía: Ttiru Shedduh Daba. Y que entendió prometía una sustanciosa recompensa para quien informara o ayudara a localizar el paradero del amigo en cuestión!

En cuestión de minutos dos tipos con gafas oscuras, bigote y gorra de visera ya lo traían al hombre bien cogido por la parte de atrás del pantalón, andando el pobre sobre las puntas de los pies, al tiempo que le decían sotto voce: “Si no antepones resistencia y te portas bien nethallaw fik”. Y continuaron encaminándose con él entre la multitud hacia rumbo desconocido, ante la mirada atónita de muchos visitantes del mercado, y ante la del mismo Fulano, que se había quedado de piedra, y de la de los otros miembros de la célula, musitando los cuatro las tres iniciales para identificarse entre ellos y aplaudir luego a lo grande el éxito de su operación!

Plano secuencia en el Continental

(Alberto Mertah)

Abdelmayid, el más resuelto de los camareros de sala, cumple hoy un año trabajando en el Continental. Recuerda bien la fecha porque, a fuerza de costumbre, se le ha metido en la cabeza que los 16 de noviembre recibe siempre alguna sorpresa, pero al ser sábado no tiene ni un segundo para dejarse arrastrar por la fantasía. Aún no ha terminado de apoyarse en su taburete de madera, que ya le está llamando alguno. *Mayid, special aafek! Mayid, kraa diel Terres rouges!*

En realidad, Abdelmayid se conoce al dedillo las costumbres de cada cliente y solo con verlos hacer un gesto, ya sabe lo que desean. Para él su verdadero trabajo no consiste tanto en servirles sino en esos breves segundos de charla que mantiene con los clientes al atenderlos.

Los bebedores solitarios, junto al antiguo escenario, son los que más aprecian la conversación, así que se conoce los intereses de unos y otros. Con los agricultores habla de la falta de lluvia, con los empresarios, del precio de la gasolina, con cualquiera comenta el partido de fútbol y a nadie se le menta la política más allá de un socarrón *Shkun huma? Lhukuma!*

La enorme sala del Continental está partida en dos por unos enormes biombos. Allí reina el silencio del un cliente por mesa. Pero aquí el ambiente es bien diferente. Los grupos de amigos, a menudo de edades dispares, beben juntos en las mesas pegadas a la barra entre gritos, risas y discusiones. Como suelen estar medio de fiesta, prefieren que Abdelmayid les suelte algún chascarrillo, sexual a ser posible, que les haga reír. Así que a menudo el camarero feminiza con picardía su voz para preguntarles *fein ghadi?* mientras los chicos se desternillan.

Y a ambos lados de los biombos, como si fueran empleadas del local, las prostitutas le agradecen la mirada con la que comprueba que todo va bien. *Atini shi brica, Mayid.* Bajo esta inocente petición de mechero se esconde su forma de decirle en clave que su acompañante no tiene un duro y que solo quiere meterle mano sin pasar por caja. Entonces Abdelmayid lo agarra del brazo y dice llevarle a la barra inventándose cualquier excusa. Pero en cambio lo guía a la puerta para que Mehdi, el portero, lo eche a patadas. *Sir bhalek!*

Cuando hay pelea, se encarga de separar a los amigos enfrentados. Cuando se celebra algo, se echa un trago con el afortunado del día. Cuando pintan bastos, es el primero en dar consuelo. Y en general camina de acá para allá sabiéndose siempre observado. De esta forma, dándole a cada uno lo que desea, Abdelmayid se ha ganado el aprecio de todos hasta convertirse en el alma del Continental y, lo que para él es más importante, conseguir en propinas un buen sobresuelo.

Una hora antes del cierre, cuando más lleno está el local y los camareros no paran quietos porque los clientes están tan ebrios que ya no saben si les queda para otra botella. Justo entonces Abdelmayid ve entrar a alguien que le da mala espina. *Shnu bra hedda?*

¿Qué coño estará buscando ese aquí? *Mayid, atini uahed special.* Abdelmayid, desatendiendo las llamadas de un cliente, se para en seco y se queda de pie ahí mismo para observarlo a conciencia. Hombre, cincuenta y pico, marroquí, de esos que viven en Europa, bien nutrido, mejor educado, ropa elegante y gafas oscuras. *Mayid, shi special aafek!* En definitiva, un ciego con pinta arrogante acompañado de otro hombre algo más joven, extranjero de pies a cabeza. *Mayid, Mayid, special aafek.*

Abdelmayid los ve cruzar toda la sala hasta sentarse en una mesa. ¡Qué casualidad! Se han ido a sentar justo en esa desde la que se puede cotillear a ambos lados de los biombos. Como si conocieran de antemano el Continental. Tiene la corazonada de que algo ocultan, pero ya no puede ignorar por más tiempo al insistente cliente porque le llama la atención el patrón. *Mayid, malak?*

Y entonces atiende al borracho de turno, pero sin quitarles ojo al ciego presuntuoso, que mantiene la cabeza hacia arriba, como si esperara una revelación divina, y a su amiguito europeo, que no deja de hablar, de tomar notas en un cuaderno y de mirar a todas partes, como si le estuviera describiendo a los clientes del Continental.

Al acercarse a su mesa, el tipo no deja de preguntarle en *dariya* por su vida. Y aunque Abdelmayid le responde en francés, no da el brazo a torcer. *Nta min ein? Je viens de Uchda. Milih.* Encima va de gracioso conmigo. ¡Será cretino! Descuida que te seguiré la corriente. A ver quién ríe el último. *Nta waar!*

Abdelmayid les trae la botella de vino y continúa trabajando mientras le da vueltas al asunto. Un año llevo ya aquí y nunca me he topado con gente así. Esos no son carne del Continental. Un antro como este que lleva en pie desde que Kenitra estaba plagada de marineros de la base americana. ¿Y qué queda de aquella ciudad llena de extranjeros? Apenas unos edificios en ruinas. ¿Por qué me habré puesto a pensar en todo esto? Esos dos me están trastornando.

Y los vuelve a observar, ahora desde la distancia. El maldito cotilla europeo está ahora señalando uno de los enormes frescos que hay pintados en la pared. La estatua de la libertad. ¿Cómo si no la hubieras visto antes, so palurdo? Su amigo ciego, solo por un breve instante, se gira hacia dónde le está señalando. Y al momento corrige su postura mirando de nuevo atontado hacia el techo. ¡Así que ese es tu secreto! Te he pillado, hombre, tú no eres ciego. Solo te lo estás haciendo. Abdelmayid no puede dejar de sonreír por haberlo descubierto.

Aunque en realidad la alegría le dura poco porque enseguida le entra otra duda. ¿Y por qué se estará haciendo el ciego? Lo piensa un momento y no se le ocurre ninguna explicación razonable o, mejor dicho, le vienen mil posibilidades disparatadas. ¿Será una apuesta entre amigos?, ¿estarán haciendo algún estudio para la universidad?, ¿no se tratará de una inspección del ministerio?, o peor aún, ¿no serán periodistas? Mejor atarles en corto. Abdelmayid pide por el ventanuco de la cocina un par de platos de alubias a sabiendas de que nadie lleva las cuentas a rajatabla.

Coge los platos y se los lleva a la extraña pareja. Les suelta que es un regalo de la casa que se siente honrada por tan destacada visita. El europeo es el primero en caer en la trampa y enseguida deja caer un ya te dije que te reconocerían, Zineddine. Al momento están los dos riéndose de su propia ocurrencia, con la guardia bajada y dispuestos a aclararle todo de un tirón, como si les pesara su propio engaño. Así que antes de acabarse las alubias ya le han contado lo de la adaptación de libro de Zafzaf y que allí mismo, en el viejo Continental, se va a rodar una película.

Abdelmayid está casi boquiabierto, incrédulo ante el universo de posibilidades que se abre ante sus ojos. Necesitarán gente para su peliculita de borrachos y esa es mi especialidad. Mira que si al final acabo saliendo de camarero, lo haría mejor que nadie. Justo entonces irrumpe Mehdi, el enorme portero, que le saca de sus ensoñaciones dando unas sonoras palmadas para avisar del cierre. Abdelmayid, antes de levantarse, les da su teléfono, e insiste reiteradas veces en que allí le tienen para lo que necesiten y se marcha hacia la barra caminando como si una cámara le siguiera los pasos. Todos los 16 de noviembre me pasa algo. Mira que si al final acabo haciendo una película.

30/01/2023 Kenitra

El poder femenino

Yassine Mech-hidan

Yamila estaba sola en la cima de una montaña en un día ventoso. Se sentía libre apartándose de su sociedad que no toleraba algo que se llama libertad. Mirando abajo, distinguió un río de aguas cristalinas serpenteando alrededor de unos huertos desembocando en un inmenso mar. El movimiento de las flores que se inclinaban suavemente las unas sobre las otras le hizo recordar el cariño que faltaba en su entorno. Suspirando dificultosamente, sus manos, inconscientemente, iban dirigiéndose en dirección a su *hiyab*, quitándose con un poco de miedo, pero con mucha valentía.

El viento se lo llevó muy lejos, invadiéndole el oscuro pelo. Asustada, se quedó mirando cómo se alejaba ese trozo de tela, intentando apartar un mechón que le tapaba los ojos. Sintió una frescura en la profundidad de su cabello, percibiendo por primera vez una sensación indescriptible.

Cerró sus ojos abriendo gradualmente sus brazos formando así una cruz. No sabía cómo, pero desapareció todo el peso que la agobiaba. Parecía, de lejos, como una gigante escultura que simboliza a Jesucristo bendiciendo a un pueblo. Estaba guapísima sonriendo lejos del control social machista.

La ira incontenible del viento arrancó pétalos de unas flores silvestres orientándolos hacia la cara y el pelo de Yamila. La naturaleza salvaje simpatizó con ella ofreciéndole su cariño. De repente oyó como si el cielo hubiese tronado y una tromba de agua le mojó violentamente su cabeza.

—¡No!—gritó asustada.

Yamila estaba soñando y, súbitamente, se despertó. Lo primero que pudo percibir, después de la relajación de vista, era una oscuridad lúgubre y al fondo una luz iluminando una puerta con barrotes. Sentía frío, humedad y miedo. Intentó hacer memoria para poder entender lo que pasaba, mas una carcajada la interrumpió.

—¡Te ves inocente, hija de p...! —voceó un hombre que en sus manos llevaba un cubo de agua.

Justo en aquel momento sintió que su cabello estaba mojado goteando agua, dándose cuenta de que estaba en un calabozo. Todo el cuerpo le dolía. Se notaban moratones en su cara, poniéndose una vestimenta de color negro muy triste, de manera que era capaz de contagiar con dicha tristeza.

El otro no dejaba de insultar en voz alta, mientras que ella se esforzaba mentalmente, bajo presión y estrés, intentando hallar la razón de estar encarcelada y torturada. Estaba totalmente desconcertada.

—¿Qué hago yo entre estas cuatro paredes? —lo preguntó temblando, deseando estar ya con su familia.

—¡Ah, no te acuerdas! Parece que poca memoria tienes. —dijo el carcelero acercándose a ella— ¡Zas!—le dio una bofetada de forma que el eco de la misma hizo que se repitiera más veces.

—¡No me toques! —rugió su rebelde instinto femenino.

—¡Debes estar ya en la guillotina por no ponerte bien el velo, ramera!

Tocaba ya el momento justo para saber el porqué de estar encarcelada y torturada, era por esa estupidez de no cubrir bien el pelo de su cabeza.

Por el pasillo se oían unos pasos mientras el carcelero se reía histéricamente. Tres hombres enmascarados pararon ante los barrotes llevando porras en sus manos. A ella se le formó un nudo en la garganta descifrando el mensaje de la escena; la iban a castigar muy duramente una vez más.

Se rindió, no sabía cómo defenderse. Evidentemente, no serviría de nada hablar con unos autómatas que tenían prohibido terminantemente pensar, realizando justo las órdenes de un barbudo que, solo, gobernaba una sociedad entera. Por lo consiguiente, sacó su única arma que consistía en una sonrisa dibujada en su bello rostro, demostrándoles que era más fuerte que ellos. Para estos la sonrisa era provocadora, por lo que a ella se acercaron y ante su cuerpo débil pararon.

Yamila se puso de pie quitándose el pañuelo que le cubría el pelo mojado, cerró sus ojos y abrió sus brazos como muestra de resistencia y desafío.

En el exterior soplaba el viento otoñal, haciendo que cayesen abundantemente las hojas secas de los árboles encima de dicho edificio lúgubre.

Unos días después todas las calles fueron inundadas por mujeres pidiendo a gritos que liberaran a Yamila, asimismo que derogaran el rol de la brigada policial que en vez de luchar contra la corrupción, malversación, prevaricación, etc., se dedicaba a controlar el cuerpo de una mujer. La unión, que evidentemente hace la fuerza, del género femenino en las calles durante semanas molestó al gobernante barbudo; por lo tanto, ordenó a los militares a que castigaran duramente a las manifestantes y a todos los que salían apoyándolas, mas todo ello no dio efecto, puesto que la masa iba creciendo cada vez más. Obviamente, esto fue una amenaza seria para él, de modo que ordenó a los que nunca se atrevían a pensar a que enduercieran el castigo abriendo fuego contra los manifestantes desarmados.

Aún así la ola de manifestantes se hizo más grande. Todos aspiraban a una libertad deseando que las esposas se rompieran lo más pronto posible. Las mujeres bailaban en las calles demostrando su reto a la ideología del machismo.

—¿¡Qué pasa en las calles que no sois capaces de detener a ese puñado de mujeres estúpidas!? —dijo el gobernante barbudo dando voces a un general.

—Señor, parece que no temen al fuego ni a las torturas, son cada vez más en número. Además, la Organización Mundial de Derechos Humanos pidió que paráramos la violencia contra los manifestantes.

—¡Que se vayan al carajo los derechos humanos! ¡Aquí hay que seguir las instrucciones del Sobrenatural!

El general se quedó petrificado cabizbajo sin saber qué hacer, esperando que el otro cambiara de opinión.

—¡Aprehede a todos aquellos que salgan de sus casas! ¡Declaro el toque de queda, ya!

—¡A sus órdenes, señor!

Por todos los medios de comunicación anunciaban el toque de queda, pero la gente hizo caso omiso a ello. Continuó su lucha pidiendo que se anularan ciertas leyes y artículos que encadenan al ser humano.

El poder de la libertad y la sonrisa de la mujer redujeron a cenizas, históricamente, a muchos palacios dictatoriales.

Yamila desapareció de la existencia siendo castigada a causa de demostrar su heroísmo, mas no sin antes inducir al pueblo a levantar la cabeza para poder disfrutar del color azul del cielo que une a toda la humanidad, a sentirse digno y libre.

Y como dijo Julio Anguita: «Con la dignidad no se come, pero un pueblo sin dignidad se pone de rodillas y termina sin comer».

Chicha

Moufid Atimou

Nunca pensé que serías un relato, que tus saltos y tus juegos, que este verano que he pasado contigo sería un cuento... Pero tampoco lo sabías tú... No sabíamos que las cosas terminarían tan trágicas.

Era una mañana de sábado cuando llegué al pueblo, estaba pensando en ti... Tenía mucha esperanza de que estuvieras dormida cerquita de la puerta de mi casa, que me recibieras con tus patitas sobre mi pantalón, sobre mis camisetas ... Te Había traído comida desde Tetuán... Yo no tiro la comida, la guardo en el congelador y la llevo a los perritos del vecindario...

Tú no estabas aquella mañana. Bueno. Me dije que estarías jugueteando por allí... Me fui al centro, almorcé y volví a casa... Era raro que no vinieras a saludarme... Era raro porque todos los perros vinieron a comer y a lamer mis dedos.. Tú me lamias incluso la ropa... Sé que me querías, sé que fui el único que te había acariciado el lomo... Todos te tiraban piedras... Me dijeron en el pueblo que nadie se atrevía a acercarse a ti.

Sí, Chicha, la primera noche que vine al pueblo me atacaste, pero no me mordiste... Tenías unos cachorritos, los defendías, pensabas que les iba a hacer daño... Luego supiste que soy poeta, que soy amante de las olas y de los atardeceres, entonces empezaste a acercarte... poquito a poquito. Nunca olvidaré tu mirada, esa tímida mirada con la que me mirabas antes de hacerte amiga mía .. Sí, Chicha, la vida son esos detalles, son esos amigos y esas criaturas que amamos, son esas miradas de las que nos enamoramos y esos bonitos gestos que donamos con amor... la vida es solamente eso, lo demás es una carga, lo demás son obligaciones y prisas que nos hacen perder la vida.

Vinieron todos a comer, pero tú no estabas... Empecé a preocuparme... No podía esperar... Al primer niño que vi le pregunté.

"¿Dónde está la perra?"

Yo me temía la respuesta, porque en el pueblo la amenaza ya circulaba... Pero yo ya les había dicho que no te hicieran daño, que me llamaran si pensaban tomar alguna medida... yo me haría cargo de ella...

"¿Dónde está la perra?"

"Ya la ahorcaron, señor. Ya la ahorcaron con una cuerda... allí se quedó colgada..."

En el pueblo dicen que eras sólo una perra, una perra que atacaba a la gente... Ellos no saben que tú les defendías, que eras fiel y leal... que eras mi amiga, que, para mí, formabas parte del universo, más que ellos, que eras una gran parte de ese verano...

"¿Estás seguro de que la mataron?"

"Sí, señor, pregunta a los demás si no me crees... No sé dónde tiraron sus restos."

No sé cuánto sufriste al morir, creo que sufriste más por la traición que por otra cosa, tú pensabas que les defendías, pensabas que así se debía hacer el trabajo. Un perro fiel es quien defiende su propiedad... Pero ellos te mataron, te mataron por ser demasiado fiel... No sé cuánto sufriste, Chicha, pero siempre se llega a morir. Todos alcanzamos la muerte, de todos modos llegamos a morir.

Volví a casa y lloré... Nunca había llorado tanto. Sí, Chicha, lloré por ti y no sabía qué hacer... Ahora estoy recogiendo mis cosas, me mudo... Dejaré el pueblo, igual que tú.

La mala suerte

Emy Luna

Eran las dos de la tarde. María salió del colegio corriendo y a empujones, dejando a la monja portera con una protesta en los labios. Al llegar al quiosco de la esquina miró hacia atrás, las compañeras de clase aun estaban lejos, paradas en medio de la calle entorpeciendo el tráfico. Dejó la mochila en el suelo y se dio una vuelta a la cinturilla de la falda del colegio, subiéndosela tres o cuatro centímetros. Sacó la bolsita de pinturas y se puso brillo en los labios. Se deshizo del coletero raído que solo dejaba libre un largo flequillo y soltó la melena. ¡Que rabia! Sólo había tardado dos minutos y las compañeras ya se encontraban peligrosamente cerca. Aligeró el paso hasta llegar al semáforo. Respiró. Allí ya estaba a salvo. Casi todas las niñas iban hacia el centro de la ciudad, al contrario que ella.

Por ahora no le habían hecho preguntas. Era la primera semana de clase y nadie reparaba en los que venían de otros colegios. Afortunadamente, en este curso había varias chicas nuevas y el interés quedaría repartido. Además, ella sabía por experiencia que la primera semana discurría entre los besos y los abrazos de los reencuentros.

A María no le interesaban las amigas, el sentido común le aconsejaba huir de cualquier tipo de confidencialidad con nadie. Además, las charlas de las niñas le aburrían. ¿Qué le importaba a ella lo que comiesen ese día o si sus padres las iban a llevar a la playa ese fin de semana? Tampoco le llamaba la atención los trapos. En realidad sólo le interesaba Juan. ¿Estaría como siempre a esta hora apostado en la puerta del bar? Le encantaba ver como se difuminaba su mirada azul tras el humo del cigarrillo.

Pero eso eran sólo ilusiones, y, como le había dicho toda la vida su padre, soñar era de tontos, lo importante según él, era tener suerte. Recordó sus enfados cuando, de pequeña, al salir del colegio le contaba las cosas que había aprendido ese día. Se acordó sobre todo de cuando estudiaron el sistema solar. Su padre le hizo un moratón en el brazo por hablar y hablar del sol y de las estrellas todo el camino. A él le molestaba que se riera y que estudiara. "¡Que mala suerte, solo tienes tonterías, como tu madre!" María creía que algo de razón debía tener su padre. Lo más importante era la suerte. La que le faltó a su madre cuando discutió aquella tarde con él y cayó por las escaleras. Unos días después, moría en el hospital, dejándola sola con él y con la mala suerte de cara.

Al pasar por la panadería María se miró en el cristal de la tienda y le gustó la imagen borrosa que le devolvía el escaparate, pensando en lo agradable que sería si Juan la viese como ella se veía ahora, sin demasiados detalles. Rebuscó en sus bolsillos, pero no tenía dinero. Lo había gastado en una libreta para Literatura. El estómago empezó a contraersele y la boca se le llenó de saliva. Tenía hambre. Pero al hambre también podía engañarsele. Se metió un trozo de goma de borrar en la boca hasta que aparecieron las arcadas y el hambre se fue. Mientras continuaba calle abajo, en dirección al barrio pesquero, pensó con asco en sus compañeras de clase. Seguro que ya estarían sentadas a la mesa con la comida por delante. Seguro que sus madres las habrían llenado de besos y les estarían preguntando cómo lo habían pasado el primer día de clase. Total, lo de siempre. Tonterías. Ella en cambio, cuando llegase no tendría que contestar preguntas estúpidas porque nadie la esperaba con una comida especial, ni con besos. Estaba muy orgullosa porque al fin había conseguido acostumbrarse. Toda la vida había estado entrenándose para llegar a ser mayor y no tener que depender del cariño de nadie. Eso ya pasó. Ahora, lo único importante era que las compañeras no descubrieran lo que le pasaba hasta que no acabase el curso. Y eso podía conseguirlo si no intimaba con ninguna y no formaba parte de ningún grupo de trabajo para casa. Era optimista porque en las últimas ciudades donde había vivido no había tenido problemas.

Poco antes de llegar al bar, María pudo divisar con dificultad la silueta de Juan. Estaba apoyado en la puerta con el cigarrillo entre los labios, pero a la chica le costaba verlo. A esa distancia, con un solo ojo, tenía problemas. Le daba vergüenza apartarse el flequillo que ocultaba la enorme cicatriz que le cruzaba la cara y atravesaba el amasijo en que se había convertido su ojo izquierdo, casi sin visión. Unos metros

antes de llegar a Juan, el corazón dio un salto dentro de ella y empezó a temblar de emoción. Las manos le sudaban y los folios de la carpeta se desparramaron por el suelo. El chico se agachó y le ayudó a colocarlos de nuevo en su sitio, sin quitarse el cigarrillo de los labios. María apenas si podía levantarse. Cerró los ojos, se apartó el pelo de la cara y aspiró profundamente. Juan olía a brea de barco, a redes de pesca y a tabaco. El chico le dedicó una sonrisa de despedida y entró en el bar.

María llegó al piso de acogida en volandas, mecida entre las volutas de humo del cigarrillo de Juan y el azul de sus ojos. La cuidadora nueva le preguntó cómo le había ido el primer día de clase. Se sorprendió. En un solo día le habían pasado dos cosas nuevas para ella: ¡el chico que le gustaba no la había mirado con asco al descubrir el deshecho de su cara y alguien le preguntaba cómo le había ido el día!

Terminó el trabajo de Literatura, se duchó y se miró al espejo. Recordó el día en que su padre, borracho, le clavó el cuchillo del pan en la cara por decir la lección en alto. Tocaba la Generación del 27 y María recitaba en voz alta "Bodas de sangre" con un cuchillo, con un cuchillito, que apenas cabe en la mano pero que penetra fino... Cuando las vecinas la llevaron al hospital, escuchaba de lejos y como en un sueño las últimas palabras de su padre: "solo ha sido mala suerte, la misma que tenía tu madre". A partir de entonces, María cambió de ciudad, de colegio y de piso de acogida todos los años. Pero desde que Juan la miró esta tarde... María ha empezado a pensar que quizás sea el momento de coleccionar tonterías, de poner punto final a su vida de nómada, y de refugiarse en el azul de sus ojos y en los poemas de García Lorca.

El Balcón de Luna

León Cohen

Más tarde o más temprano, el tiempo nos devuelve al jardín de la infancia, al jardín de los recuerdos, que para mí siempre será el Balcón de Luna

Cuando uno recorre los habitáculos de su memoria, la memoria de su vida, uno se topa con escenas, instantes, lugares y personas que dejaron una huella perenne e imborrable. Algunos de esos lugares son paradigmáticos y es inevitable referirse a ellos por lo que significaron en su momento y con el transcurrir del tiempo. Uno de esos lugares fue y sigue siendo el balcón de mi abuela Luna.

El balcón de Luna es bastante más complejo que un voladizo de unos seis metros de longitud por uno de ancho, rodeado por una barandilla de hierro. Bajo esa forma común y sencilla subyacen otros muchos significados que lo convierten en un referente de mis recuerdos y en mucho más. Ese balcón no es solo lo que parece, sino lo que representa para el adulto que recuerda y para el escritor que transforma en palabras los recuerdos. Es el balcón de mi primera infancia, y más tarde el de mi memoria. Es también el balcón de la nostalgia. Es una atalaya desde donde contemplar mi pasado y el de mi familia, pero también el pasado de mi pueblo natal. Es el lugar desde donde el niño extendía su mirada soñadora hacia todo lo que ocurría enfrente, al lado y debajo. Donde la vida se le presentaba en todo su esplendor y su bullicio, llena de voces, de ruidos y de colores. Pero también es el balcón de la alegría y de las emociones. Y es además uno de los pasadizos a través del cual la memoria del adulto se reencuentra con su pasado. Es un balcón que hace parte de una casa pero también de un sueño, el sueño del niño que fue feliz. Ese balcón convertido ya en un símbolo es parte de mi memoria vital, pero también de mis ensoñaciones, de manera que siempre que puedo, vuelvo a él para recuperar ese tiempo perdido que fue el de mi infancia, en una suerte de diálogo diacrónico conmigo mismo.

En esta especie de análisis introspectivo he llegado incluso a preguntarme: ¿Acaso el balcón de Luna no podría ser también una excusa, una argucia, un invento o una vuelta de tuerca al Tiempo, de las que el escritor se sirve como motivo o argumento, para sumergirse en su pasado y relatar lo acontecido junto a lo imaginado? ¿Y por qué no? ¿Acaso nuestra memoria cuenta solo la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad? ¿Acaso nuestra memoria no confunde sin proponérselo o a propósito, ficción y realidad?

Ese balcón tiene además su trastienda, que no es sino la vida de la familia de mi abuela, compuesta por mis dos tías Raquel y Mery, mi prima Flora, mi tío Elías y nosotros, sobre todo mi hermano, mis dos hermanas y yo.

En todas las casas hay un alma mater y en esta es sin lugar a dudas Luna, mi abuela, la que cose, la que va al mercado y la que aporta equilibrio y sosiego a las discrepancias familiares. Y a la que extrañamente no recuerdo durmiendo.

El balcón por la mañana era un mirador desde donde se podían apreciar todos los movimientos rutinarios de los comerciantes de enfrente, desde su llegada, la apertura de los locales, el posterior deambular de los clientes y de los transeúntes y la hora del cierre de las tiendas bien entrada la noche. Era un balcón rebosante de vida. A él nos asomábamos, en él posábamos para hacernos fotos, y desde él presenciábamos el discurrir de la vida desde la calle Italia hacia el Zoco Chico o hacia la calle Real y viceversa. Desde ahí veíamos y oíamos pasar las bodas musulmanas por la noche o los entierros con sus cánticos característicos de día. La vida y la muerte, tan opuestas y tan cercanas.

Pasados los años, volví en muchas ocasiones al balcón de Luna, no sé si en sueños o con la imaginación, me detuve y me asomé para recordar mi primera infancia y desde él la repasé, la recorrí y la recreé. También recobré los olores y los sabores de aquellos años. Olor y sabor del pan amasado en casa que se desprendía del horno cercano en el Zoco Chico, sabor a buñuelos y té, olor a especias de la tienda de Kassem, olor y sabor a dafina... Mientras viva, el balcón de Luna seguirá ahí firme y evocador, habitándome, iluminándome y guiándome por los caminos del recuerdo, como una pequeña luz o un faro a los que poder siempre recurrir y seguir.

Junio de 2020

Rascacielos y cunetas

Miguel Vega

Asomado a este vacío, donde dejaron los silencios de creer en los amantes, la voz de Federico, a borbotones y manos me llama, cuando hablan los necios en España y en Manhattan, respetuosas, todas las bocas callan.

Será que todos los besos no caben en el mismo olvido, y las palabras de fuego, a morir se negaron, como el peral del World Trade Center que resistió un atentado, y en resina y verso, se derraman en los libros de los que ahora bebemos. La fuente. La paz. La memoria.

Un árbol en la Zona Cero, y un poeta encendido en un barranco perdido, inexacta geografía, análogo momento en el tiempo, donde se citan a siglo cambiado los crímenes eternos, en los días de la luz sin la luz.

Mapas compartidos, trazo que repetido dibuja el mismo mundo enfermo, que creció fusilando palabras y cuerpos, guerra incivil, desconsuelo en las cunetas del miedo, aviones mutilando a plomo fundido mentiras y dinero, en vuelos de sangre y metralla.

Y en los miradores del cielo, rondadores de sueños pequeños, limpian cristales ajenos, y guardan cola en Long Island, esperando sustento, turistas, poesía o policía.

Será que todas las guerras, hijas son de un mismo tiempo, procreándose en la sangrienta metáfora del dolor no resuelto.

Y en cada combate que nadie ganaba, en el recuento maldito de la ausencia y los muertos, se extraviaron naranjas y espejos, labios mordidos y sueños, actores, poetas, caracolas, mascarones de proa, reyes de nada sin reino, gente sin gente que busca los besos en el suelo, a los pies de los perros.

Dispara certero el recuerdo. Duele siempre el recuerdo, en número... 85, 20, o en silencio, pero también resucita el sueño, reavivando palabras como labios, en cada ruiseñor o jilguero, posados en el árbol de la vida, alimentando a sus crías, en Brooklyn o en la Vega de Granada, con semillas de verso.

Será que nada hay más vivo que un recuerdo, cuando los recuerdos son la biblioteca del alma.

Y asomado a este vacío, o asomado a este recuerdo, solo soy un turista, que no un poeta en Nueva York, empeñado en que ningún olvido se baje de esa memoria, cercana a la belleza, empapada en dolor, que se llama poesía y se llama corazón.

Corazón y poesía, que al alma enjaulada engrandece y libera, para reconquistar pacíficamente, anda, jaleo, jaleo, también la alegría, bajo el peral que un día pudo darle sombra a Federico en la fatua ciudad de los rascacielos, o a la luz del limonero del más humilde patio en Algeciras.

Vida en la grandeza de su obra inconclusa y no rota, vida en sus libros y en todos los libros todos, en su teatro y en todo el teatro todo, y vida en la música de toda la música toda, así que pasen viviendo y descerrajando cadenas, 20, 85 o todos los años, todos.

Por cada libro no leído, un bosque de palabras se quema y la cordura arde, y dos Torres Gemelas se caen, como el sol y la inocencia, la cultura y la ternura en cada contienda costada con sangre inocente, en el nombre de sus dioses o de sus próceres.

Será por lo que le he puesto tinta a la poesía, y la he metido en un sobre abierto, como ayer y como siempre, y la he dejado caer y volar sobre el silencio profundo de este doloroso abismo en la Gran Manzana, tal vez como un turista más, o tal vez como un poeta menos, esperando que lo abra algún alma perdida o errante, que como yo, lea y viva.

Y que en las terrazas de los rascacielos de Nueva York –ciudad sin Federico y sin poeta- en las piedras de la Huerta de San Vicente, en las laderas tangerinas del Hafá Café, en el malecón cubano y en las playas de Algeciras, cada noche, la misma luna salga.

Luna blanca, como hoja en blanco, donde Federico García Lorca, en folio infinito, la vida reescriba, desafiando disparos e imposturas, a la grupa de un caballito persa, con verde estilográfica, en verde sueño, en peral verde, que te quiero verde, para la poesía.

Construir un nuevo destino

Nuria Ruiz

Una vida de perros era lo que pensaba Manuel de su propia vida. Y además era verdad. Algún vecino curioso, cuando lo veía salir, comentó en voz baja que su vida se asemejaba al péndulo de un reloj de pared sin engrasar.

Manuel se levantó del sofá raído, de color inimitable por los años y lleno de pequeñas quemaduras de agujeritos negros, que la ceniza de los cigarros había creado. Su boca olía a chimenea, sus dientes amarillos, los pocos que le quedaban, los mostraba sin pudor cuando sonreía.

Hoy despertó con el dolor de cabeza habitual después una de tantas noches regadas de coñac barato, benzodiacepinas, algún que otro papel de plata quemado sobre la mesa y algunas imágenes amontonadas en sus recuerdos donde aparecen como relámpagos: una casa de paredes añil que él mismo pintó; la risa de unos niños de ojos claros que corretean a su alrededor mientras gritan ¡Papá! ¡Papá!; el beso a escondidas de una mujer joven metida en carnes, de mejillas sonrosadas; y un jardín lleno de tulipanes que ella misma cuidaba. Pero eso ya sólo son imágenes para el olvido, que con varios movimientos de cabeza, Manuel intenta alejarlos.

Decían que era el mejor en eso de arreglar motores, igual le daba que fuera de un coche, que de una moto, que de una lancha bimotor. Que con solo escuchar su ruido sabía cuál era el problema. Y Manuel se sentía importante entonces.

Aquellos fueron años de paz. Pero mientras ladea la cabeza para asustar a sus propios pensamientos no puede evitar pensar que no se merecía tanta felicidad, por eso quiere olvidarse del pasado, vivir el presente y ni nombrar al futuro.

La verdad es que Manuel no sabe en qué momento o cómo ocurrió todo, fue todo tan lentamente, que cuando se dio cuenta se encontró fuera de la casa de los tulipanes, con sus pocas ropas revueltas en la parte trasera de la furgoneta y ya no volvió a tomar café caliente con una gota de leche fría antes de ir al taller.

A ella no la echa de menos, después llegarían algunas más, a cual peor. Pero a los niños sí, y mucho. Por eso alguna mañana se acerca a hurtadillas al colegio, y desde detrás de las rejas los ve crecer sin él. Piensa entonces con lágrimas en los ojos que es lo mejor para ellos, que así todo está bien. Y se marcha cabizbajo con la mirada perdida entre las baldosas de la calle.

Para Manuel hoy es un día más de tantos desde hace cinco años. Se mira al espejo roto que pende de un hilo colgado en la pared y comprueba que la barba le ha crecido demasiado y que no le quedan cuchillas, aunque tampoco le importa. Ni siquiera se viste, sale a la calle con el mismo pantalón desteñido y la camiseta negra con la cara de Marley, con los que hace unos días se acuesta. Antes, se enjuga la cara con agua fría que sale a borbotones de un grifo ronco de la cocina, donde se acumulan platos, vasos, cucarachas y hormigas. Se alisa el pelo con las manos húmedas y al pasar por delante de un calendario con la foto de una mujer desnuda, se acuerda que hoy es su cumpleaños. Cuarenta y ocho años que le pesan sobre sus hombros cansados como losa de cementerio.

Abre la puerta de la calle y sale. La luz del medido día le acribilla los ojos hasta hacerlos lagrimear. Ojos de ratón, comentaban algunos.

Mientras vagabundea por las calles, piensa - ¿Qué puerta me tocará hoy? -

Con su manos encallecidas, de uñas negras, pedirá sentado en esa puerta un euro, un cartón de vino o cualquier cosa ilícita que le ofrezcan. Después de andar un rato, se acomoda en el suelo caliente de granito de la biblioteca municipal. Apoya la espalda en la pared, encoje las piernas, agacha la cabeza y extiende la mano, el ritual que hace cada mañana, aunque los lugares sean distintos. Al terminar el día suele tener lo suficiente para volver a empezar.

Manuel aún no lo sabe pero hoy puede ser un nuevo día para él. Anoche cuando agonizaba de pena en el sofá, babeando de alcohol, lloraba bajo las sábanas de rabia y vergüenza pidiendo ayuda sin mover los labios. Y yo lo escuché.

Soy Wayne Dyer y acabo de salir de la biblioteca para celebrar un cumpleaños. Soy psicólogo y me fui de este mundo siendo, según mis lectores y los críticos, el mejor escritor de libros de autoayuda. No lo sé, la verdad, pero lo que hice lo hice de corazón, y como hay algo que no me deja marcharme del todo de este mundo, aquí estoy, intentando ayudar que es lo único que me hace sentirme vivo.

—Hola Manuel, me llamo Wayne, y vengo a hacerte un regalo en el día de tu cumpleaños – le digo mientras me siento a su lado.

Manuel levanta la cabeza, y sé que me mira extrañado, sé que me ve de carne y hueso como si fuera de verdad, mi físico no pasa desapercibido, calvo, ancho de hombros, grandes cejas y mirada profunda.

—Hermano, no tengo ganas de tonterías, vete a tomar el pelo a otro, por favor —sus ojos y los míos en ese momento se encuentran.

Me siento a su lado, abro mi último libro, *Construye tu destino*, y sin hacerle caso comienzo a leer, despacio, como en un susurro, para que nadie me oiga solo él: *¿Cuántas veces, en un momento de desesperanza o de desconsuelo, te has dicho: «Necesitaría cambiar, pero soy así y no puedo hacerlo»? Todas esas veces te has engañado respecto a tu capacidad de actuar sobre tu destino. Porque dentro de ti tienes el poder para conseguir todo aquello que puedas desear. Para hacerlo, no tienes más que volcarte en tu interior...*

Manuel, aunque sorprendido, cierra los ojos, el sol ilumina su cara, entrelaza los dedos de sus manos y me escucha.

Y sigo leyendo: *El poeta sufí Rumi escribió un poema hace casi un milenio, titulado «El mercado de semillas» que dice así: ¿Puedes encontrar otro mercado como éste? ¿Dónde, con tu propia rosa, podrías comprar cientos de rosales? ¿Dónde, por una semilla, podrías obtener toda una selva? ¿Por un débil aliento, el soplo divino? Has tenido el temor de ser absorbido en la tierra o arrastrado por el aire. Ahora, tu gota de agua se va y cae en el océano, de donde vino. Ya no tiene la forma que tuvo, pero sigue siendo agua. La esencia es la misma. Esta entrega no es un arrepentimiento, sino un profundo honor a ti mismo. Cuando el océano se acerque a ti como amante, cástate en seguida, rápidamente, por el amor de Dios. ¡No lo retrases! La existencia no tiene mejor don.*

Cuando Manuel abrió los ojos, yo ya no estaba junto a él, mi libro abierto se apoyaba sobre su regazo, mis letras seguían sonando en su cabeza, página tras página como la sintonía infinita de una radio imaginaria.

No se inmutó al no verme aunque seguía asombrado, con su ceja levantada, porque estaba fuera de toda lógica lo que acababa de ocurrir. Pero Manuel aceptó mi presencia como si siempre la hubiese estado esperando, como si necesitara de una mano tendida que le ayudara a caminar de nuevo, como si yo fuera su última tabla de salvación, aunque inverosímil para una persona cuerda.

Me fui en paz, y esa misma paz es la que le dejé prendada en su corazón, esa paz que tanto anhela en sus noches de miseria. Me quedo tranquilo porque sé que a nadie le va a contar nuestro encuentro, eso es secreto, y él lo acepta. Un pacto entre caballeros.

Manuel ha cogido mi libro y ha empezado a leer.

La historia sigue y yo la conozco pero no voy a contar más de lo que sé. Solo quiero decir antes de despedirme, que en la mayoría de las ocasiones, la tabla de salvación está realmente entre las hojas de un libro.

Lo que ocurrirá con Manuel solo él y yo lo sabemos, ustedes échenle imaginación.

Prometeo descerrajado

Pepe Villalba

—¡A mí no, hijo de perra! ¡A mí no! ¡A ese desalmado!

Éstas eran las palabras que ascendían a la garganta de aquel infeliz, aunque no tuvo tiempo de pronunciarlas porque un certero disparo le voló antes la cabeza.

Pero empecemos por el principio. A Jacinto le gustaba pasear por el bosque, carabina al hombro, y, a veces, contra las recomendaciones de su esposa, hasta se aventuraba a través de parajes solitarios y escarpados. Así fue en esta ocasión. Había dejado atrás una zona llana ocupada por un fragante pinar y se había internado por los recovecos de una agreste ladera donde la vegetación se hacía más salvaje y variada a cada trecho. Jacinto no recordaba haber explorado nunca esa zona tan poco apta para los paseos relajados, pero los andurriales novedosos siempre representan una oportunidad para la aventura y esa mañana Jacinto se había despertado envuelto en su yo más intrépido. Algo llamó su atención en una sinuosidad erizada de peñascos, así que apoyó la vieja carabina sobre el tronco de un árbol y se encaramó pedruscos arriba para contemplar un hermoso ejemplar de ombligo de Venus arraigado en la grieta de una roca. Justamente entonces fue cuando oyó que alguien se dirigía a él precipitando un susurro tembloroso.

—¡Eh, oiga, aquí, detrás de estos arbustos!

Jacinto distinguió una figura humana a través del espeso follaje. Avanzó como pudo por la empinada pendiente hasta que, nimbado de una nubecilla de polvo, alcanzó la pequeña meseta de donde procedía el murmullo. Lo que contempló no lo dejó sin habla porque Jacinto era un sujeto con los nervios bien templados. Delante de sus ojos se encontraba un fornido hombretón desnudo, sujeto con cadenas a una enorme roca. De su vientre manaba con fuerza la sangre por un agujero en el que cabría con holgura la cabeza de un niño pequeño.

—Por favor, no levante mucho la voz. Podría despertarse —encareció, e hizo señas con la cabeza en dirección a la fuente de sus pesares. En efecto, a unos pocos pasos de los dos dormitaba un enorme pajaraco rodeado de algunas piltrafas de carne fresca.

—¡Cáspita! —exclamó Jacinto, llevándose una mano a la cabeza.

El grandullón se vio obligado a justificarse a través de una breve puesta en antecedentes:

—Me llamo Prometeo y me veo en esta penosa situación por un castigo de los dioses. Todos los días ese bicho me devora pacientemente el hígado, provocándome unos dolores espantosos, pero por las noches mi hígado se regenera y al día siguiente vuelta a empezar. Dígame usted si esto es vida para un titán.

—Mejor dígame usted a mí qué demonios hizo para merecer un castigo tan severo.

—Bueno, digamos por abreviar que me quedé con un encendedor que no me pertenecía —balbució humildemente Prometeo, como queriendo restarle importancia a la hazaña. Al fin y al cabo, su lamentable estado actual poco se prestaba a presumir de proeza alguna.

—Poco delito me parece para merecer semejante condena. Pero no se preocupe, amigo. Creo que tengo el remedio perfecto para despachar todas sus aflicciones. Espere un momento. Ahí abajo me espera una

amiga que nos va a sacar en un pispás a los dos de este aprieto tan insólito —murmuró Jacinto enfilando el ángulo pedregoso.

—Por favor, dese prisa. Toda paciencia tiene un límite y mis sufrimientos están colmando ya todas las medidas de la resistencia física.

—Tranquilo, tranquilo... Vuelvo enseguida —y perfectamente asimilado a la contingencia, esta vez fue él quien, con un gesto de la mano y deslizándose la vista hacia la rapaz, le recomendó a su interlocutor que bajase el tono de voz. Mientras Jacinto se retiraba, Prometeo comprobó con alivio que el pajarraco no había salido de su modorra.

Efectivamente, en menos de un minuto estuvo Jacinto de regreso, con su arma entre las manos e incomodado por el cosquilleo de un fragmento de polvareda adherido a lo más sensible de sus fosas nasales. Al verlo, y ajeno a cualesquiera cuitas ajenas a sus incontenibles ansias de liberación, a Prometeo se le encendieron los ojos de felicidad. Pese al dolor que anidaba en sus entrañas, dejó escapar una sonrisa amplia, aunque sin fuerza.

—Se lo voy a agradecer eternamente —certificó Prometeo desde una especie de franqueza estremecida.

—No tema, soy un buen tirador. Está usted a punto de decirle adiós a todos sus pesares. Haz el bien y no mires a quién, ése es mi lema.

Y, arrugando la nariz como un conejo para postergar unos segundos el estornudo, pegó su mejilla a la culata de la carabina dispuesto a accionar inmediatamente el gatillo. El resto ya lo conocen ustedes si es que han leído el relato desde la primera línea.

ARTÍCULOS Y ENSAYOS



Archivo de Paloma Fernández Gomá

Arabismos, peregrinismos y xenismos árabes en la lengua española: lazos y distancia¹

Fatima Larouz. Universidad Moulay Ismail, Mequínez

Resumen: Los arabismos, peregrinismos y xenismos, fenómenos naturales de las lenguas, son extranjerismos fijos u ocasionales vinculados a culturas o civilizaciones ajenas al ámbito hispánico. El caso del árabe en la lengua española no es algo nuevo ya que entre el mundo árabe e hispano ha habido y sigue habiendo lazos, influencias a lo largo de su historia común. De hecho, el objetivo de este estudio es identificar y resaltar esa convergencia del árabe en el español, es decir los arabismos ya existentes, el cambio semántico de algunos arabismos por motivos ideológicos, sociales culturales y, por último, la aparición de nuevos arabismos catalogados como peregrinismos y xenismos en el panorama lingüístico español actual. Por lo tanto, describir estos lazos y distanciamiento entre las dos lenguas a través de su léxico y su historia común, se hará basándose en ejemplos concretos en diccionarios, en la literatura y en los medios de comunicación españoles.

Palabras claves: Léxico español-árabe, arabismos, peregrinismos, xenismos

Introducción

Los vínculos entre España y el mundo árabe son estrechos. La historia de España lleva en sus entrañas una parte de la historia del mundo árabe musulmán. Hoy en día, estos vínculos siguen repercutiendo gracias a la vecindad, la emigración y la globalización. Rastrear la vida de los arabismos en la lengua española es trabajo de los arabistas y algunos lingüistas interesados en el léxico en general como Corriente Federico, Marcos Marín, Carullo T., A. Castro A., García Gómez F., etc. No obstante, cabe señalar que, pese al interés que los estudios de los arabismos han despertado en las últimas décadas, los avances en este terreno han sido limitados al campo lexicológico y lexicográfico. Pero, actualmente, se alzan voces para reclamar estudios de índole sociolingüística y etnolingüística (García González, Corriente y Gil), ya que pueden aportar una perspectiva más adecuada que una meramente lingüística, que no tenga en cuenta el contexto social, cultural e histórico –político de este contacto- (García González, 1993: 338).

Arabismos: préstamos históricos

El contacto de las dos lenguas, el árabe y el español, es latente y significativo. El léxico es muy representativo de ese contacto, por tanto, la convergencia del árabe en el español empezó y se consolidó con la presencia de los musulmanes en la Península Ibérica, oralmente, por escrito y por vías populares o cultas. Manuel Seco (2011:61) explica esas circunstancias que procedieron a tal presencia lingüística árabe:

La presencia en la Península Ibérica de los musulmanes durante casi ocho siglos (711-1492) necesariamente había de dejar una huella de su lengua, lengua que fue oficial en los territorios por ellos dominados, a pesar de la conservación, por parte de los cristianos residentes, de sus dialectos mozárabes. El mayor peso del árabe sobre los dialectos romances del Norte_ debió de darse en los primeros siglos de dominación, cuando los invasores ocupaban la mayor parte del país y su cultura era incomparablemente superior a la de los pobrísimos reinos cristianos.

En la misma línea, el recién difunto Corriente esclarece esta existencia, cierto que le corresponde el

1. Fatima Larouz, Departamento de Hispánicas, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Moulay Ismail Mequínez, Marruecos. falarouz@gmail.com

honor de haber sido, a la vez, académico, arabista y defensor de la causa del arabismo convirtiéndose en su campo de batalla. En su discurso de ingreso en la Real Academia Española advierte que la inmensa mayoría de arabismos en español no provienen de la versión clásica de la lengua, sino de los dialectos andalusíes.

Fueron mayormente introducidos por la inmigración de mozárabes cristianos, pero bilingües o incluso arabófonos exclusivos, a los reinos cristianos septentrionales, donde su superioridad técnica y científica les ofrecía un futuro mejor que seguir vegetando como ‘clientes’ tolerados y tributarios en tierras del Islam (2018: 23).

Ahora bien, si nos atenemos a la definición del diccionario de la RAE, se considera arabismo al “Giro o modo de hablar propio de la lengua árabe”. O al “Vocablo o giro de esta lengua empleado en otra”. O sea, los arabismos son voces y giros árabes que se integraron en la lengua española y hoy forman parte de su léxico.

En la actualidad, estos arabismos se denominan del mismo modo que los indigenismos americanos del español: *préstamos históricos*, cuyo carácter de préstamo no existe en la conciencia lingüística de los hablantes (Casado Velarde: 2017). También, se les denomina *préstamos directos* (Corriente: 2005) al que más tarde, se añadieron los “neologismos de obras científicas traducidos en escuelas como la más famosa de Toledo, y de algunos pocos arabismos más modernos, incluso tardíos, recibidos ya de mudéjares o moriscos, o por las relaciones comerciales o coloniales con otros países mediterráneos, lo que incluye también algunos raros turquismos e iranismos” (Corriente, 2018: 23).

Corriente clasifica estos arabismos de voces castellanas o hispanorromanas en tres tipos: los de registro alto, medio y bajo. Los de registro bajo o ínfimo están “a menudo omitidos por los diccionarios más recatados” donde abundan interjecciones y voces obscenas.

A pesar de esa identificación de los arabismos como *préstamos históricos*, existe todavía confusión y polémica sobre su cantidad en el castellano. Su número de entradas es discutible y variado, la cifra adelantada por Seco es de “unos 4.000 entradas, cifra considerable, aunque tal vez algo inflada –el contingente de arabismos dentro de la lengua española–”. Mientras que Corriente insiste en que no supera la cifra de “2000 sin contar los topónimos y varios son insultos expresiones o términos soeces, transmitidos por mudéjares y moriscos, que suenan raro en español precisamente por provenir de otra lengua”.

Pese a la polémica, es innegable la influencia árabe en el léxico español: es el segundo elemento constitutivo del léxico del español tras el latín hasta el S XVI. (Lapesa 1981: 133). Sin duda, estos arabismos propinan a la lengua española un matiz exótico en medio de las otras lenguas románicas, por tanto, no hay mejor ejemplo de ese exotismo que el siguiente fragmento extraído del texto de Alberto Mrteh “*Lo árabe en ti*”:

Llámame asesino que no me ofendo, pues nadie reposa en el alma cabra por asalto de mi daga. Llámame mezquino que no me inmuta, que nunca temí ser ningún pobrecito. Llámame talibán, que buen alumno dicen que en la madrasa fui. En balde intentan irritarme tus insultos: alcahueta, zafio, mindundi. No te canses, continúa con tu atraco: mameluco, mamarracho, catetorro. No abandones la tarea: farruco, haragán, so gandul. No pones en riesgo nuestra amistad porque, como mucho, loco, titiritero o albardán soy, pero nunca zalamero, que jamás me esconde ninguna máscara. ¿Por qué estamos a batacazo limpio? Pasábamos la tarde con juegos de azar: las tabas o quizás los dados. No lo recuerdo. Tú querías jugar a los naipes y yo al ajedrez. Ya despierta mi memoria, ¡Ángela María!, entonces te irritaste porque árabe te llamé. Enfurecido como un tifón, pretendiste encerrarme en una mazmorra, atarme con argollas y darme mil y un azotes. Ansiabas hacerme rehén entre tabiques de adobe como si traficara con hachís u otras drogas. Veré si consigo esquivar a tu alcaide. [...]

A trancas y barrancas recuperas el color y tornas del añil al carmesí. Descansemos, amigo, bajo el tamarindo y cuéntame lo de mañana. Nerviosa tendrás a tu alarozza esperando la noche de bodas con el ajuar lleno de alhajas y las vecinas tiñéndole pies y manos con alheña. Y nada de faldas alquiladas o andrajos, sino lujos que acompañen a tus ademanes de pachá. La perfumarán de jazmín y azahar para que resplandezca como un fresco nenúfar. Más bella que las adelfas o los capullos de alhelí. Si en la alcoba, apoyada en la almohada, se durmiera, pínchala con un alfiler y cólmala de arrumacos que le ayuden a intuir el calibre de tu cipote. No te ofendas, que solo llamo al alborozo. ¡Que resuenen las guitarras y los laúdes, imanes de farra y faraloes! ¡Que reine la jarana en la feria! ¡Que la algarabía oculte mis expansivas carcajadas, pues tu lengua traicionera deja escapar fácilmente al árabe que hay en ti.

En este fragmento, el autor quiso resaltar deliberadamente ese componente árabe en el castellano, que expresa ese “minutillo de trance etimológico alegre y confiado” al que aludió Corriente en su discurso de ingreso a la RAE. También, refleja la intensidad y la importancia del elemento árabe en el caudal léxico castellano. A partir de allí, reseñamos algunos préstamos árabes, los más destacados según estos campos semánticos:

- *Agricultura*: acequia, aljibe, alberca, arcaduz, alquería, almunia...
- *Alimentación*: alcachofa, algarroba, berenjena, alubia, aceituna...
- *Guerra*: adalid, alfanje, aljaba, alcazaba, tambor, alférez, albarda, daga, rehén...
- *Comercio*: arancel, aduana, tarifa, almacén, almoneda, zoco, alhóndiga, arroba...
- *Arquitectura*: arrabal, aldea, azotea, alcoba, alféizar, azulejo, tabique, adobe...
- *Topónimos*: Algarve, Alcalá, Medina, Gibraltar, Guadalquivir...

Como cualquier extranjerismo, la integración de los arabismos en la lengua española ha sido al principio por motivos obvios, tal como la llegada de una lengua dominante y sus hablantes. Estas voces “han venido acompañando a los objetos nuevos o a los conceptos nuevos incorporados a nuestra vida y a nuestra cultura” (Alarcos Llorach, 1992: 26).

Claro que estos préstamos siguieron un proceso de progresiva interacción en el sistema de lengua receptora (Capuz Gómez: 1998), y pasaron por una asimilación fonética (gráfica), fónica, ortográfica, morfológica, sintáctica y semántica, de tal modo que hoy nadie percibe los arabismos como extranjerismos, dado que forman parte del caudal léxico patrimonial como los latinismos, indigenismos, helenismos... Dicho de otro modo, esta asimilación está marcada por la evolución natural de cualquier lengua.

El cambio semántico o el distanciamiento y sus motivos

En términos de Álvarez Miranda (2009:133) “las palabras tienen una vida, son como los organismos vivos: nacen, crecen, se desarrollan y, a veces, mueren”. Por motivos lingüísticos, psicológicos, sociales y culturales (Espinoza Elorza: 2009), todo sistema lingüístico ha experimentado ese proceso de vida, crecimiento, desarrollo, incluso de muerte, se trata de uno de los procesos de interacción progresiva en el sistema de las lenguas en general que es el cambio semántico.

El cambio semántico es una modalidad del cambio léxico que tiene lugar cuando algunas palabras con el paso del tiempo se ven alteradas por sus hablantes. “Habitualmente se identifica con la adopción, por una palabra, de un significado nuevo (cabe hablar, pues, y así se hace, de neologismo semántico), pero también incluir la cancelación de un significado, es decir la pérdida semántica” (Álvarez de Miranda, 2017:135).

Ampliación y disminución, otros términos o mecanismos básicos que se refieren a la alteración de la estructura del significado léxico y gramatical que, ocasionalmente, pueden suponer su desaparición. La ampliación consiste en la adición de uno o varios lexemas que provoca la alteración del campo de tal manera que el nuevo lexema puede ocupar parte del campo de otros, lo que constituye una reestructuración interna del mismo. La disminución del campo consiste en la supresión de un lexema que puede provocar también su reestructuración, ocupando un lexema el espacio que deja el lexema desaparecido” (Cortés, 2015: 6012-613).

De hecho, como ha ocurrido con el resto del caudal léxico del español, tanto el léxico patrimonial como los préstamos, los arabismos han experimentado estos cambios al introducirse en la lengua española, bien porque el objeto al que designan desaparece, bien porque el significado es sustituido por otro ejemplo.

Corriente, al dedicar la mayor parte de su discurso a los arabismos de registro bajo e ínfimo, elucidó esas migraciones léxicas y subrayó que algunos dichos y refranes recobran una literalidad extraña al pasar al castellano “precisamente porque lo que tenía sentido era una expresión andalusí fonéticamente similar”. El significado de algunas voces en árabe andalusí no era tan ofensivo, pero con el cambio fonético resulta ínfimo “por parecido fonético con otras voces romances y por su procedencia de sectores inferiores de la sociedad, tales como las nodrizas y arrieros moriscos” (Ibíd.)

La interjección “ojalá” es una muestra de esa disminución de una derivación haplológica de /lawšálláh/ ‘si Dios quisiera’, perfectamente coherente con la gramática árabe, aunque Corriente la remite a otro viejo y olvidado arabismo de origen neopersa: “*lā awhaša llāh*” (“Dios no nos prive”) (ibíd: 24).

Dígase lo mismo de la palabra “droga” de origen árabe hispánico *hatrúka* (literalmente charlatanería); faltriquera, de *hatrikáyra* (lugar para bagatelas) y andrajo, de *hatráč* (necio, pelagatos), baldragas, baldrés, adarguero, aldraguear, handora, hadragas, aladroque, hadrolla, droga, trola, fald/triquera, etc., Todas, según Corriente, derivan de *hatr*, la pronunciación andalusí de una raíz que significa parloteo o cháchara. Por eso, algunas de esas voces tienen que ver con algo «insignificante, inútil, falso, pretencioso, charlatán, etc.», y así se reflejan con esa misma incorporada sufijación también en préstamos al vecino dialecto marroquí y otros norteafricanos. (Ibíd.: 27)

Otra hipótesis de Corriente en cuanto a la expresión *Tiríd ‘ala rrús, aqgá’ lina*, ‘¿quieres [a este esposo] ante todos? Acláranoslo’), esta frase acabó convertida en “que si quieres arroz, Catalina”. Ya que en el árabe, las palabras arroz y esposo suenan igual.

Son varios arabismos de registro medio que ha visto su literalidad cambiar como “nombres de juegos, voces etimológicamente opacas usadas en ellos, segmentos ininteligibles de refranes, modismos o canciones populares o infantiles, que generalmente se ha venido teniendo por onomatopéyicos, expresivos o fáticos” (Corriente: 25). Un ejemplo revelador es la canción de cuna “nana, nanita, de *nám, nám, nám-mínta* («duerme, duerme, duérmete tú»), posiblemente vinculada al “hecho históricamente innegable de que andalusíes de diversas comunidades, mudéjares y moriscos, en particular de ciertos oficios, se mezclaron íntimamente con cristianos nuevos y viejos y les transmitieron un buen número de frases y palabras particularmente expresivas, y a menudo de registro ínfimo”. (Ibíd.)

La introducción de estas expresiones con sus cambios fonéticos y fonológicos refleja aspectos de la vida de la sociedad de la época. No obstante, con el cambio semántico, se forjaron otras palabras de origen árabe, ya que con el paso del tiempo se borran elementos u objetos en la conciencia colectiva de los que utilizan esa lengua. O simplemente, porque el estatuto de la lengua y la cultura del dominante ha cambiado.

Otro carácter del cambio semántico es el cambio de la imagen que se tiene del otro, y que, forzosamente, recae sobre el uso del léxico. Al estudiar los arabismos en la época alfonsí, García González (1993:348) subraya los motivos del cambio semántico y su carácter social, cultural e ideológico, dice: “en la época alfonsí, el árabe era considerado inferior, como algo extraño y por ende peligroso y cargado de valores negativos”. Según el autor, muchas palabras siguieron conservando el rasgo +moro o +árabe al pasar al español, así cobraron valores negativos y aceptaciones figuradas especialmente a partir de S.XV. Ejemplos:

- Califa, título de los soberanos: bribón en Andalucía, estafador.
- Alárabe del árabe: hombre incivil e inhumano.
- Mazmorra de “*Mtmurra*”, silo: prisión subterránea, cárcel.
- Alcahueta (te), mediador (a) matrimonial: mujer que procura encubrir o facilitar amores ilícitos.
- Daifa, dama de casa: concubina.

Mientras que algunos arabismos adquieren carácter negativo y despreciativo, otros olvidados y arcaicos resucitan dentro de lo que se llama “reciclaje intencionado” (Álvarez de Miranda, 2009:156), se trata de “los neologismos triunfantes que son consecuencia del rescate premeditado de una voz añeja y más o menos anticuada como ha ocurrido con *azafata, deporte o gobernanza*”.

La palabra *Azafata* de origen árabe “*assafat*” que era la bandeja, cesta o canastilla para transportar objetos. Usada por doncellas y camareras para servir la ropa que vestían sus damas. Su significado pasó, por metonimia, a denominar la persona que se encarga del trabajo. Más tarde, sufrió un cambio semántico para referirse al oficio de las personas que atienden a los pasajeros llevando bandejas en los aviones trenes, y por extensión en congresos y exposiciones, mientras que la palabra *azafate* se convirtió en un arcaísmo.

Nuevos arabismos: peregrinismos y xenismos

Hoy, asistimos a la introducción de nuevos préstamos léxicos o neologismos léxicos por préstamo, son el

resultado del contacto entre dos culturas y dos sociedades diferentes, llamados peregrinismos (lat. *Verbum prae-grinum*), xenismos, o exotismos (Gómez Capuz: 1998), son conocidos comúnmente extranjerismos. Se usan “Para designar los extranjerismos ocasionales, vinculados a culturas o civilizaciones ajenas en el ámbito hispano” (Casado Velarde: 131).

Los arabismos nuevos forman parte de esta categoría, son lo que Corriente denomina préstamos indirectos (2005), que se han transmitido o peregrinado a través de individuos o grupos de individuos que se movían entre Europa y los territorios árabes por motivos comerciales, bélicos, o por los efectos de globalización. Estos inmigrantes o viajeros introducían, consciente o inconscientemente, palabras de su lengua materna y sus dialectos en la lengua acogedora. Los medios de comunicación y la traducción son terreno propicio para la proliferación de estos nuevos arabismos. Se dan, también, en la literatura que, por motivos estilísticos o de identidad, la nueva generación de escritores españoles de origen árabe, especialmente marroquí, han dado riendas sueltas a su imaginario en sus relatos, para describir o reflejar una realidad ajena a la española y con cierto matiz exótico.

Algunas de estas voces están incluidas en el DRAE o en el DEA. Cuando se trata de DRAE, se nota a continuación entre paréntesis si la voz aparece en cursiva o en redonda (Casado Velarde, 2017:131):

- *Ayatolá* (Del ár. Clas. *Āyatullāh*, señal de Dios). 1. Entre los chiitas islámicos, título de una de las más altas autoridades religiosas. 2. m religioso que ostenta este título – (DRAE 2001 en redonda).
- *Mulá* m. intérprete de la religión y la ley islámica (DRAE 2014 en redonda).
- *Talibán*: adj. Perteneiente o relativo a una secta fundamentalista musulmana que trata de imponer la doctrina del Islam por la fuerza. 2. m integrante de esta secta.

Esta última palabra tiene su origen en árabe clásico que significa estudiante “*taleb*”, sufrió un cambio semántico, hoy en día pasa a ser sinónimo de alguien que busca la sabiduría a un terrorista. El mismo destino lo tuvieron otras palabras que pasaron a significar otra cosa que su significado inicial o sea a tener un significado polisémico tal como *Yihad* con sus derivados *yihadismo*, *yihadista*: f. guerra santa de los musulmanes (DRAE 2014 en redonda), paso a ser una palabra con significado guerra irracional e injustificada contra los infieles, lo mismo ocurre con *hiyab*, *muyahidín*, *imam*, *intifada* y *fedayín*, *islamista*...

Es relevante tener en cuenta que a partir de los años 90 del siglo pasado, con la guerra del Golfo, el rasgo árabe / terrorista es muy recurrente en los medios de comunicación, de hecho, conceptos o voces que proceden de países no árabes, al pasar al español calcados del francés o del inglés, pueden traducir ciertas pulsiones o cargas ideológicas como lo hemos visto con “talibán” o “islamista”, “yihadista”... Lo mismo ocurre con el uso de ciertos gentilicios de origen árabe o no árabe como: *magrebí*, *iraquí*, *paquistaní*, *iraní*... que, a veces, pueden inducir a errores en la identificación de lo árabe y lo que no lo es.

Asimismo, términos como *burka*, *nicab*, *haram*, *sharia* o *sharía*, *hachis*, *tajín*, *falafel*, *musaka*, *babucha*, *chilaba*...son frecuentes en el lenguaje diario español y en los medios de comunicación. Es cierto que han sido introducidos por una comunidad inmigrante establecida o de paso por España y reflejan cierta realidad extraña o cultura exótica, pero pueden ser utilizados por la prensa con carga ideológica. Además, no tienen un significado fijo, incluso, a veces, es borroso y puede dar a confusión, por tanto, su comprensión es aproximativa por parte de sus receptores, que están condicionados por un contexto o un imaginario representativo, donde lo árabe tiene esa connotación muy negativa, o simplemente por desconocimiento de la cultura y la polisemia de los términos al ser traducidos al español.

En fin, esa relación de amor y desamor perdura entre las dos lenguas y las dos culturas incluso hoy en día, ya que aparecen nuevos préstamos del árabe gracias al surgimiento de una literatura escrita en español por autores marroquíes y árabes. La introducción de un nuevo léxico reafirma la multiculturalidad y la diversidad lingüística española. Ejemplos:

- “No quiero verte danzar como *derwiches* tourneurs que giran” El Morabet (2018:88)
- *Dekka* en la jerga callejera y lúgubre marroquí es una institución bohemia en torno a una mesa de té moruno y *kif*” (Ibíd. : 35).
- “Harás que el susto se le lleve el alma un *djiny* no se la devuelva nunca más” El Hachimi (2008:20).

Cabe destacar que estas palabras peregrinas exóticas o neologismos tienen un uso muy restringido y esporádico, por tanto, tal vez su proceso de integración en el castellano no llegará para quedarse definitivamente como préstamo, una vez terminada o cumplida su función según las circunstancias. De modo que la mayoría de ellas carecen todavía de legitimidad en el sistema lingüístico español, ya que aparecen en cursiva o entrecomillado. También, dependerá de su uso en el futuro por los hablantes receptores, o sea puede quedarse o desaparecerse.

Conclusiones

Cuantitativamente, no cabe duda que el contingente del léxico árabe en la lengua española es muy considerable, esos arabismos habían vivido interrumpidamente desde el árabe al español. En la edad media, la adopción de elementos lingüísticos árabes era natural para la sociedad de aquel entonces, ya que era una lengua del dominante, conocida y sentida como propia. Respondía a una situación de convivencia y a necesidades materiales de aquella sociedad y que recubrían todas las áreas del saber y vivir, un reflejo claro de la existencia de una fuerte comprensión e interconexión de dos mundos (González, 1993: 340-341). Sin embargo, después de la Reconquista, hubo momentos de desagrado, desuso o repulsión de una parte de ese léxico, debido a los cambios semánticos por causa de prejuicios ideológicos, sociales y culturales. En la actualidad, asistimos a la integración de un nuevo léxico árabe peregrino, fruto del contacto intercultural y globalizado, pero, a veces, con connotaciones negativas. ¿Acaso estos prejuicios ideológicos traducen un malestar hacia una cultura, una lengua y sus usuarios?, ¿Acaso no es hora de superar esa imagen orientalista y neocolonialista hacia lo árabe como ha venido reclamando el gran arabista Corriente?

Bibliografía

- Alarcos, L. (1992): "Consideraciones sobre el neologismo". *El neologismo necesario*. Madrid: Fundación Efe, 19-29.
- Alonso-Cortes, A. (2015): *Lingüística*. Madrid: Catedra.
- Álvarez, Miranda, P. (2009): "Neología y pérdida léxica". *Panorama de la lexicología*. Madrid: Ed. Elena de Miguel.
- Capuz, G. (1988): *El préstamo lingüístico: Conceptos, problemas y métodos*. Valencia: Cuadernos de Filología, Anejo XXIX.
- Casado Velarde, M. (2017): *La innovación léxica en el español*. Madrid: Editorial síntesis.
- Corriente, F. (2005) *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel.
- Corriente, F. (2018): *La investigación de los arabismos del castellano en registros normales, folklóricos y bajos*. Discurso de ingreso en la RAE. https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_ingreso_Federico_Corriente.pdf
- El Hachimi, N. (2011): *El último Patriarca*. Barcelona: Planeta.
- El Morabet, M. (2018): *Un solar abandonado*. Barcelona: Catedra.
- Espinoza Elorza, R. M. (2009): "El cambio semántico". *Panorama de la lexicología*. Madrid: Ed. Elena de Miguel.
- García González, J. (1993): *El contacto de dos lenguas: los arabismos en el español medieval y en la obra alfonsí*. Cahiers d'Études Hispaniques Médiévales, 1993, 18-19 (pp.335-365) https://www.persee.fr/doc/cehm_0396-9045_1993_num_18_1_1092
- Lapesa, R. (1981: 133): *Historia de la lengua española*. Madrid: Novena edición.
- Martínez Ejido, J. J. (2007): *Construcción del léxico español. Palabras patrimoniales, cultas, semicultas latinismos, arabismos, helenismos*". <https://books.google.co.ma/books?id=cbVIY4qAA9cC&pg=PA17&lpg=PA17&dq=arabismos+ejemplos&source=bl&ots=7llOXArIPZ&sig=ACfU3U0Dx0hYsAD1C6elxLnDN4A6giL2-w&hl=fr&sa=X&ved=2ahU>
- Merteh, A. (2020): *Lo árabe que hay en ti*. <https://elzocodelescriba.com/2018/09/07/el-arabe-que-hay-en-ti/>
- Seco, M. (2011): *Gramática esencial del español*. Madrid: Ed. Espasa Calpe.

Testimonios de una derrota

Ángel Sáez

En el desastre de 1936 no ganaron rojos ni nacionales, perdió España. Dieron la puntilla a un Estado autonómico nacido entre el entusiasmo popular solo cinco años antes, cuando la marcha del incompetente Alfonso XIII permitió alumbrar una prometedora constitución, que definía al país, en su primer artículo, como «una República democrática de trabajadores de toda la clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia». Una carta magna demasiado moderna para una España demasiado antigua, llena de hambrientos jornaleros y de poderosos insolidarios, de militares africanistas y de superchería religiosa, de analfabetismo y radicalismo.

El bando golpista se hizo con el poder, negó durante décadas derechos y libertades a propios y extraños y se dedicó, con celo y planificación, a eliminar al oponente ideológico. La sistemática aplicación del llamado «terror blanco» por la historiografía francesa y anglosajona llenó cunetas y fosas comunes de represaliados, la versión fascista de otro horror —más descontrolado e impulsivo— que tiñó de sangre la retaguardia roja durante la guerra.

Este cúmulo de desgracias no finalizó con el triunfo de los sublevados en la primavera de 1939, sino que se prolongó durante años, logrando imponer, de manera muy eficiente, un régimen dictatorial basado en el miedo de la población. Ramón Serrano Suñer justificaba el despiadado comportamiento con los vencidos, merecedores de una «sentencia de irrevocable exclusión, sin la cual estaría en riesgo la propia existencia de la Patria», ya que los consideraba un «enemigo irredimible, imperdonable y criminal». El propio Franco sostenía, en 1939, que «los odios y pasiones de nuestra pasada guerra» habían de ser liquidados «por la redención de la pena por el trabajo, con el arrepentimiento y con la penitencia».

Aquella terrible guerra pasó rápidamente por el Campo de Gibraltar, aunque dejando su huella negra de vidas segadas ante los muros de los cementerios, libertades secuestradas durante décadas y el rancio hedor del fascismo y la represalia flotando en el aire.

En estas tierras quedaron relevantes vestigios de los vencedores, en forma de los megalitos de hormigón que inmortalizó Alfonso Escudra en 2003 en nuestra hermosa Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltares. Los fortines o búnqueres de los años cuarenta resultan un acabado ejemplo de la participación forzada de Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores en trabajos vinculados a aquella redención franquista por el trabajo, el arrepentimiento y la penitencia.

En nuestra tierra, esos elementos artificiales sirven para caracterizar su paisaje, conjugándose con diferentes aspectos naturales y conformando un paisaje singular, que sirve para definirlo de manera genuina. Es una especial impronta que queda en la retina del visitante y del lugareño, caracterizando a las costas campogibraltares, del mismo modo que las andaluzas, en general, no serían tales sin las siluetas de las airosas almenaras que las coronan en cabos y acantilados.

A caballo entre la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, el litoral del sur de España vio surgir un amplio sistema fortificado ordenado por el general Francisco Franco. Debiendo mucho a Hitler y a Mussolini, era previsible la implicación de la arruinada España de la época en el torbellino bélico que iba a cambiar el mundo en los años siguientes. Era razonable el miedo del Generalísimo a un ataque aliado, especialmente cuando compartía con los nazis el anhelo de tomar militarmente el peñón de Gibraltar, lo que planificaron, cada uno por su parte, el propio dictador español y la Wehrmacht de su admirado y lunático líder alemán.

Inmediatamente tras el inicio de este primer sistema de fortines de la posguerra en el Campo de Gibraltar, los archipiélagos y las costas orientales y meridionales de la Península se llenaron de obras de diversa

tipología para rechazar cualquier agresión exterior. El diseño del cinturón defensivo de la Nueva España se completó con la Línea Pirineos, que fortificó de hormigón los lugares estratégicos de la frontera con Francia con miles de elementos blindados y mimetizados. En Canarias, se recubrieron de piedra volcánica, haciéndolos invisibles; en la Cerdeña, se enterraron en el subsuelo, siendo hoy madrigueras de marmotas; en el delta del Ebro se mimetizaron con la piedra rojiza de sus acantilados costeros: en el Campo de Gibraltar, imitaron modelos germánicos y checos y se recubrieron de adoquines...

Todo comenzó en la primavera de 1939, con la alarma iniciada por el servicio de inteligencia franquista en Gibraltar. La interpretación de movimientos de tropas y materiales en el Peñón como un supuesto plan franco-británico para atacar las cercanas costas españolas, supuso el inicio, por vía de urgencia, de un amplio diseño de obras de protección del istmo de La Línea de la Concepción y sus flancos litorales. En los años de la Segunda Guerra Mundial, el sistema se extendió desde la orilla derecha del río Guadiaro hasta los acantilados de cabo Roche, en Conil de la Frontera, con especial densidad en Sierra Carbonera (San Roque y La Línea de la Concepción). Acabaron construyéndose casi 600 obras: nidos de ametralladoras, casamatas artilleras, observatorios, pozos de tiradores, tobruks y, en menor medida, refugios para tropas.

Al poco tiempo de empezar a erigirse este complejo defensivo, iniciado en mayo de 1939, fue incorporado a un proyecto más ambicioso, que incluía también elementos ofensivos, como las baterías de costa con enormes cañones de origen naval, tarea desarrollada por la denominada «Comisión Jevenois». Esta era la Comisión de Fortificación de la Frontera Sur, que desarrolló sus tareas desde mayo a diciembre de 1939, continuadas desde 1940 por la Comisión Técnica de Fortificación de la Costa Sur.

Ninguna de estas instalaciones llegó nunca a entrar en combate real. Jugaron un papel amenazante o disuasorio, según las diferentes interpretaciones de quienes han analizado esta llamada Muralla del Estrecho. Vestigios para unos del pretendido renacer de un imperio que no volvió a existir, fueron, para otros, memoria de años de trabajos forzados y privaciones. Fueron estos los soldados republicanos que, integrando los ya mencionados Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, sufrieron la acción represiva del nuevo Estado. Eran los mozos considerados desafectos al régimen de las quintas de 1936 a 1941. No habían podido servir en el ejército sublevado porque, por ejemplo, vivían en zonas que no se sumaron al Alzamiento de 1936, de manera que se les obligó a hacerlo tras acabar la guerra. Esta era la lógica del régimen, empeñado en mantener viva la distinción entre vencedores y vencidos en España, entendida como condición necesaria para garantizar la pervivencia de la dictadura personal de Franco. Un dramático dislate, como aquel de condenar los rebeldes golpistas de julio del treinta y seis, por «adhesión a la rebelión», precisamente a quienes se habían mantenido fieles al gobierno democrático derivado de la aplicación de la Constitución de la II República. De manera que los fascistas que se habían rebelado mandaban a la cárcel, al paredón o al garrote vil, supuestamente por haberse rebelado, a quienes no solo no lo habían hecho, sino que se habían opuesto a los que sí se habían alzado en armas contra la legalidad vigente. Los defensores del principio de la soberanía nacional sometidos a juicios sumarísimos, sin garantía procesal alguna, por los partidarios de la soberanía personal del «Caudillo de España por la gracia de Dios». Claro que Franco había proclamado en el Bando de 28 de julio de 1936 que se considerarían delitos conforme a la figura de la rebelión militar a quienes se le opusiesen de una manera u otra.

En consecuencia, aquellos “mozos desafectos al régimen” iban a ir siendo encuadrados en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, que, en el sur de Andalucía, se destinaron a realizar el trabajo menos especializado en las obras de fortificación costera, de emplazamientos artilleros, de construcción de vías de comunicación y sus correspondientes puentes, alcantarillas y muros de contención. Junto a ellos se empleó a zapadores militares y obreros civiles contratados para levantar el entramado de edificaciones militares que se mantuvo en activo durante casi medio siglo a orillas del Estrecho. La dictadura se parapetó tras aquella red de fortines y de baterías de costa durante todos esos años, aunque se tratase de un concepto que nacía anticuado, como quedó en evidencia durante la Segunda Guerra Mundial, en la que ninguna de las líneas defensivas que entraron en juego sirvieron para rechazar al enemigo que las atacó. Ni las poderosas instalaciones artilleras que la Organización Todt estableció en el canal de la Mancha fueron capaces de evitar el desembarco de Normandía.

Escribía unas líneas atrás que, en el Campo de Gibraltar y sus inmediaciones, estas potentes estructuras hormigonadas terminaron singularizando su paisaje, mimetizándose con sus acantilados, enterrándose en sus arenales. En definitiva, haciéndose un todo con sus perfiles naturales para conformar una escenografía singular que hoy define a las costas del sur.

La breve vida útil que tuvieron los fortines de Franco permitió que, unos años después de su construcción, muchos de ellos estuvieran desocupados, sin haber siquiera sido artillados. De manera que pudieron convertirse en vivienda de circunstancias para algunos desheredados de la Nueva España, en cobertizos o aljibes de explotaciones ganaderas, en estancias complementarias de viviendas acomodadas o de centros estudiantiles, en escenario de juegos infantiles... y en frecuentes vertederos de basura.

Después llegamos los que venimos reivindicando que esos vestigios de un pasado reciente, pero dramático y que nunca debiera repetirse, tengan un trato más digno, conforme a su significación histórica. Que dejen de ser expoliados, vandalizados, usurpados o, simplemente, arrasados, destruidos, hechos desaparecer porque incomodan una expansión urbanística, portuaria o industrial. Muy en la línea del Programa Memoria del Mundo de la UNESCO.

Llevamos veinte años en este empeño y algunas cosas han cambiado. Las administraciones ya saben qué son los fortines o búnqueres del Estrecho y se han preocupado de catalogarlos, aunque aún no se han atrevido a dotarlos de la figura legal de protección que merecen, la de bien de interés cultural o BIC. Los promotores de viviendas y los ayuntamientos ahora se lo piensan antes de aplicar la piqueta y hacerlos desaparecer con premeditación, alevosía y, a veces, nocturnidad. El progreso es lento y el ritmo de deterioro, rápido. Pero ese parece ser el sino de este país de burócratas, administraciones inescrutables y gestores ineptos. Seguiremos confiando en los que, entre ellos, hacen lo que deben y como deben para que algunas cosas sigan cambiando. Y que los herederos de tanto Buscón y tanto Lázaro de Tormes dejen de campar a sus anchas, de sentirse cómodos entre tanta miseria e ineptitud. Sueño de ingenuos, quizás.

Cuando la Literatura Humaniza la Historia: Lectura en la novela *El Exiliado de Mogador* de Mhamed Lachkar (2021)*

Ahmed El GAMOUN, Oujda, Marruecos
gamoun.ahmed@hotmail.com

La novela histórica marroquí, que sigue conociendo un auge creciente, ha sido incrementada últimamente por la novela del hispanista y francófono el doctor Mhamed Lachkar, **El Exiliado de Mogador**. Como rifeño de rancio abolengo, el médico Lachkar sitúa los acontecimientos de su obra entre 1921 y 1926 después de la batalla de Anoual y el acoso de su cabecilla el emir Abdelkrim por la coalición de las dos potencias del Protectorado, España y Francia que terminó con su rendición y exilio. Pero el héroe más destacado de esta obra histórica, sobradamente documentada, es un joven huérfano del pueblo de Bakkioua que vivía de pesca y piratería con su tío paterno, Allouch, que le entregó al servicio de un viejo francés, Louis, en la parte occidental de la Argelia francesa, Port Say. Pronto el chico rifeño, que se llamaba Haddou, trabó una estrecha amistad con Daniel, el hijo adoptivo de Louis, estudió en Oran, luego se hizo piloto en la aviación militar francesa, agente en los servicios secretos franceses en Oujda destinados a controlar las actividades de los alemanes para terminar, mediante la intervención de su tío, como persona de confianza de Abdelkrim. Este último lo nombró “caïd” y colaborador de su cuñado Azerqan encargado de las relaciones exteriores del “emirato rifeño”. Como el caïd Haddou era considerado como un ciudadano francés, Abdelkrim pensaba que le va a facilitar el apoyo logístico y militar de los franceses para enfrentarse a una probable replica de España contra el desastre de Anoual.

Entusiastas al principio, los dos amigos Daniel y Haddou apoyaron la tesis de Abdelkrim y obraban como principales interlocutores entre el cabecilla rifeño y las autoridades militares francesas, en particular el mariscal Hubert Lyautey. Pero después de muchas promesas alentadoras, inconstantes a menudo, el caïd Haddou, Abdelkrim y todos sus colaboradores se dieron cuenta al final de la traición francesa, sobre todo con la sustitución del “pacifista” Lyautey por el bélico mariscal Petain que se alió al protectorado español para acorralar a Abdelkrim y, de este modo, no servir de modelo al nacionalismo marroquí ya en gestación.

Una lectura rápida y superficial de esta obra nos da la impresión que estamos frente a un texto histórico de índole documental y no en presencia de una obra literaria como viene apuntado en la primera solapa del libro. El calificativo genérico “novela”, que el autor atribuye a su obra, se puede interpretar en este sentido como una especie de engaño para despistar al lector “necio” y tomar por puras ficciones las crudas verdades que Lachkar nos confesaba. De este modo se desquita de su responsabilidad como cronista e historiador frente a los acontecimientos relatados que intenta envolver en una nublosa atmósfera de ficción.

Y sin embargo, es esta atmósfera que ha dado a *El Exiliado de Mogador* todo su encanto poético y, por ende, su “literariedad” que libera la obra de su sequedad documental y la hace más amena a la lectura. Entre los aspectos literarios que han contribuido a la humanización de esta obra eminentemente histórica, es en primer lugar su adhesión al género autobiográfico en que el caïd Haddou se presenta como el autor del relato en que nos expone las peripecias de su vida en primera persona: “*Soy Caid Haddou ben Hammou Lakhhal...*” Sin salir del “pacto autobiográfico” entre el autor de la obra y el personaje principal

(*)- LACHKAR, Mhamed: *L'Exilé de Mogador*, Ed. Slaiki, Tanger, 2021

Como la novela está escrita en francés, hemos mantenido los nombres de las personas y de los lugares conforme a los apuntados en los mapas y glosario onomástico que acompañan el texto original.

del relato subrayado por Philippe Lejeune, la vida del caïd Haddou, contrariamente al relato cronológico y lineal del texto histórico, ha obedecido a una trayectoria ascendente y descendiente igual a la de los héroes de la tragedia griega con un principio, un clímax y una caída final. La sumisión del héroe del relato a esta trayectoria dramática le ha infundido vida y la hizo más digna de la compasión del lector. En los penúltimos capítulos de la obra la palabra “tragedia” aparece reiteradamente como para subrayar la progresiva caída de los héroes de Anoual y con ellos, en primer lugar, el caïd Haddou.

Aún más, un lector bien avisado mientras iba explorando las últimas páginas de *El Exiliado de Mogador* se daría cuenta de la presencia de otros signos reveladores de su “literariedad” que descreditan su carácter aparentemente documental. En la nota final del libro la aparición de la palabra “leyenda”, asociada a la vida de Haddou, no puede pasar sin suscitar la curiosidad de este lector modélico. Efectivamente al volver de examinar la obra desde el principio, después de terminada su lectura, se dará cuenta de que lo creía al principio ser el primer capítulo de la obra es el primero. Y que el relato, igual a la serpiente que se muerde la cola, tiene una forma circular similar a la estructura de “los mitos de eterno retorno” según la expresión del mitólogo Mircea Eliade. De este modo el autor no se implica directamente en lo que relata y la persona histórica de Haddou se convierte en un personaje arquetípico igual a las figuras legendarias y míticas que se pueden adaptar a cualquier espacio y tiempo.

A este nivel es donde culmina la “literariedad” del *Exiliado de Mogador* que le confiere con justicia el título de novela, rescatándola de lo documental a lo ficcional. Además de la pulcritud estilística y lingüística de su autor Lachkar, que maneja diestramente la lengua de Molière, la adaptación de su obra a la estructura de los géneros literarios, pasando de la forma lineal y cronológica de la autobiografía a la forma piramidal de la tragedia y luego al la circular del mito, es uno de los aspectos más importantes que contribuyen a la “literariedad” de *El Exiliado de Mogador*. El lector que desde los primeros capítulos de esta obra intentaba entender la intrincada historia del Rif, al llegar al final se olvidó de todo lo histórico y se quedó invadido por un sentimiento de compasión y de simpatía para con la persona infortunada de el caïd Haddou como si fuera un Gerónimo o el último de lo Mohecanos.

Concha Méndez Cuesta (1898-1986), la poeta olvidada de la generación 27

Por Shaimaa Khalf Jasim. Funcionaria Diplomática. Irak

La vida de la poeta maderista, es polémica en ocasiones, misteriosa en otras, llena de viajes, afanes y contradicciones. La escritora y poeta Concepción Méndez Cuesta mejor conocida en el mundo literario como “Concha Méndez”, nació en Madrid en 1898 y falleció en México en el año de 1986. Se destacó como una de las figuras relevantes que contribuyeron a revitalizar el panorama cultural español durante los años veinte y treinta del pasado siglo XX, así como por la perseverancia de divulgar, mediante su labor editorial e impresora junto a su marido el poeta Manuel Altolaguirre, las obras de los poetas de la Generación del 27, compañeros de vanguardia estética y literaria en cuyas antologías no habría sido incluida. Al igual que les ocurría a sus coetáneas, el olvido intelectual, académico y crítico literario acompañaría a esta cofundadora del Lyceum Club, tal como se evidencia en la postergación de la visibilidad de su obra o en el desconocimiento de su aporte al ámbito editorial y de las letras en España y América.

Sin embargo, a pesar de haber pasado tanto tiempo, se vislumbra que la sombra de las escritoras y de las artistas, es hoy un poco menos alargada, tras editarse las creaciones y las biografías de aquellas doctas que hasta entonces eran reconocidas, en mayor medida, por el simbólico gesto de caminar por la calle “Sin sombreros”. Una vez incorporadas al circuito de la crítica editorial podremos ahondar y valorar el alcance de sus proyecciones literarias y artísticas, más allá del mero hecho de su condición de género. La vocacional poeta, influenciada por Juan Ramón, aunque sin saberlo por no haber accedido formalmente a leerlo, contribuyó con el también poeta e impresor profesional que era su marido a la edición de relevantes revistas como Poesía; Héroe; 1616 o Caballo verde para la poesía dirigido por Pablo Neruda tras el ofrecimiento por parte del matrimonio de editores. De hecho, el domicilio de la pareja situada en la calle Viriato de Madrid se convertiría en el espacio de encuentro de la Generación del 27 así como el lugar donde recibían, impulsaban y difundían los trabajos de sus contemporáneos hasta llegar la fratricida guerra, cuya violencia y represión por ambos bandos sería repudiada por la misma.

Después de la muerte de su esposo, Manuel Altolaguirre, Méndez compone varios versos cuyo tema es el desconsuelo. Todas las situaciones dolorosas de la vida encuentran en la escritura una vía de salida. Concha Méndez entiende la poesía como el instrumento que ayuda a sobrevivir, que sirve igualmente para entender el mundo como para extraer el dolor. Cada libro corresponde a un momento decisivo vital, algunos tardan más tiempo en aparecer respecto a la situación que los origina, otros surgen inmediatamente después. A la pérdida de su primer hijo, busca en Niño y sombras (1936) construir un diálogo con ese niño que murió al nacer:



Se desprendió mi sangre

*Se desprendió mi sangre para formar tu cuerpo.
Se repartió mi alma para formar tu alma.
Y fueron nueve lunas y fue toda una angustia
de días sin reposo y noches desveladas.
Y fue en la hora de verte que te perdí sin verte.
¿De qué color tus ojos, tu cabello, tu sombra?
Mi corazón que es cuna que en secreto te guarda,
porque sabe que fuiste y te llevó en la vida,
te seguirá meciendo hasta el fin de mis horas.*

Los acontecimientos de la vida afectan en la poesía: «Enfermé, no solo de nervios, sino sobre todo de pena cuando murió mi madre. Lloré días enteros. Me habían avisado que estaba enferma de cáncer, pero no se recuperó. Le escribí un grupo de poemas como entonces, cuando perdí a mi niño». Poemas, sombras y sueños (1944) refleja los sentimientos de la autora tras la ruptura matrimonial.

Concha Méndez elige ser distinguida de su momento, ese momento en que la sociedad rechaza todos los aspectos de la modernidad especialmente para las mujeres, rechazando seguir con su vida cómoda aristócrata, eligiendo conocer el mundo a través de la poesía y la producción literaria buscando la emancipación pagando alto precio «[...] en vez de ser una mujer frívola de los tés aristocráticos rechaza la comodidad y la seguridad de su familia y se echa a escribir en el mundo», sin embargo el sufrimiento que pasabas no se puede olvidar desde sus primeros pasos hacia la emancipación y el exilio pasando por las circunstancias sociales y políticas de España en aquel momento, porque «[...] Concha no se abandona en el derrotismo y al menos reserva un destello de esperanza para los versos finales».

Concha al final confirma que “Quisiera tener varias sonrisas de recambio y un vasto repertorio de modos de expresarme. O bien con la palabra, o bien con la manera, buscar el hábil gesto que pudiera escudarme... Y al igual que en el gesto buscar en la mentira diferentes disfraces, bien vestir el engaño; y poder, sin conciencia, ir haciendo a las gentes, con sutil maniobra, la caricia del daño. Yo quisiera ¡y no puedo! ser como son los otros, los que pueblan el mundo y se llaman humanos: siempre el beso en el labio, ocultando los hechos y al final... el lavarse tan tranquilos las manos”.

Todo acto de emancipación implica una rebelión que Concha Méndez comprendió en términos de contradicción. La rebelión contra la sociedad tradicional del patriarcado, que imponía un destino femenino relegado al ámbito del hogar, se tradujo después en una rebelión contra las normas literarias prefijadas por un canon masculino. De ahí que, la rebelión se transformó en una contradicción entendida como una lucha, pero impulsada desde las sutilezas del intelecto. Así resurge como una mujer de perfil *garçonne*, irradiando modernidad y con un carácter deportivo que venía a desbaratar la “vinculación” modernista de la femineidad a “lo patológico y degenerado, lo decadente y perverso”.

Las aspiraciones de Concha Méndez en la industria del cine la llevaron a escribir seis argumentos para la pantalla. El conjunto de estos trabajos da perfecta cuenta de que, a pesar de sus frustradas incursiones (solo dos fueron adaptados y producidos, *Historia de un taxi* en 1927, y *Telas estampadas* en 1952). Su faceta como escritora cinematográfica, a pesar de constituir un componente esencial en su aventura estética y en su construcción identitaria como mujer artista de la época, todavía presenta múltiples lagunas. Las investigaciones realizadas hasta el momento suponen un buen punto de partida, sobre todo las reunidas y elaboradas por James Valender (2001a; 2001b), Rafael Utrera Macías (2000) y María José Bruña Bragado (2017). A estas cabría añadir otros estudios y ediciones como los de Bellver (1990), Bianchi (2006) y Bernard (2011), en los que dan cuenta de algunos aspectos cinematográficos en determinadas obras de la autora. Con todo, el conjunto de estos trabajos se ha centrado en los argumentos de corte vanguardista, de tal suerte que aquellos que Méndez escribió durante su largo exilio en México todavía no han sido tratados.

Su trabajo en el campo de la imprenta junto con su esposo Manuel Altolaguirre es inolvidable y ha dejado una huella muy importante al respecto tanto dentro de como fuera de España dentro durante los años del exilio, su marido dijo: "con Concha Méndez, mi mujer, continué trabajando en la imprenta, primero en Madrid, con la revista Héroe (1932) y luego en Londres donde publicamos la revista 1616 [...]. Desde entonces mis libros se alternan con los suyos. Mi Lenta libertad (1936) con su Niño y sombras (1936). Mi biografía de Garcilaso (1933) con su teatro infantil «El carbón y la rosa»".

La poeta Concha Méndez pertenece al grupo poético del 27, aunque muchos críticos eluden su figura, ya que la situaron a ella y a sus compañeras escritoras, exponentes de la "Mujer Moderna", poco más que en el limbo. Precisamente por esto, vemos la necesidad de arrojar luz sobre la génesis de esta generación literaria, sus metas y las condiciones de su surgimiento. La llamada hoy generación del 27 se formó curiosamente en abril de 1926, al amparo de una "improvisada y amistosa tertulia en uno de esos simpáticos cafés madrileños que amábamos", cuando un puñado de creadores de provincias pusieron

sobre la mesa la necesidad de celebrar el tercer centenario de la muerte de Góngora, así como de enaltecer su figura. La prensa sevillana se refirió a ellos como "un grupo de literatos madrileños".

Ese mismo afán de desnudez y de pureza poética, de eliminación de elementos no poéticos, que habían invadido la poesía española después de Bécquer [...] es el que van a heredar, siguiendo el ejemplo de Juan Ramón, los poetas de la generación del 27. En ellos va a llevarse a los últimos extremos el desdén por la poesía con argumento, con anécdota humana, por la poesía sentimental o realista. Por eso adoran a Góngora y su raro vuelo poético, que se eleva por encima de lo real y cotidiano. "El poeta es él mismo y su circunstancia". Ni los poetas ni su poesía fueron inmunes a las posteriores transformaciones que se volvieron capaces de transfigurar la poesía de lírica en épica, según las circunstancias por las que atravesaba España: la Guerra Civil Española y el eco de la Segunda Guerra Mundial, de modo que la poesía tuvo que pasar a formar parte del nuevo proceso de eventos. El escritor añadió:

Es evidente que ya en 1935 quedaba muy poco del clima estetizante y purista de los primeros años de la generación, sustituido por un clima de hervor y fiebre poética, por una temperatura de pasión y de vida que creció paralelamente al aumento de la temperatura política, que iba a culminar en julio de 1936. La guerra civil española iba a acentuar ese proceso de rehumanización de la generación del 27 y dejar atrás definitivamente aquellas posiciones estetizantes y minoritarias de los años veinte. Lo épico sustituyó pronto a lo lírico y los poetas escribieron romances. Una vez más hay que dar la razón a Ortega y a su famosa frase "Yo soy yo y mi circunstancia" que podríamos cambiar en esta otra: "el poeta es él mismo y su circunstancia" y esa circunstancia fue la terrible sacudida de la guerra civil.



La enseñanza universitaria en Marruecos durante la pandemia del Covid-19

Mohamed Ouahib. Universidad de Mequinez

A lo largo de todo el proceso de la enseñanza, esta ha conocido muchas transformaciones y reformas debido a ciertos cambios estructurales en algunos ámbitos de la sociedad. Por ello, nuestro interés por el tema relativo a la enseñanza universitaria en Marruecos durante la pandemia del Covid-19, viene motivado por la intensa e imprevista propagación de dicha enfermedad, cuyo impacto dramático y sus graves consecuencias han tenido una gran influencia en la vida humana en todo el planeta y han provocado una crisis sin precedentes en todos los campos, uno de ellos es la enseñanza. Por esta razón, las nuevas tecnologías y otros medios de comunicación digitales han dado un paso muy importante en el sector educativo, entre otros.

El mayor papel de la enseñanza en un mundo constantemente más tecnológico y digital contribuye a poner en práctica las vías de estudiar en línea, aunque en nuestros tiempos no ha sido sólo por las transformaciones tecnológicas sino por la expansión de la pandemia surgida a finales del año 2019, que sigue siendo preocupante hasta ahora. A causa de esta crisis sanitaria, el mundo ha sufrido mayores transformaciones en distintos niveles y aspectos, por lo que pretendemos acercarnos, de una forma parcial, a la influencia y repercusiones de dicha crisis sobre la enseñanza a nivel mundial, muy especialmente la enseñanza universitaria en Marruecos, procediendo a encuestar a 20 estudiantes de las Facultades de Letras y Ciencias de Fez y Mequinez –Departamento de Estudios Hispánicos–, constituidos por igualdad entre ambos sexos (10 hombres y 10 mujeres).

El mundo, hoy en día, está cada vez más liderado por la revolución tecnológica en la plena crisis de la pandemia, por lo que las habilidades de enseñar en línea se han convertido en una forma apropiada para ser exploradas en el sector educativo, llevando a lo que se denomina humanidades digitales a través de la interacción entre el profesorado y el alumnado, debido al uso de nuevas plataformas digitales en el que comparten informaciones y contenidos relativos a sus cursos.

Entre los problemas de la enseñanza universitaria durante la pandemia cabe señalar la mala conexión, falta del ambiente del aula y compañeros de clase, la costumbre y la falta del contacto directo con los profesores. Además, no faltan estudiantes que afirman que tal enseñanza no es adecuada en Marruecos.

Entre otras cuestiones de mayor importancia, casi la mitad de los estudiantes encuestados encuentra la enseñanza en línea menos estimulante, aunque reconoce que ha aprendido cosas nuevas de mucho valor. Sin embargo, la interacción y el entorno de formación en línea no son habituales tanto para el profesorado como para el alumnado.

Aunque la enseñanza está experimentando grandes cambios debido a la incorporación de las tecnologías digitales y la enseñanza en línea, parece ser que no permiten una calidad muy alta de aprendizaje. Pero algunos científicos y especialistas destacan que las nuevas tecnologías y la digitalización, aunque influyen en nuestras vidas de un modo no siempre positivo, son de gran utilidad para estudiar, impartir clases, obtener información, etc.

Cabe señalar también que a causa de la propagación de la pandemia todos los centros educativos tanto en Marruecos como en el mundo entero pasaron de una enseñanza presencial a otra en línea. La mayoría de los encuestados revela que el cierre de las instituciones educativas ha supuesto para ellos la primera experiencia en su vida, y que ha sido tanto positiva como negativa, aparte de novedosa e inquietante.

Estas nuevas medidas han contribuido, por un lado, al cambio del sistema educativo tradicional, y a la continuidad de la enseñanza sustituida por otra, a pesar de sus enormes desafíos consistentes en la experimentación de distintas formas de aprendizaje basadas en las nuevas tecnologías. Por lo tanto, aunque la enseñanza en línea ha tenido ventajas tanto para el profesorado como para el alumnado, muchos estudiantes y profesores no estaban preparados ni adaptados a este tipo de enseñanza; un sistema que ha afectado enormemente los estudiantes desfavorecidos y pertenecientes a la clase baja como dificultades de acceso a las clases en línea por falta de material y cobertura.

Es evidente que la universidad adquiere gran importancia como la formación completa de los estudiantes, porque son ellos quienes están al cuidado de la difusión de las ideas que proyectamos a lo largo de la historia, de la cultura y de la evolución social. Pero desestima la enseñanza de los últimos tiempos, ya que se ha degradado el objetivo del conocimiento, del mismo modo que los métodos llevados a cabo en la docencia.

Los estudiantes no están a la altura de los tiempos, ni de los conocimientos para el desarrollo de las disciplinas y de los oficios por los que han optado porque no han adquirido previamente una formación sólida de cultura, sino que se han centrado en el saber específico de cada profesión como un científico investigador.

Hoy en día, la pedagogía se ha alejado de la misión de la enseñanza al considerar que el fin de la educación es hacer de los estudiantes unos ciudadanos útiles para los fines de un Estado. Esto ha originado la enfermedad del tiempo actual hacia el progreso técnico, colocando la preocupación material en el centro como objeto de estudio en vez de ser el ser humano el centro de los problemas globales.

Para salir de esto, se tiene que volver a redefinir los estándares culturales básicos, reformando la universidad, dirigir en otro nuevo sentido la enseñanza; la cultura debe ser más urgente que la preparación profesional.

A partir de la cultura es cuando se puede comprender lo que es la vida, lo que somos, y el tiempo del que formamos parte. La cultura manifiesta las ideas vivas que marcan el presente. Con ella observaremos lo que hemos sido y la evolución de la historia como algo inherente en nuestro ser que es representado como vida viviente, como vida creadora en evolución hasta cada nueva modernidad para aportar algo nuevo y vivir a la altura de los tiempos.

Este enfoque, trasladado al plano universitario, invierte el modo de enseñanza; parte desde la perspectiva del alumno medio, de lo que necesita aprender y está en condiciones de aprender, y no desde la visión científica ni del profesor. Con esto se conseguirá dotar a todo estudiante universitario de una formación básica, de unos principios culturales vivos, plenamente incorporados y madurados por cada uno. Así, pues, es imprescindible reducir el contenido de las enseñanzas si no queremos que el alumno sucumba ante un cúmulo de ideas que no puede asimilar.

Como resultado de todo ello, la enseñanza universitaria en Marruecos, y en otros países, ha conocido profundos cambios derivados de esta crisis sanitaria a nivel mundial, pasando de una enseñanza tradicional a otra a distancia -en línea- afectando y transformando el sistema educativo en su totalidad. Pero queda claro que las enseñanzas hay que humanizarlas e integrarlas como un sistema vivo de saberes aplicables para y en consonancia con la vida, entrelazados con el cultivo de la tecnología, sin confundir la cultura con la ciencia. Con esta transformación, tanto en la cognición del sujeto como en la dirección y la aplicación del objeto, la universidad tomará vida y realizará su misión en su generación correspondiente.

El collar de la paloma, un milenio de literatura

Pedro Luis Ibáñez Lérica.

Mil años han transcurrido desde la aparición de esta obra universal. Su autor Abu Muhammad Alí Ibn Hazm, con apenas veintiocho años, concibió este bellissimo canto de amor en el año 1022.

LA BELLEZA ERIGIDA EN REFLEXIÓN. La primera traducción al español fue realizada en 1952 por Emilio García Gómez, reputado arabista y traductor, con prólogo de José Ortega y Gasset, bajo el título *El collar de la paloma. Tratado del amor y los amantes*. La última corresponde al profesor Jaime Sánchez Rata, en el año 2008, que adiciona un texto bilingüe, español-árabe. La aproximación del lector contrae la percepción inicial de encontrarse ante la visión del amor como declaración de principios, asidos a la esencial expresión del amante y los diversos vericuetos por los que encamina el gozo placentero, la tristeza melancólica o la ruptura, sino de su quehacer laborioso y anímico. Para este fin recrea con finura estética la caligrafía de las emociones y las situaciones vivenciales que arrastra su sentir. Finalmente, la belleza se edifica sobre la meditación contemplativa y se convierte en faro bautismal y orientador en la felicidad y la zozobra.

UN MILENIO DE LITERATURA. Si bien la perspectiva histórica es necesaria en la lectura, lo debe ser en su justa medida. Pues la dimensión del asunto al que se entrega lo hace intemporal. De ahí la virtud que concierne y sustrae a esta obra de todo matiz vetusto. La prodigiosa fortaleza y vitalidad radica en la introspección mágica que la nutre con reminiscencias helénicas, persas, árabes y andaluzas. Se trata de una crónica apegada al trasunto amoroso de la época. Las historias se suceden hasta crear una trama luciente de relaciones con las que se describen los estados del amor. Ibn Hazm el Andalusí se expresa de esta manera como intención y fundamento de la obra, «Me has pedido, Dios te honre, que componga para ti una risâla en la que pinte el amor, sus aspectos, causas y accidentes y cuanto en él o por él acaece; y que esto lo haga con veracidad, sin desmesura ni minucia, sino declarando lo que se me ocurra tocante a cómo es y a cómo se presenta, hasta donde llegue mi memoria y mi capacidad de recordar».

EL AMOR, ETERNIDAD PLEGADA EN EL CORAZÓN. La ascendencia de la literatura arabigoandalusí confiere su expresión mayor en el testamento que profesa para la literatura en lengua española y, posteriormente, en su despliegue en América. Atendamos a la referencia investigadora del profesor Antonio Carrillo Alonso definida en las obras *Fernando de Herrera, Gongora y Soto de Rojas: su relación con la lírica arabigoandaluza* y *La poesía tradicional en el cante andaluz. De las jarchas al cantar*. De las trescientas hojas de las que estaba compuesto el manuscrito original, en la única copia conservada en la universidad de Leiden y fechada en 1338, el copista señala que ha resumido la obra. Convengamos que este desenlace caprichoso pueda tener en el futuro la réplica en el hallazgo del manuscrito con la obra completa. Aún amputada esta, la idea del amor como núcleo existencial pervive en este vestigio. Metáfora de su trascender en el tiempo que llega a hasta nosotros entre sístole y diástole de “el más célebre de todos los sabios de al-Andalus”, como así manifiesta el historiador al-Marrâkušî ciento cincuenta años después de su muerte, en *Historia de los almohades*.

HOLLADO EL CAMINO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. En la lectura de esta obra intemporal caminamos por el sendero de la palabra hasta entrecruzarnos con *El libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita. El personaje de Trotaconventos, precedente de *La Celestina*, de Fernando de Rojas y, como señala el profesor Govert Westerveld, autoría tanto de este como de Juan del Encina y Juan Ramírez de Lucena,

se pliega sobre la figura de la alcahueta. El sustantivo de origen árabe es lo suficientemente explícito en la intermediación de mensajería amorosa entre el amante y la mujer casada, cuya resonancia en el Quijote como inculpado por «corredor de oreja» y, como consecuencia, galeote, la encontramos el capítulo XXII de la primera parte de la novela contemporánea, ya editada en el siglo XVII. Hablamos, entonces, de la tradición como vocación de futuro y vaso comunicante entre la obra de Ibn Hazm y del Arcipreste de Hita. No se trata de establecer analogías o negarlas. Sencillamente del decurso natural de la literatura y su corriente que irriga el influjo sobre las creaciones futuras, en una reversión permanente entre precursores y herederos. Al fin y al cabo, la tradición es la modernidad del porvenir sobre la que esta se afianza. Y desde este concepto, que bien pudiera entenderse de apreciación subjetiva, sin rigor científico y como mera opinión más o menos acertada, lo cierto y verdad es que las dos obras concitan la mirada sobre el amor como expresión de profundo humanismo. ¿Lo lírico y narrativo persiguen un fin didáctico? Por supuesto que sí. Como toda obra literaria ambas son producto del contexto en el que fueron escritas. Mas como lectores del siglo XXI esta apreciación, sin dejar de ser importante, lo es menos para dejar paso al verdadero fundamento que contienen como deleite y gozo en la aproximación y abundamiento en el amor, que junto con la muerte y el paso del tiempo constituyen la triada fundamental sobre la que se asienta la reflexión literaria y su pensamiento ecuménico escrito. La lectura se erige, entonces, en el verdadero acontecimiento para el que fueron concebidas aquellas: la liturgia del disfrute. A riesgo de parecer primario, el valor añadido a lecturas que como estas atraviesan el tiempo y se presentan inéditas ante nuestros ojos, es equiparable a los paisajes de la naturaleza modificados lentamente, de manera casi imperceptible, por los agentes geológicos. La erosión contribuye a modelarlos. De la misma manera el tiempo literario avanza encontrándose con lectores de diferentes épocas que con su lectura renovadora la hacen otra, siendo la misma.

EL EXILIO Y LA BELLEZA, ENCUENTRO Y CREACIÓN. Córdoba, la capital del califato, había sido saqueada por los bereberes africanos. Ibn Hazm se retiró a Játiva (Valencia), luego de sufrir cautiverio. En la distancia de su amada ciudad y, quizás como alivio de su amargura y dolor, emprende esta travesía amorosa. Haciendo de su escritura un hilo briscado que con excepcional maestría labora, ofreciéndonos un riquísimo guadamecí donde las historias recreadas por su sencillo y depurado estilo narrativo se ven intercaladas por episodios de profundo lirismo. La belleza es un cálculo proporcionado del autor que rezuma lo justo para que se derrame sobre el siguiente episodio y así mantener la estela de aquella durante la lectura. Como señala la profesora Natividad Nebot Calpe, «El amor, para Ibn Hazm, es un accidente. Empieza en broma y acaba de veras. Porque es sublime, los sentidos son sutiles para captarlo y no es posible entender su esencia, sino tras dilatado esfuerzo y empeño. El amor en aquella sociedad musulmana del siglo XI no estaba reprobado por su santa Ley ni prohibido por la fe». De este «accidente» el autor cordobés compila un tratado amoroso que ha llegado hasta nosotros tras azarosas vicisitudes. El milagro literario vuelve a asombrarnos para reconciliarnos con la memoria del ser humano y su incontestable necesidad de adentrarse en el misterio que somos.

HARÉN, EL CORAZÓN FEMENINO DE IBN HAZM. Nacido en el año 994, en *Munyat al-Mugira*, barrio de funcionarios y cortesanos cordobeses. Hijo del visir de Abd al-Malik al-Muzaffar, hijo y sucesor de Almanzor. Las primeras enseñanzas, lectura y escritura, fueron fruto de las mujeres con las que convivió en aquella estancia. Esta apreciación no es baladí si tenemos en cuenta esta obra y su conocimiento sobre los recovecos amorosos que con tanta minuciosidad y perspectiva alcanza en las relaciones que aquellos suscitan. De ahí que se exprese de esta manera tan elocuente, «*He intimado mucho con mujeres porque me crie en su regazo y crecí en su compañía, sin conocer a nadie más que a ellas y sin tratar a hombres hasta que llegué a la edad de la pubertad en el que vello comenzó a sombrearme las mejillas. Ellas me enseñaron el Alcorán, me recitaron no pocos versos y me adiestraron en el arte de la caligrafía. Desde que llegue a uso de razón, todavía en la más tierna niñez, no puse mayor empeño ni emplee mi ingenio en otra cosa que en saber en cuanto les concierne, en estudiar cuanto les atañe y en allegar en estos conocimientos. Luego no olvidé nada de lo que en ellas vi*». Su relevancia y compromiso político e intelectual con la dinastía omeya contribuyeron a su ostracismo. Su erudición filosófica, jurídica, histórica y teológica conforman un catálogo de ciento cincuenta obras. Entre ellas tratados sobre gramática, lexicografía, retórica, literatura, lógica, genealogías, medicamentos simples, epístolas filosóficas, jurídicas y teológicas. Fueron

quemadas por orden del emir abadí al-Mu'tadid del reino de taifas de Sevilla. Retornó al exilio, por orden este, residiendo en la alquería familiar de *Munt Lisam* en Montija (Huelva), en la tierra de *Labla* y lugar de procedencia de sus abuelos hasta su muerte en el año 1064. Por más que sean conocidos estos versos, no dejan de tener triste vigencia. Los libros continúan hoy considerándose una amenaza por el poder. Son espacios de libertad donde se cultiva el librepensamiento: «*Dejad de prender fuego a pergaminos y papeles, / y mostrad vuestra ciencia para que se vea quien es el que sabe. / Y es que aunque queméis el papel / nunca quemaréis lo que contiene, / puesto que en mi interior lo llevo, / viaja siempre conmigo cuando cabalgo, / conmigo duerme cuando descanso, / y en mi tumba será enterrado luego*». La grandeza del canto amoroso de *El collar de la paloma*, trasciende la llama voraz del fuego y se eleva sobre él con las alas de la belleza, para cautivar las almas sensibles e inteligentes que contemplan su vuelo tras existencia del tiempo.

La narrativa elocuente de Antonio Muñoz Molina

Pedro García Cueto

Francisco Morales Lomas ha coordinado un estupendo ensayo donde se recogen artículos dedicados a analizar la obra de Antonio Muñoz Molina. No hace falta decir que Muñoz Molina ha creado un cosmos narrativo donde viven muchos personajes, muchos espacios y también ha ido fraguando a lo largo de su trayectoria literaria un espacio para la meditación, donde la literatura se convierte en un espejo de reflexión. La necesidad del escritor de entender la palabra como un tejido donde va creciendo el tapiz de la creación ha sido una constante en Antonio Muñoz Molina.

Francisco Morales Lomas habla de una visión general de su narrativa, centrándose en *La noche de los tiempos*; Fernando Valverde nos habla de la Lisboa que da sombra al asesinato de Martin Luther King; Nieves García Prados reconstruye la historia real en la que está basada la novela *Plenilunio*; Antonio Varo y José Antonio Santano se centrarán en *El jinete polaco* y en *Mágina*, espacio de ficción donde Muñoz Molina ha creado un universo literario. Rafael Ruiz Pleguezuelos y José María Barrera López hablarán de *Sefarad*, novela que nos lleva al exilio y al desarraigo. Raquel Lanseros entenderá la narrativa de Muñoz Molina centrandó su texto en el tema poético, porque la prosa del autor es también un espejo de lo lírico. En Muñoz Molina respira todo un mundo de imágenes, de sensaciones, de evocaciones. Antonio Rodríguez Jiménez hablará de la huella de Muñoz Molina en los poetas de los 80, teniendo como espacio de encuentro *El invierno en Lisboa*.

En los últimos apartados del libro podemos aprender mucho con las reflexiones de Manuel Ángel Vázquez Medel en el análisis político de la novela Todo lo que era sólido y la idea de la literatura como utilidad o espacio inútil desde el punto de vista práctico, pero necesario para el crecimiento personal en el artículo de Remedios Sánchez García.

Con estos mimbres, el libro analiza todos los espejos del mundo literario del escritor, porque la diferencia de prismas nos abre a una reflexión: ¿es Muñoz Molina un autor esencial en nuestra literatura? Indudablemente sí, por la hondura de sus novelas y por ese aspecto ensayístico que ha ido adquiriendo sus últimos libros, donde se plantea la necesidad de la evocación del pasado o la renuncia a mirar al ayer y aceptar el tiempo actual.

En el artículo de Rafael Pleguezuelos titulado “Belleza a la espera: inmovilidad y juegos de memoria en la narrativa de Antonio Muñoz Molina”, dice el autor algo muy importante en Muñoz Molina, la nostalgia, porque es clave en su narrativa, hay algo que siempre se evoca y en un presente parece que sus personajes viven anhelando lo no vivido, recordando lo que ocurrió o esperando algo que no llegará:

“La nostalgia es una neblina tan densa en la producción del novelista andaluz que ocupa cuanto escribe, ya esté realmente dirigido al pasado o, más llamativamente, a ese futuro sobre el que se especula” (“Belleza a la espera: inmovilidad y juegos de memoria en la narrativa de Antonio Muñoz Molina”, Rafael Pleguezuelos, p. 125).

Y en el artículo de Antonio Varo Baena titulado “La melancolía de Antonio Muñoz Molina en la novela”, incide en la idea de ese regreso a la infancia, como la etapa de la felicidad, pero el escritor vive aún en su ensimismamiento, porque sabe que hasta el pasado contiene infelicidad:

“En *El jinete polaco*, el sentimiento melancólico se hace explícito en el recuerdo del niño que fuimos; el paraíso perdido de la infancia es un estímulo demasiado fuerte para ensayarlo y al tiempo incómodo” (La melancolía de Antonio Muñoz Molina en la novela”, Antonio Varo Baena, p. 99).

Es incómodo, porque del pasado también se extrae una melancolía, como si el niño fuera ya un ser melancólico, de la vida que no está viviendo e imagina.

Incide en la idea de la creación como un fresco sobre el tiempo en *El jinete polaco*, Francisco Morales Lomas en su artículo “Perspectivas sobre la narrativa de Muñoz Molina” cuando dice:

“Pero también esta novela es un encuentro con sus propias raíces, con la memoria y con los territorios de la infancia que llegan una y otra vez en forma de situaciones envolventes como la del cuerpo emparejado o la del retratista” (“Perspectivas sobre la narrativa de Muñoz Molina”, Francisco Morales Lomas, p- 28).

Y siempre, como dice Morales Lomas, la ciudad natal, Mágina en su novela, territorio onírico, como la Comala de Juan Rulfo o el universo de García Márquez o de Faulkner. Muñoz Molina sabe muy bien que el espacio de la novela es también protagonista, que respira a través de las páginas y así su Mágina es la ciudad del recuerdo, la ciudad de la infancia, pero también testigo que mira a los seres humanos, que los radiografía en el tiempo.

Como dice José María Barrera López en su artículo “Exilio y novela”, cuando se refiere a *Sefarad*, hay en Muñoz Molina un exilio interior, afectivo, que va desde la realidad del destierro de tu patria al destierro de tu lugar en el mundo, más hondo todavía, lo que lleva a la melancolía de la que hablaba antes y que nutre toda su obra narrativa.

Es la obra de Muñoz Molina un ejercicio de deudas a dos grandes, como nos recuerda Raquel Lanseros en su artículo: “Pura alegría: una aproximación poética a su literatura”, porque Max Aub y Onetti son dos cimientos donde ha creado el escritor una mirada, como confesó en su Discurso de Ingreso en la Real Academia Española el 16 de junio de 1996.

Y como señala acertadamente Manuel Ángel Vázquez Medel en su artículo “Una serena e inaplazable rebelión cívica”, es la mirada. Cita para ello las palabras de Justo Serna, el cual escribió un importante estudio titulado Antonio Muñoz Molina. *El tiempo en nuestras manos*, editorial Fórcola, (2014), donde señala en el prólogo es la mirada, atenta, con la que escruta los hechos, con el rigor implacable del que novela sabiendo que el ensayo y la novela son todo un tejido, un tapiz que se une, donde los géneros convergen. Ya no podemos hablar de un género, sino del encuentro en un hallazgo lingüístico de todas las formas posibles de la creación.

Y la sensación de hallarnos ante un escritor cuyo afán es encontrar en su obra la luz que amaine su soledad, porque, para el escritor de Úbeda, la literatura es un ejercicio lejos de lo social, envuelto en la madeja del lenguaje, de sus prismas, de los espejos que ha ido cristalizando en una obra madura y llena de convergencias. Lo dice así Antonio Rodríguez Jiménez, cuando en su artículo “La huella de Muñoz Molina en los poetas de los ochenta a través”, dice:

“Para Muñoz Molina la literatura es soledad y la vida literaria es tumulto. El trabajo de escritor o de lector es absoluta soledad, aunque en la vida literaria se convierta en actor. Él sabe que no tiene más remedio que publicitarse, aunque el mayor tiempo lo utiliza para encerrarse y crear” (“La huella de Muñoz Molina en los poetas de los ochenta a través”, Antonio Rodríguez Jiménez, p. 179).

Y la idea de la melancolía también está en *Beltenebros*, en *El invierno en Lisboa*. La obra narrativa de Muñoz Molina es un fresco que habla al mundo interior, que busca a través del lenguaje, muchas veces poético, la luz que nos lleva a la conciencia y a vernos en un espejo del tiempo. A través de sus personajes, vemos al hombre que se busca en otros paisajes, el que anhela otro amor, el que sueña otra vida.

Estamos ante un libro que incluye también un interesante artículo de Luis Antonio Espejo-Saavedra Santa Eugenia cuando hace una comparativa entre Baroja y Muñoz Molina. Ambos narradores crean un espacio y unos personajes que respiran y que nos envuelven en la nostalgia del tiempo, el vivido y el que imaginamos.

La edición que ha hecho Francisco Morales Lomas es espléndida y los artículos son todos de primera calidad, donde se hace un análisis detallado de novelas y de las miradas de Muñoz Molina a la literatura. Editado por Peter Lang, en Bruselas, es un estupendo ejercicio de análisis que confirma la calidad literaria

de un narrador que traspasa la página, que va más allá de la historia que cuenta y que penetra en nosotros con la sensación de buscar, a través de una melancolía ante la vida, ese espacio que se nos escapa, ese lugar que soñamos y que, al despertar, ya no está con nosotros.

Muñoz Molina se convierte así en un narrador que ha dejado en su mirada muchas voces que aún suenan en nuestro interior, porque la escritura y la creación ya es inmortal y nos sobrevivirá. El escritor, condenado a desaparecer como todos los demás, deja en su obra la huella de un tiempo y de un espacio que siempre volverá a aparecer para generaciones futuras, porque la condición humana siempre es la misma, pero la mirada del escritor es única y permanecerá cuando ya no estemos.

BIBLIOGRAFÍA:

LA NARRATIVA ELOCUENTE DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA, edición de Francisco Morales Lomas, Editorial Peter Lang, Bruselas, 2022.

APUNTES



Archivo de Paloma Fernández Gomá

La luz en la poesía completa de Francisco Morales Lomas

La paradoja del tiempo, poesía reunida, 1981-2021. Francisco Morales Lomas. Editorial Diputación Provincial de Jaén. 2022

Pedro García Cueto

La Diputación de Jaén ha publicado *La paradoja del caminante* que recoge toda la poesía completa de Francisco Morales Lomas, ensayista, narrador, poeta y además hombre de larga trayectoria en las letras, siendo, desde hace muchos años, profesor en la Universidad de Málaga. Pero además es académico de Buenas Letras de Granada, de las Artes Escénicas de España, de la Real Academia de Córdoba, de las Nobles Artes de Antequera, etc.

Con una trayectoria como la suya, tan completa y llena de méritos, acercarse a su poesía es un reto, y, más aún, cuando nos hallamos a su poesía completa. El título ya nos dice que nos hallamos ante un hombre que camina, como la cubierta de este voluminoso libro donde vemos a un hombre o una mujer caminando por un paisaje. Es el paisaje la vida que ha ido construyendo, el tapiz que ha ido componiendo, desde la creatividad enorme que ha cobrado su obra, con tantos libros publicados y artículos en revistas, como el esfuerzo por la docencia que también ha cultivado y cultiva muchos años. El telar que ha tejido, con mucho esmero, ve la luz en este tomo donde está su pensamiento, sus indecisiones, sus dudas existenciales, su temor y su dicha ante la vida.

Como es imposible abarcar todo el libro, sin hacer un estudio completo, que llevaría a un libro, quiero sintetizar su mirada en algunos poemas y en algunos libros, que despiertan ese asombro del poeta que uno es y que reconoce en el otro sus mismas dudas existenciales.

La literatura, como una corriente de luz que atraviesa el tiempo y que nos va dejando huellas en el camino: tantas lecturas que ya forman parte de nuestra vida, cobra en este libro su resplandor. En el libro *Basura del corazón* que data de 1985, cito unos versos del poema "Paisaje ictérico", cuando dice:

"Todo ofrece un singular cambio / desde que la sangre se ha hecho paisaje. / El mar surgió de pronto falaz / como un silencio que golpea nocturno, / como una infección de crepúsculos",

Sin duda alguna, ya late el hombre que ve al mundo como un paisaje herido, además la grandeza del mar que es símbolo de la vida y que va unido a su tejido existencial por su universo andaluz, de su tierra malagueña, vive y respira en el poema. Y el silencio que está presente, porque Morales Lomas sabe que la vida también es quietud, lentitud, miedo y sombra.

Y la idea de la canción está presente en toda su obra, dice:

"La canción nocturna se repite sin cesar..."

Esa canción del agua que es el tiempo, esa copla que nos habla ya del Sur y de la luz y la sombra de la vida.

Incidirá en ello en *Surcos en la almohada* (1987) cuando expresa en el poema "Cinta de fuego", estos versos:

"Carne de hojas / y en tu mirada / la sombra. / Cinta de fuego / y en tu desierto / mi cuerpo. / Solitaria sierpe / que en la corriente del agua / me vence. / Solo en ti mi espejo / y el eco del viento".

Morales Lomas expresa el vivir como ese espacio donde la sombra crece, como un árbol que lo cubre todo, además, en el desierto, nace la voz del hombre que anhela la felicidad. Y de nuevo el agua, porque es el símbolo de la vida, como aquellos enamorados, en las cantigas de amigo, que buscaban en la fuente el encuentro amoroso. Hay tradición andaluza en la obra poética de Francisco Morales Lomas, pero también de todo lo hispano, de lo folclórico, de lo tradicional.

Y su pasión por el mar, cuando dicen en el poema del mismo libro “Aliento marino”:

“¡Qué lejos el mar! / y el agua salada que va cayendo / despacio por mis ojos / como un manantial antiguo”.

En *Aniversario de la palabra* (1998) toca el tema de la soledad en el poema titulado “La soledad te mira”:

“El espejo es tu guía, el báculo / que asiste al entierro de las horas, / ese paseo por la eternidad de un instante”.

Consciente el poeta de la felicidad como un instante, conoce que el espejo es también el vidrio donde uno mira el tiempo, donde ve pasar la vida, donde todo se recoge, donde vuelven los padres, el olor a la tierra, la luz de la mañana.

Hay en toda su obra una duda existencial, que va componiendo una poesía que es un telar, un tapiz lleno de luces y sombras.

Habla de su padre en “La camioneta de la niebla” porque vierte el pasado a su voz cansada, donde los ecos de los que no están vuelven de nuevo. La poesía se convierte en demiurgo para atravesar el tiempo y hacer de los instantes de evocación una luz que ciega, un resplandor que abraza.

Y en *La isla de los feacios* (2002), dedicado a sus hijos, recuerda a la madre, ese resplandor de su mirada, esa luz que abría las sendas de la vida. El poema “Un cántaro de brasas” nos dice:

“¡Mamá!, te llamaba, y eras agua abierta, / La sensación de un cántaro en los labios, / Agua que retorna a su quebrada luminosa / Como las golondrinas regresan al verano”.

Y la vida que asombra con el eco de un mundo gris, donde se vivían “abrazos de esparto” y le arropaban “brazos de viento”, que eran los de la madre en la pobreza que convierte luego su vida en un halo de generosidad y de grandeza personal.

Todo ese tejido está en libro, late en cada verso, porque la madre tiene “nombre de cántaro”, esa que vuelve e ilumina y ciega con el resplandor del abrazo y de la mañana donde crecen sombras llenas de ternura.

Y en *Puerta del mundo* (2012), dedicado a su padre, donde respira el tiempo, que ya va encontrando el sosiego, todo se resucita con la voz del poema, convertida ya en brasa de un tiempo amado. Cito estos versos:

“Cielo azul de mi infancia, los árboles distantes, / la vida, que despierta de su profundo letargo, / se rebela suave en su impávida belleza”.

Y el poeta se convierte en “Dios”, enamorado del mundo, comprendiendo que nuestra oportunidad está en el instante, en la eternidad de contemplar el mar, de dejarse llevar por el ritmo de las olas o por un recuerdo de la niñez. La Naturaleza cobra esplendor y convierte el poema en un recuerdo que vuelve y torna al niño en adulto para que vuelva a ver el mundo con los mismos ojos de entonces.

Y de su último libro *El año del cielo* (2021), ya ha encontrado la calma, el sosiego suficiente para vivir la vida con placidez, cito unos versos del poema dedicado al gran poeta José Sarriá titulado “Este silencio de ahora”, cuando dice:

“Este silencio de ahora / nace del polvo, / del pálido reflejo / de no querer mudanza. / Es un silencio que viene de antiguo”.

Completa así, hasta la actualidad, una obra en la que conoce muy bien el sentido de la vida, su sosiego, la importancia de la memoria, del mundo que esplende fuera, todo cobra relevancia.

Estamos ante una obra donde hay ecos de una Andalucía amada, hay querencia del mar, de la infancia, de esos tiempos pasados y de la descendencia que es la promesa de un tiempo mejor. Gran poeta Francisco Morales Lomas que convierte al poema en un tejido fino y sensible por donde transitamos como el caminante ante el desvelo de la vida. Hay ecos de Machado, de Cernuda y de tantos otros, pero, por encima de todo, amor a la vida, que es llama que se enciende en cada verso de esta poesía completa de un sabio de nuestro tiempo.

La luz poética de Alejandro Duque Amusco

Un único corazón, Alejandro Duque Amusco. Editorial Pretexto, 2022

Pedro García Cueto

Nacido en Sevilla, pero afincado en Barcelona, el poeta sevillano siempre ha tenido una lírica que expresa la belleza, el sentido sensorial del mundo. Como si resucitase el espíritu del grupo cordobés de Cántico, Duque Amusco ama la palabra y acaricia el verso con la ternura del amanuense.

En *Un único corazón*, editado por Pre-textos, el poeta expresa la luz que se prende del paisaje, porque ama ese colorido de la Naturaleza, siempre esplendoroso. Es consciente de la belleza de un universo que solo encuentra la serenidad en el paisaje exterior. Dice en “Llegada”:

“Has vuelto a este jardín con su silencio oscuro, únicamente / roto por un fondo de mirlos que vuelan en los pinos. / Como un panal de luz, bulle la tarde en oros apagados”.

El “panal de luz” es el mundo que bulle en su belleza y que reconoce el poeta, ya enamorado de ese Sur maravilloso al que pertenece. Dice en el poema, al final del mismo: “El tiempo es una lluvia de luz y de cenizas”. Claro tempus fugit, vida que se va, donde la lluvia es el llanto y las cenizas la muerte de tantos que van dejando a su corazón herido.

En el segundo apartado titulado “Servidumbre de amor” dice en “Primera muerte”:

“Somos la realidad que respiramos. / Hoy me duelen los ojos de no verte”.

En este poema el amor cobra todo sentido, dirá también: “Pero no tu recuerdo, ese reverso frío. / No me des tu recuerdo”.

Consciente de que la muerte es el acabamiento de todo, Duque Amusco se aferra a la vida, en ese afán de permanecer, de poder seguir brillando en la luz exterior, en el paisaje amado, en la piel que acaricia. Sabe bien que el recuerdo ya es un eco que se va disipando, un leve paso hacia la Nada.

Como el maestro Brines decía la Nada es el fondo de todo, insistimos en el engaño, pero al final hay demasiada vida para una despedida.

Y en “Para una reina de corazón gitano” vuelve el eco andaluz, esa primavera del canto que se asocia al mundo lorquiano, a la tierra amada, al eco cernudiano que brilla en cada calle. Como si el sur volviera, desde su Barcelona, Duque Amusco lleva en las entrañas la belleza del cante jondo, que es la vida transformada en música eterna:

“Eras la sed y la fuente / eras el hambre y el pan. / La vida que sabe a muerte”.

Ese contraste permanente entre vida y muerte está presente en el libro, es un latido que nos sumerge en nuestra condición de seres mortales que un día han de desaparecer.

Y es “Memento”, el eco dirigido a los muertos, a todos aquellos que amó, desde la literatura y desde la vida, en continuo diálogo con él. Por ello, dice en el poema “Una copa de vino a los muertos”:

“Voces amadas, voces puras... Hablan con la serenidad de / quienes saben que el telón ha caído / y que las llamativas vestiduras han quedado tiradas por el suelo”.

Y dice además unos versos que nos dejan heridos para siempre: “La muerte es un refugio sitiado por palabras”.

Volvemos a aquellos que amamos y no morirán del todo si los recordamos, en ese afán de querer de nuevo al que se va, como si desmintiese al gran Cernuda cuando nos decía en “Donde habite el olvido” que todo será una “piedra sepultada entre ortigas”.

Sin duda, Duque Amusco busca resucitar a los muertos, que vuelva, que le hablen en ese vacío terrible de la soledad de la casa, cuando ya no hay nadie, tan solo recuerdos.

Y en “Zona crítica” laten y respiran poemas dedicados a Claudio Abbado, a Silvia Pérez Cruz, una mujer de inmenso talento, con una voz inolvidable. Pero cito, para concluir, el poema entero de “Inspiración” que es resumen de ese afán de volver a la belleza, de resucitar a los muertos, de amar la vida, como si conversara de nuevo con Brines o con Lorca en un espacio de sueño que nos queda cuando nos sabemos mortales:

“El camino a la fuente / hay que andarlo, despacio, cada día, / y no para beber (pues quizás sed no tengas) / ni para hallar frescor junto a la sombra. / El camino a la fuente se recorre / solo por no olvidar / la eterna canción del agua”.

Esa “eterna canción del agua” es la poesía, la escritura existencial que nos ata a lo que somos, a la belleza que poseemos y que no queremos ver morir. Anclados a la vida, escuchamos el cantar del agua como el que oye un rumor en la penumbra donde nuestros seres queridos regresan y nos hablan en concierto y comunión.

Hay en el libro lirismo, verdadera poesía, de un poeta que ama las palabras, que conversa con los muertos, que sabe que en la Naturaleza está el secreto del mundo. Naturaleza que nos hace eternos un momento, para volver luego, ya en la soledad de nuestro cuarto, a nuestra angustia existencial. Libro que desnuda la voz de un poeta que canta con el eco del Sur cuando muere la tarde.

Mohamed Lemrini El Ouahabi, *Del Río Amakran al Manzanares. Memorias de un sobreviviente*

Prólogo de Mohamed Abrighach. Madrid: Diwan Mayrit, Colección Literatura Marroquí en Español (LME), 2022, 160 págs.

Mohamed Abrighach

Lemrini El Ouahhabi tiene varios relatos publicados, pero *Del Río Amakran al Manzanares. Memorias de un sobreviviente* es su primer libro que edita este año Editorial Diwan Mayrit en su Colección Literatura Marroquí en Español (LME).

Del Río Grande al Manzanares es un libro de memorias en que el autor narra siempre a base de sus recuerdos, con estilo entre ameno y sobrio, con detalle a veces, con brevedad otras, los principales hechos, acontecimientos, experiencias, vivencias que marcaron su vida, desde su infancia en Tamsaman, en un pueblo del Rif más profundo, su adolescencia entre Nador y Tetuán hasta su llegada a Madrid para continuar sus estudios a principios de los setenta, ciudad en se queda luego el resto de su vida, casi cincuenta años, pero no sin ir y venir con frecuencia a Marruecos por vínculos familiares.

Del Río Grande al Manzanares es uno de los pocos textos memoriales escrito por un marroquí, o un hispano-marroquí en lengua española narrando su vida transcurrida entre las dos orillas desde los años cincuenta hasta hoy en día. Contribuye a llenar el déficit que tenemos en este género poco cultivado y ofrece, por eso, una aportación y una nueva perspectiva en el enfoque de las relaciones hispano-marroquíes.

Lemrini El Ouahhabi procede de una gran y conocida familia del Rif central, de Tamsaman, los wahhabí, que desde el principio se dedicó a los negocios y a la cultura, cuyos miembros llegaron a desempeñar, y lo siguen siendo, cargos oficiales y profesiones liberales muy importantes dentro y fuera de Marruecos. El abuelo o bisabuelo, según narra el mismo autor, participó en la lucha anticolonial en Annual con Abdelkrim, allá por los años veinte del siglo pasado. Lemrini El Ouahhabi tiene una formación hispanófona y forma parte de esta última promoción de los alumnos que estudiaron en español y que alcanzó muy relativamente la arabización lingüística improvisada en la época y pudo así seguir sus estudios de grado en la Universidad Complutense. Era uno de los pocos marroquíes que estaban estudiando en Madrid, sobre todo, en una carrera muy nueva y técnica como la de comunicación audiovisual, en que se licenció en 1976 y se doctoró en 1991. Es un hispanista *sui generis*, poco conocido entre el hispanismo filológico marroquí, porque es un experto en comunicación audiovisual, periodista y reportero, aparte de investigador en otros temas, principalmente relacionados los medios comunicación en Marruecos, el cine español colonial y el marroquí poscolonial.

El hecho de pertenecer a la última élite hispanófona del norte de Marruecos adquiere considerable trascendencia en el libro que reseñamos porque el autor nos cuenta por experiencia y conocimiento de causa los ecos siniestros que tuvo sobre él y los demás la política de arabización y la correspondiente francofonización de la educación y la administración que se llevó a cabo de modo improvisado y sin previsión por el Marruecos independiente. Una política que fue muy injusta y creó desajustes nada perdonables hipotecando el futuro de unos, y dificultando la vida a otros. El mismo Lemrini El Ouahhabi pudo seguir sus estudios de grado en Madrid por la buena beca que le concedió el gobierno español que le permitió conseguir sin problemas y cómodamente licenciatura en comunicación audiovisual casi a finales de los setenta, época en que no había graduados en esta carrera.

Del Río Amakran al Manzanares hace una sutil radiografía de las relaciones hispano-marroquíes, pero desde una perspectiva no político-histórica, como es común en muchas de las monografías dedicadas a la cuestión, sino personal y subjetiva y en base a la experiencia del autor en y entre las dos orillas. Lemrini El Ouahhabi es, por así decir, un híbrido, un verdadero autor hispano-marroquí, con una doble pertenencia que asume sin complejo y con sana naturalidad.

Por una parte, se siente muy moro, no deja de reivindicar su origen amazigh y siempre con constante vinculación familiar con el país. Es muy crítico, sin embargo, con el mismo por su corrupción y falta de libertades, razones entre otras que le llevaron a apoyar sin ambages desde Madrid el Hirak del Rif y las reivindicaciones sociales y de igualdad que el movimiento protestatario vehiculó en su momento muy pacíficamente. Es muy interesante lo que cuenta el autor de la relación de su familia, padres, hermanos y allegados, primero, con España a través de sus viajes en los años sesenta y setenta, particularmente a Córdoba y Granada, y segundo con Melilla a la que iban a menudo desde Nador para ir al cine, de garbeo y repostar agua de Trara. La experiencia de una hermana suya con la enfermedad y el papel desempeñado por un médico español residente en Melilla para su curación es un ejemplo de confluencia hispano-marroquí muy modélica. De haber sido general en aquel entonces hubieran cambiado para mejor el cauce de nuestras relaciones con lo español.

Es de igual interesante la experiencia muy bien narrada de su trabajo como periodista reportero en lengua árabe en la radio y televisión marroquí durante medio decenio con un salario mínimo de un poco más de 200 dirhams. Lo es a doble partida. Por un lado, revela los chanchullos burocráticos, basados en enchufes y amiguismo de todo tipo, que en aquel entonces dominaban en la gestión de la institución. Por otro, la censura dominante y el férreo control previo de naturaleza política e ideológica por parte de los agentes del Ministerio de Interior de cualquier información sensible, a parte de su presencia constante en las dependencias. A ello se debe añadir, por supuesto, las estrecheces económicas que suponía conllevar ganando el salario que se ganaba que daba para poco en una capital muy cara en todo.

Por otra parte, y en igual medida, se siente muy español y a gusto en España cuya nacionalidad adquirió, con una vida ejemplar de concordia, convivencia, respecto con la familia de su matrimonio, sus amigos y compañeros de trabajo. Se considera un hijo de Madrid en la que se siente más que integrado y adaptado. Tal vez no podría ser de otra manera después de casi medio siglo de vivencia emocional laboral y ontológica en el país y en la capital, casi el doble de lo vivido en Marruecos. Una significativa visión meliorativa de España que se contradice con no pocos de los relatos hechos a este propósito, bien por emigrantes marroquíes afincados en España, bien por españoles de origen marroquí, en que se tiende a dar una perspectiva negativa con espíritu, a veces, de victimización, otras, crítico, con las políticas oficiales en materia de diversidad y libertad de oportunidades.

Es muy interesante la descripción que hace el autor de algunos detalles o escenas de la vida estudiantil, social y política del Madrid de los años setenta previos o inmediatos a la transición democrática. Una lectura marroquí por parte de un joven rifeño estudiante de comunicación audiovisual en la Facultad de Ciencias de la Información. Menciono a este propósito, los distintos ecos que nos expone de la represión franquista en la universidad y cómo intervenían los grises en el recinto universitario contra los activistas y manifestaciones estudiantiles; de la censura editorial dominante y las correspondientes maniobras para ahuyentarla por el público y las librerías; y del ambiente juvenil de diversión en determinados lugares de la ciudad, sin olvidar también las fáciles posibilidades que tenía el autor y su primo para ganar cómodamente más dinero vendiendo en el rastro en tiendas que algunos conocidos o paisanos del Rif tenían, e incluso llegaron ambos a tener puestos individuales. Buenos tiempos eran para los estudiantes si se comparan con los actuales en que conseguir un visado y luego una tarjeta de estudiante supone un calvario, casi imposible para la gente que no posee recursos.

El contenido *Del Río Amakran al Manzanares. Memorias de un sobreviviente* es de suma importancia, interés y actualidad para españoles y marroquíes. Un canto, en definitiva, personal, individual, amistoso y cordial, desde el sur y el norte, desde las dos orillas, a favor de relaciones más empáticas entre las mismas dos orillas del *Mare Nostrum*.

CRÍTICA LITERARIA



Archivo de Paloma Fernández Gomá

Cuentos ceutíes completos (1994-2011)

LAHCHIRI, Mohamed

Prólogo de Mohamed Abrighach.

Madrid: Editorial Diwan Mayrit, Colección Literatura Marroquí en Español (LME), 2022, 379 págs.

Por Mohamed ABRIGHACH

Universidad Ibn Zohr-Marruecos

La editorial madrileña Diwan Mayrit acaba de editar en este corriente año la obra narrativa completa de Mohamed Lahchiri, uno de los escritores más representativos de las actuales letras marroquíes en lengua española. Se titula *Cuentos ceutíes completos (1994-2011)* en que se recogen sus cuatro libros de relatos: *Pedacitos entrañables* (1994), *Cuentos ceutíes* (2004), *Una tumbita en Sidi Embarek y otros cuentos ceutíes* (2006), *Un cine en el Príncipe Alfonso y otros relatos* (2011), que el mismo autor había publicado en concepto de autoedición en Casablanca.

El mundo literario inventado por Lahchiri es un cosmos particular en que se conjugan, con magistral facilidad, lo local y lo nacional, la vida y la literatura, la realidad y la ficción, por un lado, y se abordan, por otro y de modo crítico-comprometido, problemáticas y motivos de diversa dimensión, social, política, familiar y sexual, relacionados con su Ceuta natal y el Marruecos actual.

En su obra, Lahchiri profesa con inquebrantable asunción una especie de *ceutimanía* o *ceutismo*: una íntima y primigenia preferencia por narrar la Ceuta del extrarradio en que vivió su infancia y adolescencia. Una narración que, al hacerse desde la lejanía espacial y temporal, esto es, desde la caótica e infernal Casablanca de las tres últimas décadas, se tiñe de ternura y nostalgia, acompañadas de sensaciones de desarraigo existencial, familiar y espacial. Si bien su literatura aborda temas que giran en torno a la familia, sus recuerdos de infancia, sus travesuras y la de sus compañeros de barrio, clase o familia, se convierte por extensión en cronista de la ciudad, sobre todo, con estas estampas sociales, realistas y costumbristas, tan cargadas tanto de contenido antropológico como de belleza, gracia, crítica y humor.

Los susurros nostálgicos con que canta su ciudad natal, su patria chica, se convierten en denuncia y gritos a la hora de tratar su patria mayor, el Marruecos de la época de Hassan II que le tocó vivir. Un Marruecos problemático que describe con detalle a través de fenómenos como el caos urbano, la corrupción administrativa, la represión política, la falta de libertad y la desigualdad social. Una radiografía contestataria hecha desde la rabia y una crítica sin precedentes en la narrativa breve marroquí en lengua española.

Es de mencionar que tanto la recreación nostálgica de Ceuta como la crítica del Marruecos actual con clara intención ideológica se realiza con humor e ironía, un registro de acusado valor retórico y estético. Cualidad que, al mismo tiempo que expresa el compromiso del autor con el lenguaje formal y la realidad social, actúa de factor amenizador del texto a la par que de la recepción y la lectura.

Hay en Lahchiri cierto aire de vanguardia literaria e intelectual, sobre todo cuando trata temas tabúes en la sociedad marroquí como los del sexo y del alcohol. No estamos, por supuesto, ante una literatura erótica o la sexualización, sino ante una descripción atrevida de situaciones o escenas de sexo extramatrimonial, acompañadas con otras en que el leitmotiv es el mundo de la bebida alcohólica en general. Un realismo que podríamos considerar como sucio que se hace eco de un Marruecos real pero que se somete a ostracismo o demonización por parte de la mentalidad conservadora y tradicional tanto de la sociedad como de la cultura oficial dominante.

En cuestiones formales, la narrativa de Lahchiri está dotada de muchos factores indiciarios de la originalidad y la calidad de su escritura. Si hay un rasgo que caracteriza a la lengua del escritor ceutí es su naturalidad; un estilo espontáneo, sobrio, nada rebuscado, pero tampoco descuidado, ingenuo o vulgar. Escribe como habla y a la par con corrección formal y ágil manejo de la sintaxis como afirma Sergio Barce. Una perfecta combinación de contrarios que configura un estilo de buena factura estética. El ser un autor fronterizo a caballo entre cuatro lenguas con sus acentos y tonos hace, de igual modo, que la plasmación formal de sus relatos esté atravesada por la hibridación. Lahchiri conjuga el registro coloquial que recoge el habla andaluza de los ceutíes con un riquísimo léxico o expresiones del árabe dialectal y local del norte de Marruecos que utiliza con soltura, garbo y sin complejos. El lenguaje natural de Lahchiri adquiere otra connotación: la creatividad. Se nota en la invención de palabras nuevas, graciosas a veces, poéticas otras, pero muy españolas en clave lingüística y, en definitiva, índices más que fidedignos de ingenio verbal inventivo y de expresividad literaria renovadora.

En lo que a composición narrativa se refiere, se puede afirmar que Lahchiri es un escritor realista muy comprometido con su memoria personal y también con la de su pueblo o comunidad. Algunos de sus cuentos les falta estructura y adolecen de deficiencias en términos de composición y amenidad narrativa. No obstante, una proporción considerable de ellos son estampas de la vida cotidiana tanto ceutí como marroquí, pero cargadas de nostalgia, insólitas, y críticas en clave social y humana. Lo más significativo en estas estampas es esta implicación emocional con que se transmite cada evocación y el correspondiente acierto con que el escritor convierte en bella literatura, elementos pequeños y cotidianos de la realidad vivida u observada. Otra categoría de cuentos contiene muchos de los ingredientes consustanciales al género, particularmente, la intensidad y el suspense que cautiva al lector, le obliga a seguir el hilo narrativo y la historia de la ficción para luego descubrir, al final, el quid del enigma, tener sorpresa y sentir placer.

En síntesis, Mohamed Lahchiri es, según Sergio Barce un autor por descubrir y merece más reconocimiento. Esta es la principal finalidad que ha llevado la editorial Diwan a publicar su obra completa de narrativa breve. Esta edición es, en este sentido, un homenaje a este único escritor marroquí o hispano-marroquí en español de Ceuta, un reconocimiento desde las dos orillas de su labor creativa y una contribución a hacer más asequible su obra a los lectores del mundo hispánico, en general, y a todos los estudiosos e hispanistas, en particular.

Agadir, a 26 de diciembre de 2022

Jóvenes marroquíes escriben en español. Certamen de Poesía y Relato Corto del Instituto Cervantes de Fez.

Edición literaria de Mohamed Abrighach.

Madrid: Editorial Diwan Mayrit, Colección Literatura Marroquí en Español (LME), 2022, 108 págs.

Por Mohamed ABRIGHACH

Universidad Ibn Zohr-Marruecos

Jóvenes marroquíes escriben en español recoge relatos, poemas o poemarios de jóvenes marroquíes que fueron ganadores o finalistas del Certamen de Poesía y Relato Corto que convoca desde 2018 el Instituto Cervantes de Fez. El libro contiene seis relatos y cinco poemas o poemarios. Los textos narrativos se titulan por orden así: “Le decían el taxista” de Jamal-Eddine El Mejhed; “La flor del charco” de Amira Debbabi; “Fátim” de Nabil Loukili; “Más allá de un pino” de Ikram Oualla; “El falso guía” de Mouhcine El Fezazi y “El manuscrito de una polilla de libros” de Ahmed Balghzal. Los poemas o poemarios son por orden los siguientes: “El regalo” de El Abbas Tahri Youtéi Hasani; “Levitaciones y aterrizajes” y “Poemasómenos” de Rachid Boussad; “Bóveda celeste y otros poemas”, de Meryem Ghoua y “Tres poemas para un día ordinario” de Achraf Salti. El libro está precedido por una breve presentación en la que el actual director del Instituto Cervantes de Fez, Miguel Ángel San José habla del origen, el contenido y la filosofía del Certamen de Poesía y Relato Corto que su institución convoca anualmente desde 2018.

Muchos de estos jóvenes son profesores o estudiantes de grado o de doctorado de lengua y literatura hispánicas. Los textos recogidos en este libro son sus primeros textos que salen a la luz y con los que hacen su debut literario. No pocos de ellos encierran cierta madurez y un manejo sutil de la lengua, por lo cual si estos autores siguieran creando en la lengua de Cervantes y mejorando su escritura en clave imaginaria y formal podrían ser en un tiempo inmediato las nuevas y jóvenes voces de la actual literatura marroquí en lengua española. Un futuro que se anuncia prometedor porque uno de estos nombres, Rachid Boussad, viene de publicar un poemario titulado *Poemasómenos*, y dos más tienen en ciernes una novela.

La editorial Diwan, particularmente, Colección de Literatura Marroquí en Español (LME) ha querido incluir este libro antológico en su catálogo porque quiere contribuir a la promoción del actual hispanismo marroquí y de las actuales letras que en Marruecos se escriben en español.

Agadir, a 26 de diciembre de 2022

El juego conceptual ejemplificado en un poema de Albert Torés

Por Antonio García Velasco

Se llaman juegos conceptuales a creaciones cargadas de sentido del humor, paradojas, ironías y provocación. “Provocación” se entiende en tanto que abarca un sentido muy amplio en el que el cambio de la perspectiva habitual, convencional, esperada se ha de romper para situarnos en un nuevo y rupturista punto de vista. A Albert Torés le gusta el empleo, desarrollo, ejecución del juego conceptual. Y vamos a ocuparnos de ello atendiendo a un poema paradigmático tomado del libro *Escala de ensueño* (Ediciones Cabaret, La Habana, 2022).

El poema se titula “Desvelo”. El tema ciertamente es el insomnio. Y se nos presenta por medio de una separación irreparable, irreconciliable entre el dormir personal y el sueño como entidad independiente:

*En plena madrugada, se duerme
el sueño y me deja
mirando la noche a oscuras,
velando el sueño de mi sueño,
la puerta cerrada de sus párpados.*

El juego conceptual consiste precisamente en presentar ese desajuste entre el sueño que nos hace dormir y el sueño que se nos pierde en las noches de desvelo, en las noches de insomnio.

En esas noche podemos imaginarnos, con la invitación de Torés, que el sueño se ha dormido ajeno a nuestras necesidades y deseos de dormir:

*Se duerme y lo veo echado
en un rincón bajo la mesa,
en el momento en que cierra lo que cierra
para que yo abra los ojos.*

No sabemos qué hacer en los momentos de insomnio y nuestra inquietud, desasosiego, malestar se transfiere a las acciones contra el sueño que nos ha abandonado:

*Lo muevo entonces, lo hago rodar
sobre la almohada, lo abofeteo
y no despierta, chillo, ingiero
¡vaya un sueño el que me visita,
vaya un sueño distraído!*

En este juego conceptual, el cansancio propio que necesita la reparación del sueño se desplaza a ser cansancio del sueño que nos abandona y no nos dejar dormir:

*Este sueño mío está lleno de cansancio:
se duerme a cualquier hora
y en cualquier momento me despierta,
hasta que él se recupera y mira,
hasta que vuelve el estado naturalmente
cuando es de noche y duermo.*

La conclusión o resolución de tal situación nos queda explicada al final del poema:

*Por eso mi sueño y yo nunca
dormimos juntos: Cuando procuro
entretenerlo soy yo el que se duerme,
cuando se duerme él
no hay nada que hacer y me desveló.*

Sea de una forma u otra, lo importante en este caso es que el insomnio, estado tan frecuente en la vida humana, ha sido tratado literariamente con una originalidad que traspasa las fronteras de lo común, valiéndose de un juego conceptual plenamente logrado.

Por otra parte, es de reseñar que el poemario Escala de enseño, de Albert Torés, abunda en ejemplos de estos juegos conceptuales, en los que nos invita a ver la realidad desde una perspectiva novedosa, irónica, paradójica y, por supuesto, no exenta de lírico humor. Dos ejemplos para completar las características de este poemario:

En “Estaciones”, por ejemplo, el verano es pintado como un pájaro que se ha ido buscando otro nido “al otro lado de la tierra”. Ahora bien, este concepto metafórico experimenta llamativos desplazamientos de sus rasgos, así, son días los que aparecen de “multicolor plumaje”:

*Se nos fue el lento verano
como un pájaro ardiendo,
se nos fueron sus largas alas,
sus días de multicolor plumaje.*

En “Aniversario” es el día el que llega cargado de años y envejecido:

*Se me viene encima un día
con muchos años de pronto,
con muchas largas cicatrices.
Se me viene un día envejecido,
pesaroso, tardío desde el alba.*

Estamos, pues, ante un poemario original, de apariencia sencilla pero sumamente expresivo y profundo.

Arpegios y mudanzas

Villagrasa, E. (2021)

Teruel, Aragón, España: Instituto de Estudios Turolenses/Gato Negro

Por George Reyes, Crítico/Reseñista Casa Bukowski Internacional

“La crítica literaria concede cierto grado de legitimidad a los autores”

A este lado del Océano nos llega *Arpegios y mudanzas*, una de las obras más recientes del poeta, ensayista, periodista y crítico literario español Enrique Villagrasa. Es una antología selecta que recopila obras editadas en diferentes años (1983, 1988, 1996, 2000, 2001, 2005, 2006, 2007, 2011, 2012, 2013, 2014, 2019, 2021) e incluso doce poemas inéditos, pero que toma su título principal de la edición de 1983 (*Arpegios*). El prólogo es realizado por Jaime Siles Ruiz (1951), destacado poeta, filólogo y crítico literario español. Aunque la obra gira alrededor —en concordancia con su prologuista— de sus raíces que es el mundo representado en sus textos: Burbáguena, Municipio y localidad de la provincia de Teruel, España, lo hace también en torno a lugares, tiempos, situaciones y más. Nos complace reseñar brevemente su contenido y presentarlo a la vez, sin interpretación por lo menos exhaustiva del mismo y con una objetividad controlada suficientemente.¹

La obra consta de 104 páginas, conformada por poemas cortos, prolongados, seriados y una forma para cada poema, sin ceñir los poemas, por lo tanto, a un único patrón. Hablar del misterio de la poesía nos lleva ante otro misterio no menos importante; el lenguaje. Los poemas transpiran honda sensibilidad y evidencian maestría literaria, más acorde al clasicismo español, si bien el uso de un lenguaje actual y, por ende, renovador del lenguaje poético está presente. Podríamos decir que Villagrasa es un poeta que transita suavemente de la modernidad a la posmodernidad, lo cual implica renovación vanguardista en su poesía, manteniéndola en su más alta expresión, sin degenerarla en otra cosa que no sea arte poético. Me limito a señalar apenas dos ejemplos:

Facebook lee antes la voz del poeta.
 Twitter es su eco. Y en mi mirada queda
 el naufragio azul de tu gesto altivo.
 El verso es verso en el cáliz del poema,
 cuando lo lees. Cuando abres la puerta y sales
 a jugar con la vida, no conforme con Google.
 El sueño de una sombra que te nombra
 del olvido, del azar, del silencio. Desde
 Burbáguena, donde el Jiloca suena cerca
 y siempre... siempre está por llegar.
 Mil trillones de zeptosegundos por tu mirada.
 Pes el Higgs no me explica por qué no me amas.
 Dejo de soñarte. Dejo de escribir el poema,
 el poema que me revela el sueño que te sueña.

1. Como lo he dicho en muchas de mis publicaciones literarias y de otra índole, soy de la opinión que especialmente la poesía no está sujeta, a modo de un ensayo, a una interpretación de su contenido, sino al disfrute de su belleza y recursos literarios. Antes de narrador o ensayista, el poeta es poeta; pero esto no quita que todo poeta intenciona comunicar algo a sus lectores. Por otro lado, en la literatura la subjetividad está a la orden del día, pero se la puede controlar lo suficiente. La literatura no necesita naufragar en uno de sus principales elementos que es la emoción en desmedro del intelecto; de este modo, la poesía exige intelectualmente mucho de sus lectores, así como también sensibilidad, actitud estética, cultura y aprehensión del objeto estético que es el poema.

LA PERSPECTIVA ES OTRA

El poeta oculto en el WhatsApp dióse tregua
 hasta que creyó escuchar suaves sonidos.
 Saltarines mensajes se acercaban dicharacheros,
 desde la orilla de la nube con sus vivos colores.
 Tomó aquellas frases, aquel fuego, aquel beso,
 aquel guiño, que a legiones de jóvenes abrasaba.
 Y así, de esta suerte, no de otra, el bardo
 recita estos versos de ardiente deseo:
 Burbáguena cincela
 soledad y cierzo.
 Pero el azul del Jiloca
 ilumina tus ojos.
 Los chopos se alegran,
 gozan la luz de tu sonrisa.
 El camino que nos cincela
 es (re)conocer tu pasado:
 el joven lenguaje sido
 de la sencilla poesía
 que dicta la viña.

Desde allí la perspectiva es otra.

Alguien ha dicho que la labor del poeta se cifra en la paradoja de establecer lo permanente dentro de lo mudable; recuperarlo del devenir indefinido y fugaz. Detener el tiempo quizás sea la más grandiosa y constante de todas las ambiciones bajo el sol. El lirismo del yo, incluso narrador que guía la lectura, juega un papel fundamental en esta ambición sobre todo de un poeta. Y Villagrasa no sería la excepción, siendo que él mismo lo afirma al decir que él vive en el fondo del poema. ¡Lirismo puro! Es esta magia lírica, aunada con esa ambición, lo que no solo posee nuestro poeta, sino que también efectúa con ella aquella experiencia estética o vivencia del poema que invita entrar en juego con el mundo representado en el texto, mediante una lectura activa.

¡SOLO TÚ, JILOCA MÍO!

A Antón Castro

Contigo sí soy dueño de mis ruinas.
 Pues corre tu agua por la página,
 y las redes no han robado el espacio blanco.
 El tiempo estalla, busca el colmillo del tigre
 donde el verso festeja la poesía felina.
 Tengo nostalgia de mi ayer. Hoy, Jiloca mío.
 la poesía es espectro que cabalga sin freno.
 Así el poema: precisa clepsidra, en tu ribazo.
 Hoy el verso mendiga por los caminos de la vía.
 Y todo temor y temblor en tus aguas alegres
 frente a la delicada página no escrita.
 Y sí, tú me salvas, Jiloca líquido.
 Regresar es mi destino: dejar atrás estas playas.
 Volver a tu horizonte. El murmullo del río espera.
 Recuerdas la noche en tus pozas de juventud
 gloriosa. El alba se hace esperar en el Jiloca

La obra concluye con una interesante crítica por el escritor y profesor español Antonio Pérez Lasheras (1959), quien piensa que un componente esencial de la poesía de nuestro autor es el elemento “meta-poético”. Según Pérez Lasheras, no tener ese elemento en consideración, la comprensión de la poesía de Villagrasa no será posible.

En suma, *Arpegios y mudanzas* es una seria antología lírica introspectiva en la que Villagrasa, como opina su prologuista Siles, sabe que solo el poema revela el sueño que nos sueña. No obstante, como ya lo hemos dicho, hay que notar que la antología gira no tanto sobre el sujeto lírico, sino sobre un lugar (Burbáguena); pero, al fin y al cabo, la obra es una expresión lírica llevada a su más alta potencia en la que pareciera intentar retener lo ido, el tiempo cronológico.

Finalmente, en concordancia con Siles, opino que *Arpegios y mudanzas* es una lírica seria, madura y representa una nueva manera de poetizar al servicio de toda connotación semiótica. Como tal, es una obra recomendable para todos, pero en particular, para aquellos en búsqueda de la voz poética propia.

Reseña del libro *Donde madura el limonero* de la escritora ceutí Alicia Morales: el retorno a una niñez que despierta al complicado mundo de los adultos

Por Agustín F. Del Valle Pantojo

Con este evocador título, tan machadiano, se nos presenta esta novela corta, escrita por Alicia Morales (Ceuta, 1963).

Se trata de un relato que mezcla la realidad de una época, la España franquista de finales de los 60 y principios de los 70, centrada en la vida de una niña de 7 años, Lucía, que empieza a descubrir el mundo, ávida de conocimiento, pero que debido a su inocencia y a la actitud del entorno social, le cuesta comprender. Hay siempre un velo de misterio, tejido con prejuicios y miedos, que le impide llegar a esa verdad, hasta que ese velo se desprenda de forma desgarradora. La curiosidad de Lucía, sus preguntas y las reacciones que provocan éstas, la llevan a situaciones cómicas unas veces, dramáticas otras, pero siempre con la ternura de una niña con ganas de vivir y de situarse dentro de ese complicado mundo que le ha tocado vivir. En esa etapa, donde todo era gris y la televisión en blanco y negro, las aventuras y las ilusiones de esta niña darán color a su entorno, hasta que la realidad se muestre de forma descarnada y Lucía despierte, se responda, uniendo todas las piezas de ese puzzle, todas esas incertidumbres que tenía sueltas por su mente.

Lucía, que en muchos aspectos encarna la infancia de Alicia Morales, está acompañada en sus tribulaciones por su familia, algunas amigas como Ana y Rosa, y su amigo Angelito. Ellos configuran su entorno más cercano, con los que vive situaciones cotidianas muy diversas, que van desde la política, la religión, la educación, el erotismo, el orden establecido, el racismo, la xenofobia, la violencia de género, las costumbres y las tradiciones de esa época en Ceuta.

Preguntas como qué es Falange, qué es la Patria o qué es “provocar a los hombres”, son expuestas directamente, con la inocencia de una niña, a unos adultos adoctrinados por el orden y la moral de la época, que muchas veces huyen de comentar nada o intentan explicarlo de una manera poco clara para Lucía, por lo que le vienen más interrogantes, que la niña intenta explicar desde su mundo interior. He aquí una muestra de un diálogo entre la protagonista y su madre, que ilustra una de estas situaciones:

—Mamá ¿qué es “provocar a los hombres...”? —*mamá dio un respingo escoba en mano.*
 —¿Quién te ha dicho eso?
 —*La abuela te dijo que el guardia le regañó a Pepe por dejar que su mujer provocara a los hombres. Mi madre fruncía el ceño.*
 —*Te tengo dicho que no oigas conversaciones de los mayores —se enfadaba.*

Lucía se construye su propio mundo, lleno de fantasía, como refugio a ese hermetismo de los mayores y a todas las cosas que no puede explicarse, hilvanándolas como si fuesen retales de crochet, hasta formar la colcha con la que guarecerse ante las inclemencias de un entorno difícil, estereotipado y controlado por la moral de la época. Sería como una reflexión propia de una niña, ante esa necesidad que tiene, así que ella inventa sus respuestas para llenar ese vacío.

En este sentido, Lucía muestra esa actitud quijotesca, en el que la fantasía y la realidad se mezclan, para dar forma a ese mundo interior en el que vive la protagonista y la ayudan a afrontar la realidad exterior. Se explica las cosas y le da su propia interpretación, conmoviendo al lector. Pongamos, a modo de ejemplo, la historia de la musulmana vendedora de cebollas en el zoco, que la reanima de un desmayo y que ella cree que es un hada madrina.

—*Esta niña —decía la vendedora en un español rudimentario— tiene un corazón bueno. No le gustan los animales en jaulas.*

Reaccioné al oirla, pensando que podría ser mi hada madrina. Llevaba un traje hasta los pies y un pañuelo que le cubría la cabeza. Me estaba curando y sabía lo que no me gustaba.

¿Eres un hada?

Ella empezó a reír.

Tu mucha fantasía [...]. Tenía un diente de oro que brillaba, era la primera vez que veía uno. Me quedé fascinada, ya no tenía dudas: era un hada.

El barrio obrero donde vive Lucía sería como un microcosmos, un pueblo dentro de otro pueblo, un barrio de Ceuta, la barriada General Varela. Vemos muchos detalles de cómo era Ceuta en aquella época: calles y mercados, la feria y otras fiestas como el día del Carmen, el día de la Mochila o las Navidades en familia, las tardes de cine, las visitas a los abuelos, la llegada de la televisión, los vecinos, la educación en una escuela de barrio, las mentalidades... Sin olvidarnos de palabras y expresiones propias de la forma de hablar de esta zona: *chícharos* por guisantes, *habichuelas* por alubias, el *venisi* referido a la cántico religioso “Venid y vamos todos”, o la *plaza* para referirse al mercado. Todo esto, unido a un estilo narrativo sencillo, sin cultismos, propio de una niña, hacen que esta breve y deliciosa novela sea coherente con el personaje y aporta verosimilitud al texto.

Nos encontramos con una protagonista vital, curiosa, sensible, un poco rebelde y tierna. La niña despertará de los sueños y fantasías infantiles para ir descubriendo cómo es en realidad ese mundo que quería conocer y abandonará algunos retazos, no todos, de ese paraíso idílico de la niñez, que van induciendo su tránsito hacia las realidades de la vida. Ese limonero, verde, fragante y doméstico, que representa la infancia, cual árbol del Edén, va madurando sus frutos hacia ese despertar, aliñando con el jugo de sus limones la experiencia vital de la niña, con un sabor agridulce, amargo, fuerte, pero a la vez reparador, nutritivo, vitamínico. Lucía, se lo aseguro, nos les dejará indiferentes.

Serena diosa de Encarna Lara

Real Academia de Nobles Artes de Antequera. 2021

Por Paloma Fernández Gomá

Serena Diosa de Encarna Lara, son 30 poemas reflejo de una sensibilidad poética que es carta de presentación de una obra llena de lirismo, donde la mirada se entrecruza con el destino y con un acertado tratamiento del tema, la autora nos hace partícipes de sus versos, comunicando sus vivencias, sus impresiones, los lugares y la historia; siempre desde el acento poético que Encarna Lara es capaz de desgranar en sus poemas. Tarea nada fácil, llegar “al otro” desde las propias sensaciones que describen un libro que recorre semblanzas de la bella ciudad de Antequera.

Calle Trasierras nº5, Plaza de Castilla, Callejón del aire, Plaza de los escribanos, Coso Viejo, Fuente de las Descalzas, Iglesia del Carmen, Fuente del toro, Postigo del agua, Puerta de los besos, Ribera de los molinos, Peña de los enamorados o Los dólmenes. Constituyen una visión de los diferentes lugares emblemáticos de la ciudad de Antequera, que Encarna Lara nos acerca desde su palabra, con versos llenos de luz, brillantes, acompasados en la métrica, descriptivos y solemnes, llenos de contenido. La historia se hace poesía en octosílabos y decasílabos.

Después la poeta invita al pensamiento sobre leyendas, molinos o dólmenes para interpretar otros de sus poemas. Pero será en el comienzo del libro con poemas como Génesis, Cuando tú me llamaste, No mentirnos, Cómplices o Poeta; cuanta nuestra autora se implica con las sensaciones que inspiran sus versos y la aproximan a la ciudad de Antequera que ella ama y es cauce de sus vivencias.

En el comienzo del libro Encarna Lara con el poema Génesis interpela a sus comienzos: *Hoy pregunté a la rosa que emergía del claustro: ¿qué ser equivocó el rumbo de la vida/ y me dejó tan cerca y tan lejos a un tiempo/ en la noche desnuda de aquel día primero?*

Continúa nuestra poeta con el poema Cuando tú me llamaste: *Llegó la primera flor de manzano/ y el viento con sus cítaras a mi ventana,/ y me llamaste un día en la propicia hora/ cuando la verde alfombra de tus campos/ regentaba la arquitectura de la espiga.*

En el poema No mentirnos, dice la poeta: *No hay viento que me encienda como el tuyo/ ni brisa que aligere la huella de mi pie/ cuando me llamas desde tus esquinas.*

La ciudad y la poeta con cómplices de la aventura de los poemas; y así se expresa en los versos de Cómplices: *Pasa clarividente y me ofrezco contigo/ a la complicidad que nos vincula./ Te hallo en la luz y en el agua,/ en el gozo de andar por tus aceras,/ en el blanco lirio de tus calles./ Y así, en lo más hondo de cada instante mío,/ vibro al clamor encendido de tus plazas,/ fuentes, arcos, rincones...*

A lo largo del libro la poeta nos conduce por su recorrido de las calles de Antequera, ciudad que hace suya, porque ella, la poeta es parte de la ciudad, es hija de sus calles, monumentos y de su aliento; el que la hace fuerte y la colma de vida.

Es indicativo y digno de resaltar el lenguaje sublime de Encarna Lara, pues dentro de un vocabulario apegado a la realidad, nos sabe llevar a momentos, casi iniciáticos de un reencuentro del hombre con sus nacencias. La tierra, su tierra suspira por los poros del verso, que se va enaltecendo en un lenguaje expresivo de profunda calidez; llevándonos a puntos álgidos: *Cada vez que regreso a sentir tus piedras ancestrales,/ me acerco a aquellos hombres /de ritos funerarios,/ de bosques, de montañas,/ de signos y planetas.*

Nuestra poeta apuesta por el hombre y los valores de acercamiento a su entorno, como paso necesario para constatar sus vivencias, su compromiso con la vida y con su historia.

Una visión universalista que recrea el pasado con culturas anteriores y nos hace sentirnos parte de un todo indiviso y común, donde nos identificamos con lo que somos.

El paseo por la ciudad de Antequera invita a un conocimiento de la ciudad. La poeta actúa como cicerone personalísimo y de gusto lírico para mostrarnos no sólo la parte material de la ciudad, sino su contexto sentimental, el que conmueve e invita a sentirse partícipe de esta invitación convertida en poesía.

Un libro sereno y de una bella factura, Serena diosa, desde el que contemplamos, observamos y conocemos más sobre Antequera. Todo ello desde la voz cálida, sonora y llena de matices de Encarna Lara, poeta comprometida con su tierra y con la poesía.

***Raison d'amour/Razón de amor*, Pedro Salinas**

Édition bilingue, Traduction Bernard Sesé, La tête à l'envers, Paris, 2022

Por Albert Torés

Bernard Sesé, siendo su obra tan accesible se ha movido siempre por los parámetros de la brillantez. No es el lugar para exponer sus méritos, pero sí su amor hacia la literatura. Empezó con los estudios de ciencia pero terminó como prestigioso hispanista, catedrático emérito de Literatura Española en la Universidad de Paris-Nanterre, fue académico correspondiente de la Real Academia Española en Francia. Su magistral tesis sobre Machado y su labor de traductor al francés de escritores universales y españoles como Calderón de la Barca, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila, Fray Luis de León, José Zorrilla, Juan Ramón Jiménez, Lorca, Alberti o Guillén al que le unía además una gran amistad, es sencillamente indispensable y referencial. Hoy se reedita en edición bilingüe el poemario *Razón de amor* (título inspirado en un poema anónimo de principios del siglo XIII que describe el encuentro de dos enamorados), un volumen que fue publicado en francés en 1966 por el Centro de Documentación Universitaria. Una obra para el deleite, desde la esmerada edición hasta la belleza de la portada del pintor Renaud Allirand, “una experiencia carnal y a la vez mística”, nos dice el traductor. En el contexto de lo simbólico, lo caballeroso, lo místico, lo esencial se mueve el Bernard Sesé investigador, historiador, filólogo, pero curiosamente es autor también de una excepcional obra poética en francés de la que he tenido la fortuna de leer detenidamente. Por ser exacto, la poesía de Sesé huía del artificio y de lo puramente sentimental para profundizar en lo intelectual, en la percepción simbólica del germen poemático, sin duda fiel a la máxima de una poesía que debe reflejar autenticidad y belleza. Debo decir que en el momento mismo de esta reseña, me rodeo de todos los libros que tengo de Bernard Sesé, una emblemática colección de la revista *Crisol* que se intercambiaba con la revista *Canente*, un volumen doble titulado *Variations autour de la poésie*, Hommage à Bernard Sesé, 2 Volumes, édition de Thomas Gomez, Centre de Recherches ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université Paris X-Nanterre, 2002, también el número 47 de la revista transdisciplinar luso-francesa *Sigila*, le rinde en 2021 un homenaje con el reconocimiento de su obra absolutamente excepcional. Bernard Sesé junto con su esposa Sylvie Léger están en la base de la revista, desde sus inicios y formando parte del consejo de redacción.

Por fortuna, la directora de la revista, Florence Lévi atiende a la memoria y fija los nombres de Charles Baladier, María de Lourdes Belchior, Jacques Derrida, Gilbert Durand, Valentín García Yebra, Françoise Héritier, José Augusto Seabra, Pierre Vidal-Naquet, Jean Starobinski, Bernard Sesé. Sus poemarios *Par inadvertance* (2014) con un emotivo, riguroso y espléndido epílogo de Marie-Odile Métral-Stiker que destaca la confluencia de poesía y pintura y sobre todo “la voz del poeta redobla el ritmo del ala del ángel”, *Discipline de l'arcane* (2004), poemario que tengo igualmente en una edición bilingüe en la colección Adonais (2006) con traducción y notas de otro hispanista ilustre y magnífico poeta como Arcadio Pardo, *Ivre de l'horizon* (2013), *L'autre et la nuit* (2015) o *La voix qui t'est due*, Pedro Salinas, Prologue de Jorge Guillén Traduction de Bernard Sesé (2012), *Poética de la experiencia mística, La dichosa ventura de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, Editorial Fonte, Burgos, 2018, entre muchos otros así como el recuerdo de una cálida y luminosa sonrisa. A todas luces, la lectura de Pedro Salinas sí conlleva para Bernard Sesé una suerte de “sentimiento oceánico”. De hecho, en la traducción de *La voz a ti debida*

(título inspirado en un verso de Garcilaso), lo considera como “uno de los bellos cantos de amor del lirismo español. Nadie ha sabido decir mejor la angustia y la sensualidad, el tormento y el éxtasis de la pasión de amar. *La voz a ti debida es un extenso poema que rastrea el nacimiento de la pasión, el éxtasis y la separación de los amantes. Un poema de amor deslumbrante, estimulante, aterrador (...) el tema es la ardiente búsqueda, en la alegría, la maravilla o la angustia, para el cuerpo amado, su imagen única y múltiple, y su alma esquiva, siempre sentido, siempre en otro lugar. Este poema es a la vez una meditación sobre la realidad del otro, sobre el olvido, la memoria, el sueño y la vida, la comunicación y la ruptura de la presencia y la ausencia*”. Esta pasión que siente hacia la poesía se proyectará en toda su obra, sea de investigación, de traducción y creación, una suerte de poética de la caballeridad, esto es, de estudio en toda su complejidad inserta en la tradición intelectual que empuja al ser humano a tomar consciencia del texto, el contexto, el mundo, el pensamiento y los placeres que proporcionan la palabra exacta. Toda vez que la obra literaria sería un paradigma estructurando a la vez un mundo imaginario, acaso mítico, de resultados del pensamiento y del análisis además de lo que el propio poeta Pedro Salinas, que también fue un crítico de primera dimensión, llamaba el “tema vital”, un tema generador de fuentes íntimas del ser que dan vida a «lo más profundamente humano de las fuerzas que concurren a la creación».

La traducción de Bernard Sesé del poemario de Pedro Salinas es lisa y llanamente la perfecta aplicación práctica del ideal teórico de la traducción. Sesé atrapa la palabra exacta con todo el peso de su historia. Desde la serena comparativa, pone en valor el ritmo, la musicalidad, los sentidos, las profundidades del alma, la quintaesencia del lenguaje, el cuerpo temático y la cuestión formal, salvando las numerosas dificultades que la traducción poética encierra, entre ellas la de convertirse de pleno en coautor. El lector en lengua francesa tiene ante sí los mismos placeres del texto que el lector en lengua española, gracias al signo espiritual que le imprime el traductor Sesé, que nos trae al frente el ser peculiar e íntimo de la poesía de Salinas y, con ello, nos remite igualmente a las afinidades y resonancias de la escritura poética de Pedro Salinas que recoge devociones inequívocas y huellas de gratitud en Garcilaso, San Juan de la Cruz, Góngora, Bécquer, Darío, Machado, Juan Ramón, Valéry, Unamuno, Mallarmé, un proceso vinculante que también caracteriza la propia actividad estética de Bernard Sesé. En definitiva, todos ellos transforman la emoción, el sentimiento, la belleza, la imaginación en lenguaje, lenguaje meditado.

Te nombraré Líbero, Solange Sand

Editorial Andrómina, Córdoba, 2022

Por Albert Torés

Al término de la lectura de estos 28 poemas de la escritora cordobesa Solange Sand, el lector habrá experimentado el sutil compás de la expresión lírica, musical y artística que recorre el poemario. En un triple eje vitalista, artístico y amoroso se va configurando un discurso poético tan sensual como sugerente, tan genuino como cautivador. Una voz singular que bebe de las premisas humanistas solidarias, acaso una inteligente interdisciplinariedad (que puede verificarse incluso en la nota biográfica) vinculada al ritmo de la esperanza y de un bloque ético-estético responsable, meditado y a la vez intimista. No obstante, las ramificaciones son varias, desde esa materia materna hasta la humanidad inmersa en enigmas, incógnitas a veces indescifrables, otras hostiles, pero siempre sorprendentes. La reflexión sobre la muerte a través de Heidegger, la defensa del libre pensamiento aparece con Spinoza, pero también sus pasiones literarias de la mano de Rilke, Dámaso Alonso o Bécquer. Hay un marco importante para la amistad donde la editora y poeta Elena Cobos cobra espacio, de igual modo la admiración por la escritora y psicoanalista rusa Lou Andreas-Salomé, por la brillantez y al mismo tiempo decadencia de lo urbano donde París será el centro de mando del deseo, la resistencia, el diálogo con el cine que es otra pasión que cobra forma. Con todo, la música es el eje constructivo de su escritura, una pasión que recorre el tango, el jazz de Stan Getz o la voz aterciopelada de Sade que inserta incluso la canción “No ordinary love”, en definitiva, como bien nos escribe en el poema “Elegía al Califa”: *“palabras como batutas/dirigiendo el mundo/en Clave de sol*

y de ternura". Percibiremos con frecuencia esa dicotomía entre la percepción y el discernimiento, o si se quiere entre música y filosofía con el perfume de sueños que puedan resolver dilemas, ver intensificar la expresión de la sensualidad en una sublimación estética que a la vez reflexiona de manera sistemática y organizada sobre la otredad y el amor, por ello quizá, se va fechando las composiciones no tanto con vocación de diario sino de horizonte metodológico. El poema *Madre* nos remite al origen, a la hipótesis, al deseo, a la vivacidad de las emociones suscitadas, al acuerdo personal de hacer puente entre disciplinas, incluyendo el psicoanálisis para defender su libertad, en realidad, la forma más certera de salvación personal: "*Me convertí en la voz/del devenir de tu historia...Seré tu memoria/y el fragor libertario/del amor que me enseñaste*". Consciente de que somos recuerdo. La poetisa desea evocar valores de autenticidad y de serenidad rechazando el artificio y la apariencia: "*Ahuyento este aullido de espejismo/...hasta el dolor,/ deviene calma y amor*".

Sin duda, llama la atención el esmero de cada palabra, la elegancia con que dispone el verso para testimoniar un estado de ánimo, una constatación elegíaca o el impulso de un sueño para un nuevo tiempo, como así puede verse en el poema "*Nueva Aurora*". En el deseo se halla la preeminencia del sentido visual, pictórico de su escritura poética, estableciendo en el paradigma de la memoria, un diálogo entre poesía y arte figurado, entre el cuerpo y la introspección, en gran medida entre la esperanza y la lucha interna como nos lo expresa con toda la belleza posible en el poema "*Lo que puede un cuerpo*": "*Recuerda, cuerpo,/todo lo que has podido,/no sólo el suelo donde caíste afligido/sino la fuerza con la que te levantaste/y recomenzaste*". Las resonancias becquerianas son voluntariamente visibles en el poema titulado "*Corazón insomne*": "*Mientras me anheles/en los pliegues inefables/de un sueño imposible*". Una entusiasta exaltación y esperanzada proclamación de la expresión poética, que encierra a su vez un tema metaliterario de atención a la diversidad y a la otredad, en tanto en cuanto habrá poesía mientras haya seres humanos, pero sobre todo mientras lata el amor. Por esta razón, Solange Sand recoge fuentes de inspiración en la propia intertextualidad, en la belleza de la naturaleza, en la propia contradicción que es ley que define la humanidad. En su original y particular enlace con la tradición, la escritora se decanta por los octosílabos, con la contundencia endecasílabo en muchas ocasiones, para enfatizar si se quiere ese ritmo multiplicado que viene además reforzado con rasgos estilísticos que buscan la intensidad emocional, alternando el tono interrogativo y el exclamativo. El manejo de los tiempos verbales pretéritos y presentes concluyen en futuro imperfecto o condicional precisamente para reordenar el ritmo interno del pensamiento. La sustantivación concreta, las estructura bimembres, las anáforas (como en esta poema que repite con el respaldo de la tradición la conjunción "mientras", las personificaciones, las sinestesias, en definitiva, todo un abanico de herramientas utilizadas para brindar al lector un poemario sin fisuras, genuino y que merece a todas luces una detenida lectura.

Voces del Estrecho, Paloma Fernández Gomá - Aziz Amahjour

ImagenTa Editorial, Tarifa, 2022

Por Albert Torés

Un nuevo proyecto de la mano de la editorial ImagenTa fiel a su compromiso ético, literario y estético. No es la primera vez que Ildefonso Sena, que fue adjunto al director del diario *Europa Sur* y ahora dirige esta editorial cada vez más relevante, muestra su sensibilidad con respecto al drama social y humano que se vive en el Estrecho de Gibraltar. No cabe duda pues de su implicación en el contexto cultural del Campo de Gibraltar. En la contraportada del volumen que nos ocupa se fija la pretensión de “dar voz directa en español y árabe a aquellos poetas de las dos orillas...nexo imprescindible para entender una dualidad de intercambio que apuesta por la interculturalidad, como un valor necesario entre los pueblos separados por *la calle más transitada del mundo* de apenas 15 kms de ancho”. Colección que se abre con la poesía de Paloma Fernández Gomá y de Aziz Amahjour, poetas encargados a la sazón de ocuparse de los libros que conformarán esta línea editorial tan significativa como necesaria. Como novedad, habría que poner en valor, las menciones críticas o muy breves literarias de los autores. En el caso de Paloma Fernández Gomá, se citan voces incuestionables como las de Miguel Florián, Francisco Vélez Nieto y Susana Medrano de los Ángeles. No menos relevancia son las que presentan al escritor Aziz Amahjour; la propia autora Paloma Fernández Gomá que se ha ocupado con profundidad de la obra poética del profesor tetuaní de Literatura y Semiótica, también José Carlos Monroy, Nadia Amahjour. Por si fuera poco, para convencer a lectoras y lectores que pueden tener en sus manos un genuino tesoro, se completa el volumen *Voces del estrecho* con las traducciones del profesor de Lingüística y Traducción de la universidad de Casablanca, Hassan Boutakka, y, de unas magníficas ilustraciones del pintor Pedro Arrones Castillo. Por tanto, el eje de coordenadas de este volumen se identifica del todo con la realidad del paso del Estrecho de Gibraltar y, de manera muy concreta con su ámbito social, histórico, cultural y literario. No cabe duda que el ámbito literario es un nexo esencial en esta mirada enriquecedora entre la tradición poética árabe y la hispánica. De hecho, se deja bien claro el fundamento de la propia creación literaria o artística en el colofón con un genuino precepto “Nulla dies sine línea”, un acercamiento cuando no un abrazo humanista solidario al poema como trasunto de vida. Por consiguiente, ambos autores tiran de la cuerda de una poesía comprometida o por ser exacto, subyace un compromiso cotidiano y esencial que se expresa a través de la poesía. La poeta Paloma Fernández Gomá aportará 10 poemas, extraídas de sus poemarios *Ángeles del desierto*, *Espacios oblicuos*, *Acercando orillas*, *Iris*, *Paisajes íntimos*, *La soledad que nos habita*, este último aparecía como inédito y a la fecha de hoy cuenta ya con dos ediciones. Aziz Amahjour nos presenta también 10 composiciones líricas, principalmente pertenecientes al libro *Senderos etéreos*, luego 3 inéditos y un texto que se publicó en la revista *Dos orillas*.

El raigambre del origen, la fuerza del territorio, acaso de la migración o el exilio, la impronta de la historia con la urgente necesidad de restituir el verdadero acontecer de lo histórico, en suma, el deber de interpelar - vía expresión poética- a mujeres y hombres que habrán de incidir en un cambio social a ambos lados del Estrecho. Nos escribe Paloma reconsiderando el tránsito de los sentidos en presagio: “*Entre las olas se augura el dolor/que habrá de quebrarse entre palabras*”. Paralelamente, Aziz Amahjour reitera las resonancias de la historia, la emigración clandestina y los ecos del silencio: “*He aquí nosotros,/los herederos de Tarik,/nos aventuramos en el mar.../Cual una colmena nos apilamos/en pequeñas barcas para volver...*”. Se van entrelazando la palabra y el tiempo, la esperanza, el angelismo, el mito, un espacio singular que nos ofrece Paloma junto con la tradición oral, la historia, el mar, la geografía referencial, el exilio y sus ramas sean el visado, la patera, el miedo y el silencio que sugiere Aziz. Los dos vinculan lo universal como concepto básico del volumen. Los dos proponen una ética de la esperanza que arropa diferentes culturas y civilizaciones. Los dos evocan senderos de acercamiento y orillas que descartan la ignorancia y fijan el componente cultural como palanca de cambio. En el poema “Alcazarquivir”, escribe la poetisa: “*Brota desde la fuente el rumor/de un eco, tatuaje de meditación*”. En el poema “Averroes&Maimónides...

En una nube..., Aziz Amahjour nos dice: “¿¡Estaban en una nube!?!/¿¡O estábamos nosotros/-y seguimos/-enlodados en la ignorancia/más oscura”.

En otro plano crítico, bien es verdad que los edificios más racionalistas, creativos y tipografiados de la literatura, en concreto de la poesía, llevan los cimientos de la soledad. El escritor y profesor García Velasco, prologuista además del último poemario de Paloma Fernández Gomá, *La soledad que nos habita*, fija un itinerario en el panorama hispano con Góngora, Lope, Villaespesa, los hermanos Machado, Lorca, Hernández, Benedetti, E. León...y Paloma Fernández Gomá que participa de ese grueso de preocupaciones de la humanidad, entre otras, el paso del tiempo, las amenazas directas a la naturaleza, la atención a la diversidad, la memoria, el contexto -en este caso el Covid- y el espacio donde se conjugan compromisos, producciones poéticas y proyectos culturales como es el Estrecho de Gibraltar. Quizá esa defensa de la soledad es una búsqueda de un mundo más justo donde se cuide la libertad y la razón para que la verdad se cuide y condense brillantez. Sin embargo, la sensación de pérdida es tan evidente como la necesidad de rearmar éticamente o realmar a nuestro tiempo: “*El hombre ha debilitado el glosario/de su existencia y pretende ser el árbitro/del gran partido del mundo*”. Digamos que la poetisa se aproxima al todo de la vida a través de fragmentos de soledad, una mirada, las propias ausencias, el amor o el desamor, una soledad que se viste de corsario, que silencia las palabras, que se desnuda y nos brinda también serenidad, una soledad que podemos encontrar en nuestros pasos y en la ficción, que se percibe con síndromes nítidos y que se oculta con sigilo. Hay en estos poemas de *Voces del Estrecho* unas visibles resonancias de humanismo solidario, movimiento en el que se adscribe nuestra autora. Podría percibirse una exhortación lírica que entiende la necesidad de aprehender la Historia como horizonte de solidaridad, como eje emocional donde la soledad configuraría una tabla de salvación, quizá y a veces, pero sobre todo tendría más voluntad de ser elemento transformador. Desde luego, bastaría fijarse en su labor cotidiana para rescatar su dimensión ética o acudir a su obra, especialmente la referida a poesía, para sentir ese palpito de lo otro con su esclarecedor y sugerente verso no exento de espiritualidad. Para que no quede duda, prestado lo escrito en su poemario *La soledad que nos habita*, se “*buscó la justicia entre los desheredados/y forjó el pan de la herencia universal*”.

Regresar, acaso encontrar el paraíso, la tierra prometida o sencillamente la esperanza de una vida con más “esperanza” es una aspiración que enfatizan esos deseos que, en contrapartida, toman todos los riesgos, incluyendo la dicotomía Norte-Sur, los peligros del mar y el acecho de la tragedia, . La poesía se yergue en portavoz: “¿*Pero acaso quién nos salvará/de la tierra y de mar/y de los miles de peces errantes/y de ciertos tiburones/humanos acechantes*”, leemos en el poema “Visado o patera”. Espacio de paradojas, frente al descenso de interés por el español, brota una tendencia literaria de brillantes escritores marroquíes que escriben en español. En el caso de Aziz Amahjour, la intertextualidad es un recurso de gran relevancia y mediante este proceso nos remite a otros mundos literarios y tradiciones. En este volumen nos lleva a Bagdad, a las aguas del Atlántico, al dios babilónico Marduk soberano de la humanidad, nos hace navegar por los ríos Éufrates y Tigris, nos guía por ciudades preislámicas repletas de hermosas creencias, inserta la poesía itinerante de los clásicos -Harón Al-Majzúmí. Un verso culto, luminoso, vitalista recorre este volumen de *Voces en el Estrecho* y al tiempo simboliza no solo la memoria individual sino colectiva que reorienta la escritura poética y justifica el acto de la creación poética con todo su esplendor, es decir, si hubiera que proceder a una reconstrucción identitaria formulada desde la objetividad y con la voluntad de unir más que de separar, es una circunstancia que a todos luces debe pasar por el espacio de la poesía que por fortuna se atestigua con la presencia de Paloma Fernández Gomá y Aziz Amahjour.

Los caminos del deseo, Rafael Ávila

Colección *La mort subite*, *La vie en rose*, Jákara Editores, Málaga, 2022

Por Albert Torés

La situación de la poesía erótica en la cultura contemporánea, paradójicamente encierra más sombras y silencios que la desarrollada en épocas anteriores, pienso en la literatura grecorromana y en sus estructuras sobre las que nos basamos en gran parte. A título intuitivo, toda persona reivindicando el título de poetisa o poeta necesariamente ha escrito poemas eróticos que rara vez llegan a ver la luz del día. Sin embargo, es un género seductor que se extiende temporal y geográficamente en todas direcciones, evidenciando la complejidad de la noción misma de erotismo, la multiplicidad del campo de observación, en la medida en que “poesía erótica” será todo lo relacionado con Eros, o si se quiere con la potencia del amor en almas y cuerpos, el deseo y la concepción erótica que abarca desde el sendero amoroso y delicado hasta los lindes carnales, incluso obscenos. Un juego poético, en definitiva, cargado de pasión muchas veces, de ironía en otras pero siempre sugerentes se fundamenta en contar historias, exponer algún sistema, representar una acción o expresar un estado de ánimo. En cualquier caso, asimilamos la cita de Anaïs Nin que encabeza el poemario de Rafael Ávila, “*El erotismo es una de las bases del conocimiento/de uno mismo, tan indispensable como la poesía*”. Por ello, celebramos el inicio de la colección *La vie en rose*, cuya edición y dirección corren a cargo de Jesús García Gallego, filólogo, profesor, historiador, escritor y viajero. Hoy nos ocupamos del libro que inaugura la colección, *Los caminos del deseo* de Rafael Ávila, y, esperamos tener ocasión de ocuparnos igualmente del segundo volumen publicado con el título *Sílabas descalzas* de Teresa Antares. Por tanto, una línea editorial ciertamente novedosa que aporta de igual modo la imagen, en este caso, unas magníficas ilustraciones de Fernando de la Rosa, Doctor en Historia del Arte, docente y pintor reconocido en exposiciones internacionales.

18 poemas componen este libro, tomando el soneto en ocasiones como en los poemas “Dos piezas”, “Tus pechos”, pero también una estrofa singular y reconocible del poeta, marcando el octosílabo que bien podría ser leído o cantado. Y, si se alterna en cierto modo el ritmo, también en la concepción poética hallamos el devenir erótico en sí y un discurrir romántico y sensible, pero siempre con un meditado esmero en la selección lexical. En todo caso, como señalaba André Breton, la pornografía es “el erotismo de los otros”. En el seno del eje constructivo o si se quiere del decir erótico, la figura femenina descansa sobre una pluralidad fundamental que va de lo temático a lo sintáctico, de lo metafórico a lo rítmico, de lo visual a lo sugerente. Añadimos que hemos de percibir la figura femenina como figura de estilo, que por extensión podrá designar una postura, un lugar. Figura visual por otro lado, que superpone el movimiento de la escritura al intrínseco dinamismo del deseo. Un deseo que se inserta en la poesía moderna, clásica y contemporánea que idealiza la puesta en escena del cuerpo, donde la metonimia, recurso de conformación por excelencia, concentra la mirada y la palabra en los pechos, los muslos, los dedos, los labios. En esa focalización del mirar, las palpitaciones, el movimiento, serán ingredientes indisociables y proporcionales al placer resentido. Me permitirán que no transcriba ningún fragmento del libro, y para crear suspense, podría ser por razones de estrategia comercial, por no romper las funciones de extrañamiento y atrapamiento que un buen poema erótico es capaz de suscitar. Me permitirán añadir que estamos ante una joya bibliográfica en toda la acepción del término. Un horizonte de juegos de luces, visiones del cuerpo femenino, el lenguaje del cuerpo, la tensión estética de la metáfora, lo que Georges Bataille llamaba la “poética de la abertura” y sus consecuencias, es decir la figura, la silueta, la pasión como centro del discurso poético que se diversifica en ambigüedades tan sutiles como sugerentes, atrapando cinturas y los oxímoron, sinestesias, metonimias, asonancias, sonidos y tipografías que redoblan su musicalidad. Sin duda, el potencial erótico y sexual de las palabras es tan manifiesto en general que merecería un acercamiento en profundidad en *Los caminos del deseo* pensar en la posibilidad de que poesía erótica y poesía enigmática se abrazan en la ambivalencia de lo elegante y de lo salvaje. Los poemas del magnífico libro de Rafael Ávila dejan la palabra al cuerpo, se sumergen en los niveles dobles de la interpretación, en el impulso casi divino que la ropa arrancada a dentelladas, los gemidos y el goce bien podrían ser del orden de

una revelación mística. El verso se humedece y su tinta se corre por las páginas redondas del poemario. Mencionaba antes el posible enfoque de poesía cantada, pues al fin y al cabo, en su antiguo sentido, la poesía lírica estaba destinada a ser cantada y acompañada de lira, cítara, resonancias exquisitas. Quizá no sea tarea en balde el tratar de musicalizar todos estos textos. Mientras me dispongo a atacar otra edición de Jákara Editores, titulada *Antología del descarte*, donde 41 poetas y poetisas se reúnen para dar salida definitivamente a poemas que por una razón u otra se descartaban para ser publicados. Compruebo que Rafael Ávila participa con un poema "El café".

***La Otra España* de Mohamed Larbi. Diwan Mayrit. Madrid 2022**

Traducción al español de Abdelkhalak Najmi

Por Paloma Fernández Gomá

Recientemente ha salido a la luz el libro "La otra España" del que fuera diplomático y escritor marroquí Larbi Messari, esta vez traducido al español por el periodista Abdelkhalak Najmi y publicado por la editorial Diwan que tantos títulos y autores está sacando para mayor conocimiento de los autores marroquíes.

El libro en cuestión lleva el prólogo del que fuera ministro de Asuntos Exteriores del reino de España, Don Miguel Ángel Moratinos, el cual también ejerciera como cónsul de España en la ciudad de Tetuán, lo que avala un conocimiento directo de la realidad marroquí respecto a las relaciones con el Estado Español.

El libro desarrolla un amplio y detenido conocimiento de la historia de España y sus relaciones con el reino de Marruecos. Este estudio se inicia con la transición a la democracia apelando al fallecimiento de Adolfo Suárez, como el último grande, hablando también del gobierno anterior al de Suárez, el de Arias Navarro, y al papel de los medios de comunicación que vaticinaban un escenario de cambio.

Las realidades históricas han ido marcando el devenir histórico y político de España, las cuales aparecen en el libro hilvanadas a las relaciones mantenidas con Marruecos, analizando hechos y marcando perspectivas que se van traduciendo a través de una serie de acontecimientos que han conformado la historia conjunta de los dos países.

El libro recalca en el tema del Sáhara abriendo todos los detalles desde la muerte de Franco, hasta el gobierno de Felipe González y señalando el papel pormenorizado de Europa en esta cuestión.

Se analizan los hechos ocurridos el 11S y su repercusión en Occidente. Se apuntan las palabras de Gustavo de Aristegui escritas en el diario El Mundo en su artículo "El nudo de Al - Ándalus" con fecha del 23 de octubre de 2001 donde afirma que lamentablemente el islamismo había ocupado un amplio terreno del verdadero islam.

Ciertamente nuestro autor toma conciencia de muchos de los problemas que desde entonces arrastra nuestra sociedad.

En el recorrido histórico que realiza Larbi Messari en su libro cita dos voces: Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro ambas de gran calado e indispensables para tratar el histórico papel que tuvieron en España los musulmanes, pues ocho siglos marcan más de un camino y muchos puntos de encuentro que facilitaron no solo un intercambio sino una fusión inalterable al paso de los años y que ha sabido hacer una cultura de matices y única, donde se imbrican realidades que sostienen un estatus común.

Claudio Sánchez Albornoz justificaba la expulsión de los moriscos. Mientras que Américo Castro se oponía a esta expulsión y la consideraba como un lastre para el resurgir económico de España. Posturas antagónicas que redactan una única historia desde distintos puntos de vista. Pero bien sabemos que aunque la historia es sola una, depende muchas veces de quien y cómo la cuenta. Nuestro autor bien lo sabía y de ahí que su libro se abra a una perspectiva histórica llena de matices y posibilidades.

La mirada de Chirbes a la vida

Diarios, a ratos perdidos 3 y 4, Rafael Chirbes. Anagrama 2022

Por Pedro García Cueto

Los Diarios. A ratos perdidos 3 y 4, que ha publicado Anagrama, son un testimonio feroz de la vida de un hombre que se bebió la vida a tragos amargos y a veces dulces.

Hay en todo el libro el pensamiento de un hombre que sabía que escribir también era una forma de renunciar al mundo, de adentrarse en el vacío de los seres inanimados, que nunca existieron. Creamos una vida con volutas de humo y queremos transmitir, a trompicones, la sensación de veracidad que la nuestra tiene. Pero el problema es de fondo, escribir también es soledad, desvelar nuestras obsesiones, abrigar el aire triste de una mañana, cuando nadie nos abraza. Hay en Chirbes comentarios a viajes y a lances sexuales, todo ello atravesado de la melancolía del que no vive su vida realmente, del que se ve vivir a través de lo que hace, como si fuera un impostor el que ocupara su lugar.

La clave de todo y creo que es meter el dedo en la llaga es la fantasmagoría de la vida, porque se entrecruzan sus pasiones literarias: todo Galdós, el Quijote, La Regenta, con sus odios: Bryce Echenique, Ricardo Piglia. El escritor va tejiendo el tapiz de unos diarios que nos atraviesan, porque cada mañana es un amanecer gris ante un mundo que no te llama, ante un teléfono que no suena, ante un universo que, en realidad, ya te ha olvidado.

También los diarios son el escalpelo de la escritura, la dificultad de acabar una novela, la impotencia de decir el lenguaje exacto, como buscaba Juan Ramón:

“Cavar en la retórica, en la masa informe o deforme de las frases hechas, para encontrar palabras verdaderas que nombren y no envuelvan. Ese es el trabajo del escritor, limpiar la roña que se le pega al lenguaje”.

Como un amanuense descifra el sentido de las palabras, para desechar todo lo que sobra, para corregir incesantemente, para abandonar novelas, bocetos, borrones de unas vidas que solo existen para él. Por ello, estos Diarios arrancan con la descripción de Nueva York, como si Lorca resucitase y esa ciudad que es todo luz y sombra volviese a él. Ciudad de mendigos, de opulencia, de asesinatos, de hombres enloquecidos por la soledad, para Chirbes es la urbe de donde sale un Travis Bickle (recordando al taxista en brumas de Taxi Driver) en cada rincón.

Califica a Barcelona con crueldad: “Una vieja puta que vende hasta el último centímetro de su cuerpo” y solo encuentra el sosiego en París, ciudad que ama como ninguna:

“ninguna ciudad del mundo me transmite la sensación de que el hombre es un animal civilizado”.

La lucidez de un hombre que ve a las ciudades como personajes, como paisajes que respiran y ofrecen su mercancía, que ve en las aceras rastros de tristeza, congoja y miseria, pero que también encuentra en los amaneceres el esplendor que irá apagando el día. Como la vida humana, la ciudad envejece a lo largo de las horas, así es Rafael Chirbes, entregado a la literatura como al sexo salvaje con otro hombre, abandonado de las palabras que le traicionan, quemado por la inmensa soledad de la propia vida.

El alcohol, el insomnio, la lectura compulsiva, todo vive en él, como el ladrón que arrebatara cuerpos del depósito de cadáveres, para rejuvenecer su cuerpo herido y que se consume. De hecho, es consciente del maltrato que ejerce a sí mismo, porque vivir es también herirse, detestarse y olvidarse.

Para Chirbes la vida consiste entonces en beber, hacer sexo, escribir, mirarse al espejo y olvidar quién es realmente. Un espejo que le ofrece su rostro cansado, abatido, desolado.

Nos encontramos con unos diarios que no dejarán indiferente a nadie, porque solo el que sufre puede escribir con rasgos geniales, solo el que ha dejado su vida en la página puede ofrecer destellos de luz y vida.

Sentimos que ha agotado su vida de prisa, como un Fassbinder que no dormía y que un día un amigo le dijo, cuando el cineasta llamó a su puerta de madrugada, que por qué no dormía, aquel le comentó que había demasiado que crear para perder el tiempo durmiendo. Consumió su vida con el alcohol, las drogas, el cine, el sexo y un día se suicidó. Hay en Chirbes algo canalla, la de un ser humano que lucha por ser entendido, mientras se enfrenta a la indómita creación, sabiendo que, al final, la muerte lo iguala todo y nada queda de lo que aspiramos, solo humo y ceniza. Cuando leemos el libro, ya sabemos nuestro destino y que todo es un entretenimiento para dejar de ser, para que un día casi nadie se acuerde de nosotros.



Nulla dies sine linea

